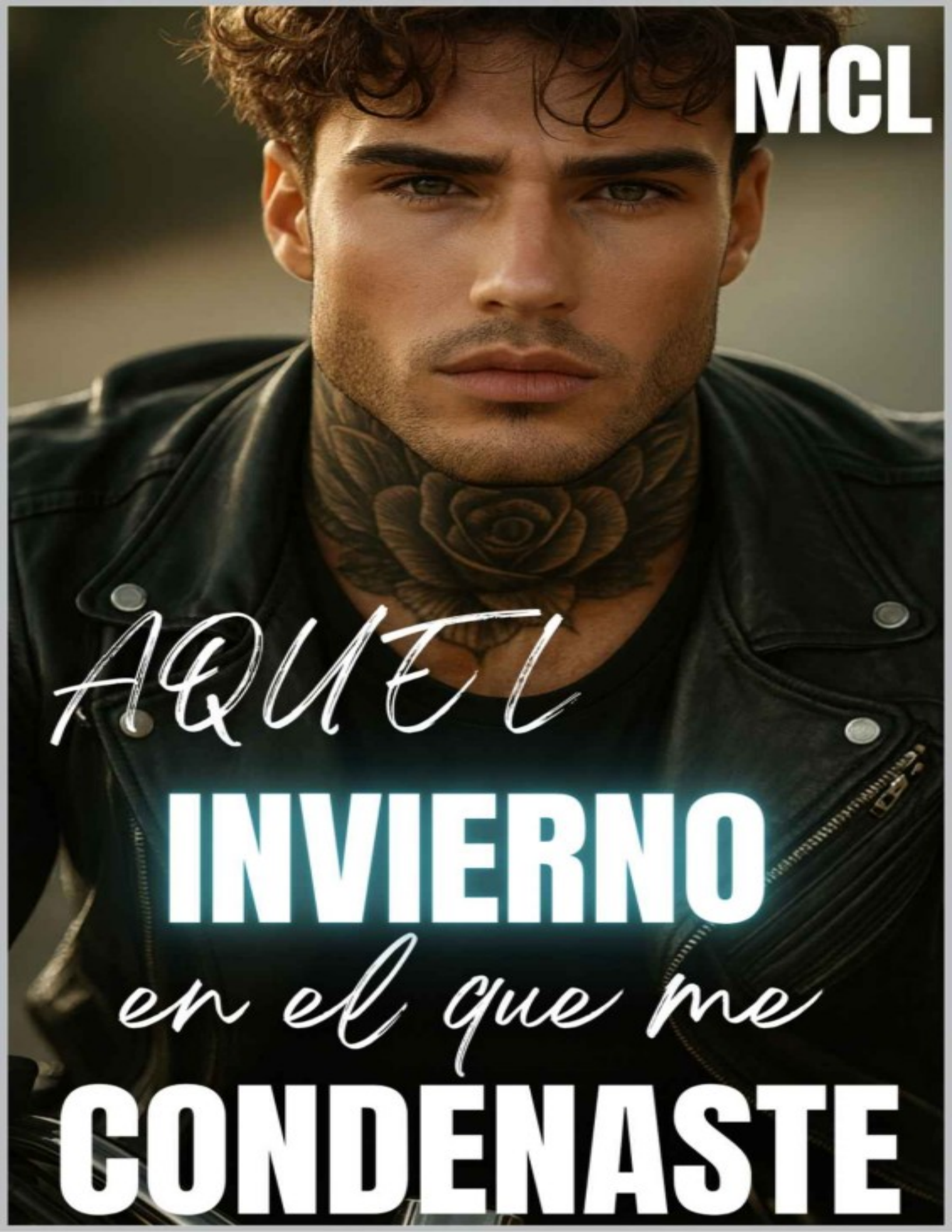

MCL
AQUEL
INVIERNO
en el que me
CONDENASTE

Aquel invierno en el que me condenaste

MCL

Copyright © diciembre 2025 MCL Marta Claus

All rights reserved

The characters and events portrayed in this book are fictitious. Any similarity to real persons, living or dead, is coincidental and not intended by the author.

No part of this book may be reproduced, or stored in a retrieval system, or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise, without express written permission of the publisher.

ISBN-13: 9781234567890
ISBN-10: 1477123456

Cover design by: Art Painter
Library of Congress Control Number: 2018675309
Printed in the United States of America

Contents

Title Page
Copyright
Capítulo1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
EPÍLOGO

Books In This Series


MCL

Capítulo1

Habíamos terminado el último examen antes de que nos diesen las notas de Navidad, estábamos en segundo de Bachillerato, y yo todavía no sabía lo que quería hacer con mi vida. Para mí, lo más común del universo. Lo que me resultaba de lo más extraño era que el resto supiera en qué trabajo querían pasar el resto de sus vidas y estudiar esa carrera que les ataría a un futuro incierto.

—Yo creo que he aprobado —dijo Nadia, saliendo del aula con esa cara de quien está dispuesta a mentirse hasta septiembre.

Nadia, la más guapa de mis amigas. No, la más guapa del mundo entero. Ella y sus rizos negros que irradiaban tanto brillo que para mirarla tenías que ponerte gafas de sol. Y además de tener belleza era súper inteligente, aunque estaba claro que pasaba de perder el tiempo en estudiar para estos malditos exámenes que nos robaban la vida en la época más maravillosa de nuestras vidas, y que no volverá jamás. Porque eso es lo que dice todo el mundo, ¿no? que disfrutemos estos años que no van a volver.

—Tú siempre crees eso —respondió Paula, mientras se ajustaba la coleta—. Luego te cae un tres y dices que el profesor te odia.

Ahí estaba Paula, la reencarnación del doctor Víctor Frankenstein. La más lista sin duda, pero no solo de nosotras, sino de todo el país, y además ratificado por la universidad de ingenieros de Massachusetts, que era donde iría a estudiar el año siguiente. Y es que lo suyo es de otro planeta. Ella es un cerebro andante, y estoy convencida de que cuando hablas o le hablas, en su cabeza aparecen millones de algoritmos indescifrables que convierten todo

en física. Mi rubia favorita desde que tenemos tres años y coincidimos en aquella puerta roja donde tantísimos niños lloraban mientras nosotras solo los mirábamos sonriendo. No sé muy bien si me reía de los otros niños, o de haber encontrado a alguien que sintiera que salir de casa era divertido.

Ellas seguían hablando, yo las escuchaba, pero en realidad estaba mirando hacia la puerta del pasillo, donde él acababa de aparecer. El chico nuevo. Empezó a hacer sus apariciones hacía dos semanas, no estábamos seguras si estudiaba allí, porque nadie compartía clase con él, llegó justo en ese momento en el que todos estábamos demasiado cansados y ocupados para interesarnos por nadie más. Pero bastó verlo caminar por el pasillo para que el resto de chicos, incluido mi chico pareciera un borrador mal hecho.

—Candela, ¿nos oyes? —preguntó Nadia, chasqueando los dedos delante de mi cara.

—Sí, claro —mentí.

Porque lo que realmente estaba pensando en aquel instante era que ese chico tenía pinta de haber nacido para cantar en el metro o salvar vidas en una playa de Ibiza, no para estar allí en nuestro instituto de Requena, donde lo más emocionante que podía pasar era que se estropeara la máquina de café.

—¿Cómo dices que se llama? —preguntó Paula, siguiéndome la mirada.

—Ni idea —respondí—. Pero si alguien le pone un ventilador delante, se le despeina el alma.

—Quieres decir que se te caen las bragas —corrigió Nadia.

Las dos se rieron. Hasta que de repente apareció Nico. Nicolas para todos, excepto para mí que ya sin muchas ganas de pelear había cedido al darse cuenta de que jamás lo llamaría por su nombre completo.

—¿De qué os reíais? —preguntó alternando su mirada entre las tres.

—Tonterías de chicas, ya las conoces. Son muy payasas —dije dándome la vuelta para dar la espalda al nuevo.

Nico continuaba mirando a todas partes intentando encontrar la explicación a nuestras risas, y Paula para captar su atención habló.

—Nicolas, ¿vienes esta noche a casa de Nadia? Se han ido sus padres y vamos a hacer una barbacoa. Pero tranquilo, no habrá drogas ni alcohol.

—Te agradezco la aclaración, pero, tengo que estudiar.

Esa era la respuesta normalmente, si hubiera dicho otra cosa nos habríamos sorprendido. Aun así intenté convencerlo un poco.

—Pasa un rato aunque sea, vives cerca, además de que los exámenes han terminado y ahora tenemos tiempo de sobra hasta que regresemos de las vacaciones en enero.

—Candela, que tú no sepas lo que quieres hacer con tu vida no significa que el resto también tengamos que dejarnos llevar y echar a perder nuestro tiempo.

Ahí estaba esa vena vomitiva de Nicolas, esa que cuando salía y dejaba asomar su soberbia me entraban ganas de darle una patada en la espinilla. O mejor un puñetazo.

—Ey, ey, relájate Nico, que Cande solo quería que salieras un poco y te divirtieras, aunque esto último no sepas todavía como se hace —salió en mi defensa Nadia.

—Nicolás —la corrigió, ignorando lo que le había dicho.

La verdad es que era un poco tocapelotas, y en muchas ocasiones no tenía ni la menor idea de por qué estaba saliendo con él.

—Bueno, ya está, ha dicho que no, nos vemos a las siete en tu casa —dije estirando del brazo a Nico y alejándome de ellas.

Caminamos justo por delante del chico nuevo mientras él me miraba descaradamente. Nico no se habría dado cuenta ni en tres vidas de que nuestros ojos se cruzaron, porque siempre miraba al suelo.

Cuando nos alejamos sentí la necesidad de girar la cabeza, y cuando nuestras miradas se volvieron a encontrar, me guiñó un ojo. Creo que tuve que dar un respingo al verle, porque Nico me miró de inmediato.

—¿Pasa algo? —preguntó.

—Pues ya que lo preguntas —disimulé—, a la próxima podrías ser un poco más simpático con mis amigas. No había necesidad de mostrarte tan borde con Nadia.

—Mi nombre es Nicolas, no es Nico, ya no sé cuántas veces he tenido que recordárselo.

Lo miré y sonreí, porque él era así, Nico era sencillo. No había nada más detrás de ese pensamiento suyo en que su nombre no podía ni debía acortarse. No había malicia, ni malas intenciones, solo era Nico.

—Eres insufrible, pero te quiero.

Me acerqué hasta él para plantarle un beso en los labios, y casi nos caemos al tropezar con nuestros pies.

—Candela, estamos en el instituto todavía. Aquí no deberíamos hacer esto —Nico siempre se quejaba cuando le besaba en público.

—Nunca podrás prohibirme que te bese cuando me apetezca, ¿me has oído? —le dije poniendo mi mano sobre su boca para callarlo.

Él asintió con la cabeza y vi que sonrió con los ojos.

Veinte minutos más tarde cada uno estábamos en nuestras casas, rodeados seguramente de nuestras familias. La suya, tan perfecta como él, todos cronometrados a la hora de sentarse a la mesa para disfrutar de la comida juntos, y también estoy segura de que perfectamente vestidos. En cambio la mía, pues la mía iba más acorde a mí. Lo de comer juntos a la misma hora era casi que un plan imposible, menos los domingos, y siempre y cuando mi hermano no tuviera partido de fútbol y llegaran a tiempo para comer conmigo y con mi hermana pequeña. Que no es tan pequeña porque ya son doce años los que cumplió Marga.

Mi abuela Maggie también vivía con nosotros. Se mudó cuando mi padre tuvo que dejar de teletrabajar y mi madre pensó que mis hermanos eran todavía demasiado pequeños como para dejarlos a mi cargo. Que en realidad ella dijo eso, pero quería decir más bien que yo era demasiado insensata para cuidar de ellos. No me preocupó mucho, de esa forma yo seguiría teniendo todo mi tiempo para mí.

Con el paso de los años mis hermanos han crecido como era de esperar, mi madre ha dejado de trabajar tantas horas, y la verdad es que ya no haría falta que la abuela siguiera viviendo aquí, pero

nos hemos acostumbrado a tenerla en casa, y aunque ella no lo reconozca, también.

El caso es que la abuela y mis hermanos pequeños ya habían comido, y si yo quería comer con alguien y no sola, tenía que esperar al menos una hora hasta que llegase mi madre.

Estaba tirada en la cama, con el móvil en la mano y sin demasiadas ganas de pensar en nada, cuando me llegó un mensaje de Nadia.

Nadia: *No te retrases esta noche, no te vas a creer quien viene a la barbacoa.*

Yo: *¿Quién va?*

Nadia: *Los de siempre… y Enzo.*

Me quedé mirando el mensaje unos segundos, intentando adivinar a quien pertenecería ese nombre. Hasta que de repente lo entendí. Ese era su nombre, Enzo.

Cuanto más pensaba en él más ganas de echarme atrás me entraban. Sentí el impulso de descolgarme de la fiesta, inventarme cualquier excusa para no poner en riesgo mi relación con Nico. Porque no soy tonta, y me había dado cuenta de que entre Enzo y yo había habido *feeling* al mirarnos. Era como si hubiésemos hecho *match* nada más vernos.

Y claro, eso era un problema, porque sentirte atraída por un chico que no es el tuyo...

Yo con Nico tenía mi equilibrio. El chico con el que siempre todo era perfecto, el que me conocía desde hacía años y el que jamás me daría un motivo para dudar de él.

Apreté el móvil entre las manos y suspiré. No debería ir. Definitivamente no debería. Pero cuando Nadia volvió a escribir: ‹‹Ni se te ocurra rajarte, eh››, sentí ese cosquilleo idiota en el estómago que solo se presiente con los errores.

Y ya sabía lo que eso significaba.

Capítulo 2

La noche

Algo deberíamos reconocerle a eso que a veces se nos despierta en algún momento dentro de nosotros. Eso que nos anima a salir de casa con esas ganas de querer gustar. Yo solo le puedo encontrar ventajas, porque cuando te vienes arriba y te arreglas, te pones esos vaqueros que sabes que te sientan de muerte, y te haces esa coleta que aparenta querer parecer despreocupada, cuando lo que ocurre es que te rasga un poco los ojos, y deja el cuello al descubierto, por si alguien quisiera morderte en ese pedacito de tu cuerpo…

Lo noté, vaya que yo lo noté.

Noté que era la única chica que había llegado allí con esas ganas de gustar. Porque Nadia y Paula iban vestidas exactamente igual que al salir de clase, y las otras chicas que habían llegado tenían justo la misma pinta que ellas. Así que me alegré de que en el último segundo se me ocurriese ponerme las deportivas y quitarme las botas.

—Ya era hora, amiga, si tardas un poco más habría acabado yendo a buscarte —dijo Paula.

—Es que no sabía muy bien que ponerme, como me dijiste que vendrían todos, pensé que quizá era algo menos informal.

—Conmigo no, ¿vale? —me dijo levantando una ceja—, a mí no trates de engañarme que yo sé perfectamente que te has puesto los pantalones del culazo, y que te has recogido el pelo…

—¿Pero qué cojones dices?

—Ahí lo tienes. Justo detrás de ti —dijo y yo no supe dónde meterme, pero me di la vuelta.

—Eres una idiota —respondí al ver que no había nadie detrás de mí.

—Pero has visto que no me equivocaba…

—No sé qué cojones me pasa con ese chico, si yo estoy súper bien con Nico, no lo entiendo.

—Súper bien…

—Oye, que Nico es un encanto.

—Si yo no digo lo contrario, pero pegáis menos que un chándal con tacones.

—Bueno, eso es cierto, pero no necesariamente las parejas deben ser iguales.

—A él le gusta leer, tú lo odias. Él estudia y tiene pinta de que lo hará hasta que los ojos le funcionen, no le gusta salir a ningún sitio, y tú en cambio no paras en casa, él es callado, introvertido, vergonzoso… ¿sigo?

—Paula, no tenemos que ser iguales, solo respetarnos.

Por fin lo entendió y me colocó su brazo sobre mi hombro y caminamos en dirección a la barbacoa, donde Nadia me esperaba con una cerveza en la mano.

—Ya era hora, necesito a alguien que me salve de la chapa que estos dos pesados me están dando con los tipos de madera que

existen para hacer buenas barbacoas. Olivo, roble, pino, encina… —Nadia puso los ojos en blanco y yo sonreí.

Esos dos pesados no eran otros que Paco y Javier, dos amigos nuestros de clase, que aunque ellos aún no lo sabían estaban locos el uno por el otro. Pero seguían aparentando que les gustaban las mujeres. Lo hacían francamente mal, pero no era su momento, así que lo respetábamos.

—Bueno, ¿y esta madera qué tipo es? —pregunté para unirme a aquel circo.

—No fastidies, Cande ¿tú también? —dijo Nadia.

—Bueno, pues iré a por música que esto está muy paradito, voy a tu habitación y cojo el altavoz —le dije a mi amiga y entré en la casa.

Cada vez que ponía un pie en esa casa me recordaba que yo era un simple piojo comparado con los Martinez. Solo había que observar la caseta del perro, que no estaba en el jardín, si no dentro de la casa. Era como la casita de muñecas que siempre había querido tener y nunca tuve pero multiplicado por cien en tamaño. Estaba segura de que Ottelia que así se llamaba el caniche de los Martinez comía mejores carnes asadas que yo.

Suspiré al poner los dos pies en el último piso, donde estaba la habitación de Nadia, caminé por el pasillo hasta llegar al fondo para entrar a por el altavoz, y allí me encontré al nuevo, de espaldas a la puerta. Yo habría jurado que acababa de cerrar un cajón, pero pudieron ser imaginaciones mías porque todo pasó muy rápido.

Él se dio la vuelta al escucharme entrar.

—¿Hola? —No me salió nada menos confuso.

—Esta casa es enorme, me he perdido, buscaba el baño.

—¿El baño? Está nada más abrir la puerta de abajo a la derecha, no hacía falta que subieses tantísimos pisos.

Me crucé de brazos.

—Mi nombre es Enzo —dijo dando un paso hasta mí y colocando dos besos sobre mis mejillas.

—Yo soy Candela —respondí, pero algo bloqueada debido al perfume de su piel.

—Bueno, Cande encantado, voy al baño.

Y se esfumó.

Él se fue y yo me quedé allí en la entrada de la habitación de mi amiga, con la extraña sensación de que ese chico no había llegado allí buscando el baño.

Cogí el altavoz y al girarme vi el cajón de una de las cómodas abierto, concretamente el de la ropa interior de mi amiga. Puto pervertido, pensé, y bajé a contarle a Paula lo que me había pasado, pero justo cuando salía de la casa cargada con la música, lo vi. Nico había llegado. Y estaba hablando con Enzo. Y me señalaban, y Enzo se reía, pero Nico no, él me miraba muy serio.

Sorprendida hice una mueca esperando que se acercase a mí, pero justo pasó todo lo contrario. Se dio la vuelta y se fue a donde se encontraban Javier y Paco.

Me acerqué a Enzo que todavía estaba allí, con una cerveza en la mano y en la otra un cigarro.

—¿De qué hablabas con mi novio?

—Nada, solo le he dicho que ya nos conocíamos cuando me ha dicho que me iba a presentar a su novia.

—¿Qué le has dicho?

—Pues eso, que nos acabamos de conocer en la habitación de tu amiga.

—Tú eres imbécil, tío.

Fui directa a donde estaba Nico para explicarle que entre Enzo y yo no había pasado nada, que no tenía de qué desconfiar, que jamás haría nada estando con él, y que por favor no se enfadase. Y él sorprendido por lo que le decía me respondió:

—No sé de qué narices hablas Candela, si me he enfadado al verte es por lo que llevas en la mano.

Miré mis manos y me di cuenta de que en una llevaba el altavoz y en la otra la cerveza que me había dado Nadia nada más verme.

—Pero si está enter aún, solo le he dado dos tragos, ¿De qué me estás acusando? ¿Me notas bebida, acaso?

—Está claro que no te das cuenta de nada —dijo Nico—, el alcohol solo te hará desinhibirte, y después puedes ser capaz de hacer cualquier cosa. Incluso acabar en la cama con el tal Enzo ese del que antes te justificabas que no había ocurrido nada.

—Mira Nico, vete a la mierda. No sé para qué has venido.

—Yo tampoco, Candela.

Y se fue. Y yo me quedé allí, jodida, porque lo que parecía aquello era una ruptura.

Lo natural en aquel caso era que todos se hubiesen volcado en mí para que no me derrumbase, pero solo se acercó Paula. A

Nadia le dio miedo seguramente decirme lo que Paula me estaba diciendo ya.

—Es lo mejor que te ha podido pasar.

—¿Lo dices en serio?

—Totalmente. Nicolás, como a él le gusta que le llamen es el tipo más diferente a ti que vas a encontrar por el mundo. Y con esto no te estoy animando a que te líes con otro, como Enzo por ejemplo, pero que estoy segura de que si pasara, esta noche mismo, a ti te aparecería un brillo en los ojos que nunca has tenido con Nicolás.

—Me alegro de que seas tan sincera, pero no crees que te estás pasando, ni si quiera sé si hemos roto.

—¿No lo sabes? —Me miró arrugando la nariz.

—No, esto puede haber sido una discusión sin más y mañana se nos puede haber pasado.

—Cande…

—Es verdad, hemos discutido bastantes veces.

—Cande…

Ella no paraba de interrumpirme.

—Paula, Nico y yo estamos destinados a seguir juntos, porque somos el yin y el yan, yo soy como su cocaína mientras él para mí es marihuana de la buena, ¿sabes?

—Que no, Cande, que ha roto contigo.

—¿Te lo ha dicho a ti? Porque hasta donde yo sé, se ha marchado después de pelearnos.

—Se lo ha dicho a toda la comunidad de Facebook.

Y me colocó el móvil frente a mis narices, con la pantalla bien iluminada y señalando con su dedo en el apartado donde ponía: está soltero.

—El muy cerdo, ha tardado ¿qué? ¿Dos minutos en cambiarse el estado? Hijo de perra, cobarde, deprimido, desgarbado, aburridooooo —grité bien fuerte.

—Vale, vale, sácalo todo —me animó Paula—, ahora a bailar y a beber, mañana ya veremos qué tal todo.

Y eso hicimos, beber y bailar. Quizá a mi amiga se le pasó un dato importante, comer. Porque beber sin comer es algo peligroso, sobre todo cuando bebes a la velocidad de la luz casi.

Una hora, solo una hora hizo falta para acabar borracha perdida, tumbada junto a una hoguera, y llorando, como era de esperar, porque los borrachos al final o se ponen cariñosos, o se ponen pesados, o lloran mucho. Se ve que yo soy de las últimas.

Capítulo 3

—No merece la pena, amiga —dijo Nadia la que ahora se encontraba a mi lado.

Imaginé que entre ellas se iban turnando para poder sobre llevarlo.

—Lloro por todo este tiempo que he perdido a su lado. No tienes ni idea de lo perfecta que tenía que ser cuando estábamos juntos.

—Cande, a mí no me vas a contar pamplinas, tú nunca has sido perfecta ni esforzándote. Me podrás decir muchas cosas pero has hecho siempre lo que te ha dado la real gana.

—No, te lo juro, que no. ¿Cuántas veces me has visto con este pantalón en los últimos meses? Ninguna, porque no le gustaba que fuese marcando el culo, y yo por respeto no me lo ponía. Odiaba mi perfume de coco, y terminé regalándoselo a mi hermana para olerlo de vez en cuando aunque fuese en otra persona. Sin contar que jamás me invitó a su casa a comer porque según él su familia ya es muy grande, y siempre me recibía en la puerta, hasta cuando llovía e iba a buscarle su madre me dejaba esperando fuera.

—Puta mierda de loco, ¿por qué no lo has dicho antes?

—Porque no hubierais creído que yo, Candela la loca, la que hace lo que siempre le apetece, hubiera actuado así por amor. Porque yo le quería.

—Pues ya puedes ir dejando de quererlo Cande, porque es un gilipollas, y su familia también.

Nadia estiró de mis manos para levantarme y me obligó a enderezarme y dar uno saltitos al ritmo de la música, aunque fue muy mala idea, porque de inmediato comencé a sentir que todas esas cervezas que me había bebido iban a salir más rápido de lo que habían entrado.

El circo no tardó mucho en aparecer, y al rato lograron meterme en el baño para poder terminar de vaciar mi estómago en privado.

—Bueno, al menos ya has desbloqueado uno de los retos de tu vida. Emborracharte por un tío —dijo Nadia.

—No seas bruta —le riñó Paula.

—Chicas estoy bien, podéis dejarme sola y seguir con la fiesta.

—Ni de coña vas a quedarte sola.

—Os lo pido por favor, además me gustaría tumbarme en el sofá y dormir un poco.

—Bueno, pero iremos entrando para ver que estás bien —dijo Paula.

Me ayudaron a tumbarme en el sofá carísimo de los Martinez y fue como si me abrazase por detrás. El caso es que tardé poco y menos en quedarme dormida. Y es que siempre he creído que esa frase de que el dinero no da la felicidad fue inventada por los pobres para sentirnos mejor.

—Ey, bella durmiente, que nos vamos ya —me decía una voz dulce y suave.

—No, déjame diez minutos que hoy es miércoles y no tengo que ducharme.

La voz se rio fuerte y yo abrí los ojos de inmediato al ser consciente de lo que había dicho.

—No sé por qué he dicho eso, eh, yo me ducho a diario.

Era Enzo, el que me había despertado era Enzo y estaba sentado junto a mi cuerpo en el sofá.

—Tranquila, no me importa la asiduidad con la que se ducha nadie, a menos que apeste y la tenga al lado, aunque la verdad es que tú hoy no hueles precisamente a flores…

Le di un golpe en el brazo, y él levantó las manos.

—Era broma, pero lo que no es broma es que son las cinco de la mañana, y tu amiga Paula está diciéndole a tu madre por teléfono que te has quedado dormida y que vas enseguida a casa. Lo de la alcoholemia lo ha omitido, ha intentado convencerla para que te dejen dormir aquí, pero tu madre insiste en que vayas a dormir a casa.

—Puff no sé cómo narices voy a llegar a casa, estoy destrozada, no imaginaba que beber tanto afectase así a mi cuerpo.

—Lo importante ahora es que recuerdes que beber no es bueno, y si logras recordarlo no te sucederá de nuevo. Si quieres te acerco en moto, la tengo aquí.

Era muy guapo, y parecía buena persona, y educado, y servicial, y era muy guapo. Guapo a rabiar. Tan guapo que ni los hoyuelos de sus mejillas eran importantes, porque sus ojos verdes,

su pelo castaño y ondulado, su complexión, sus labios carnosos… todo eso hacía que fuese perfecto.

—¿Te llevo o no? —chasqueó sus dedos frente a mí.

—Eh, sí, vale, deja que me lave la cara y le pida a Nadia una camiseta limpia, esta esta algo…

—Salpicada, sí.

Diez minutos más tarde estábamos en la puerta de la casa de Nadia, despidiéndome de mis dos amigas, y ellas sonreían exageradamente mientras yo me colocaba el caso que Enzo me había pedido que me pusiera.

El momento subir a la moto fue algo ridículo, porque era mi primera vez, así que no sabía dónde tenía que apoyarme y cuando por fin puse mi culo sobre el asiento él giró la cabeza y me pidió que me agarrase a su cintura.

Era bien incómoda la cosa, porque la realidad era que mi casco pesaba más de lo que nunca había llevado en mi cabeza, y mi cuerpo estaba bajo mínimo en fuerzas, así que me abracé con fuerza a su abdomen, que por cierto era fuerte y firme, y empecé a rezar algo para mis adentros con el fin de llegar rápido a casa.

—¿Estás segura de que es aquí? Mira que no me gustaría irme y que cuando llegases a la puerta vieras que no es tu casa.

—Es esta, ahí está la bici de mi hermana, y el balón de fútbol de mi hermano, sin duda es mi casa.

Empecé a caminar más cansada ahora que antes para llegar a mi cama cuanto antes, pero de pronto me sentí detenerme por la mano de Enzo.

—¿Te importaría? —dijo su voz.

Y cuando me di la vuelta estaba señalándose la cabeza.

Todavía llevaba puesto su caso, así que me lo quité, me disculpé y se lo di.

—Perdóname, juro que suelo ser algo más despierta de normal, pero las malditas cervezas…

—Bueno, Cande, espero que descanses —me dijo sin soltarme la mano.

Yo bajé la mirada hasta nuestras manos entrelazadas y me quedé ahí, pensando, sin reaccionar. En ese instante fue que Enzo estiró de mí y me acercó a su cuerpo. Nuestras caras se quedaron muy cerca, y yo podía oler hasta el aroma de su champú.

—Desde que te vi en ese pasillo del instituto he querido hacer esto.

Y me besó. Me dio un beso muy suave en la boca. Justo en un lado de mis labios, entre tierno y escandalosamente seductor. Tanto que aún con sus labios pegados a los míos no pude frenar el deseo de morder mi labio inferior.

Cuando reaccioné, me morí de la vergüenza de que hubiera podido olfatear en mí algún olor a rancio por el vómito, y me alejé rápidamente de él para llegar a la puerta, sacar mis llaves del bolsillo, entrar y esconderme detrás de la puerta como si fuera un conejillo asustado.

Una vez en el interior, escuché el sonido de la moto alejándose e inevitablemente, sonreí.

Capítulo 4

Día siguiente

Estaba claro, no quedaba nada entre nosotros, y por si me quedaban dudas sobre eso se acababan de disipar.

Nico, ahora Nicolás había pasado por delante de mi carro en el súper y ni tan siquiera se había dignado a saludar. Ni un simple hola. Imaginé que era su forma de dejar claras las cosas, así que lo asumí y comencé a hacer mi vida sin pensar más en él. Aunque era difícil no hacerlo, los dos últimos años de mi vida había habido Nico para rato. Tanto que incluso después de llegar a casa y ver la programación de las fiestas del pueblo para Navidades sentí la necesidad de coger el teléfono para preguntarle si iríamos al concierto juntos. Era pronto como para acostumbrarme a estos cambios, pensé.

Recuerdo a la perfección esa mañana en la que Nadia y Paula aterrizaron en mi casa como si fuesen un huracán que arrasa con todo.

—Cuenta como fue —dijo Nadia con una sonrisa tan grande en su cara que hasta me la contagió.

—No tengo nada que contarte —le respondí.

—Cande, lo sabemos, alguien os vio en tu puerta anoche cuando te dejó, y ha propagado por todo el pueblo que os besasteis.

Vaya, qué interesante…

—¿Quién?

—Qué más da quien haya sido, lo que queremos saber es cómo ocurrió.

—Eso explica el comportamiento de Nico cuando nos cruzamos esta mañana en el súper.

—Bueno, tiene que ser duro que horas después de romper con tu novia te enteres de que se está enrollando con otro —Paula miró hacia arriba tratando de no cruzar mirada conmigo.

—No nos enrollamos, solo fue un beso tonto, ni siquiera lo recuerdo —mentí.

Mentí lo más grande que había hecho nunca, porque sí que lo recordaba, es más, no podía apartar esa sensación que tuve cuando sus suaves labios acariciaron los míos.

—Bueno pues tendrás ocasión de poder recordarlo, porque mañana por la mañana hemos quedado todos para ir al centro comercial.

—No puedo —me adelanté a decir.

—¿Por? —preguntó Nadia.

—Tengo que cuidar de mis hermanos.

Pero mi abuela que justamente se cruzaba en el salón con nosotras, creyendo que me hacía un favor añadió:

—Ve con tus amigos, yo me ocupo de ellos.

—Es usted la mejor abuela que hay en el mundo, si alguna vez quiere un cambio de aires puede venirse a casa unos días, yo también tengo un hermano pequeño al que cuidar… —dijo Paula abrazándola.

Se marchaban ya cuando Nadia desde la puerta dijo:

—Por cierto chicas, he perdido la pulsera que me regaló mi padre el día de mi cumpleaños, si os acordáis de algún sitio donde pueda buscar… mi padre me mata como se entere que no la encuentro.

—¿La pulsera de diamantes? —pregunté.

—No son diamantes todo, también tiene circonitas, pero sí, esa.

—Si la encuentro me la quedo —bromeó Paula.

Y segundos después se marcharon de casa.

Era ridículo pensar lo que estaba pensando, pero es que también era inevitable no hacerlo después de haber encontrado a Enzo en la habitación de mi amiga la noche anterior de que ella echase en falta una pulsera muy cara.

—¿Vas a moverte de la puerta? —me preguntó mi hermano.

—¿Y tú donde vas tan pronto? No hay escuela.

—¿Te da alguna pista esto? —dijo a la vez que se recorría el cuerpo con la mano.

Sí, me daba todas las pistas del mundo. Rodri iba a jugar al fútbol, porque si no era eso estábamos en carnavales.

—¿No te cansas? —le pregunté.

—¿Te cansas tú de tus amigas las intensas?

—Ellas son personas, y no tengo que hacer ningún esfuerzo para estar con ellas.

—Pues eso mismo, no hago ningún esfuerzo para jugar, al contrario, el esfuerzo sería quedarme en casa un día de partido o entrenamiento. Y ahora, si eres tan amable de apartarte de la puerta, llego tarde.

Rodri se había hecho mayor, y no solo de estatura, que me sacaba una cabeza, debía medir cerca del metro noventa, y cada día que pasaba estaba más fuerte, más guapo y más borde.

Me eché a un lado y lo dejé salir a él y a su mochila, esa que parecía que escondía un cadáver dentro de lo grande que era.

—Por cierto, a mí me caía bien, aunque es tu vida —dijo Rodri antes de cerrar la puerta tras él.

Sí, yo sabía que él y Nico se llevaban bien, me atrevería a decir que era la persona con la que mejor se llevaba Rodrigo, incluso si contásemos con sus amigos. Que seguro era porque Nicolas también había jugado a fútbol igual que mi hermano, de la misma posición, y hasta en el mismo club. Pero estas cosas pasan, y si ellos son importantes el uno para el otro, pues podrían seguir viéndose, aunque sería raro, la verdad.

Agité la cabeza rápido y subí a mi habitación para seguir envolviendo regalos de Navidad, solo me quedaban unos doce, y a este ritmo de uno por día, no llegaría a Navidad con todos envueltos.

Nunca había sido yo muy de manualidades, así que después de más de una hora solo me quedaban dos, pero estaba segura de que uno de ellos no lo envolvería, pues no iba a terminar siendo entregado.

Cogí el de mi madre, y sonreí al verlo, no sabía bien cuantas veces la había escuchado decir que nadie se acordaba nunca de ella, y que la próxima vez que alguien le regalase un pequeño electrodoméstico, o toallas, se marcharía de casa. Yo le había comprado unos zapatos de los que siempre había estado enamorada

y nunca pasaban de moda, un zapato de lo más normal pero que con ese nombre tan común costaban un ojo de la cara, malditos Manolo, que por su culpa había tenido que rebajar el coste de los otros regalos familiares. Aunque siendo mamá merecía la pena.

Ya estaba, todo envuelto, preparado para el día más feliz del año, la Navidad había sido en mi casa siempre motivo de celebración, y este año se le esperaba con ganas. Fui a cerrar la puerta del armario dando por finalizada la tarea, pero antes de hacerlo me detuve y pensé que quizá sí debería envolver ese último regalo, total, ya estaba allí, no se podía devolver y Nico había significado mucho durante esos últimos años en mi vida, así que me decidí a prepararlo como lo había imaginado.

Saqué la caja que llevaba tanto tiempo llenando para ese momento y la abrí. Nada más hacerlo sentí un nudo en el estómago al ver todo lo que allí había.

Saqué lo primero que mi mano alcanzó, y sonreí. Aquella fotografía primera que nos habíamos hecho el día que me pidió salir. Todavía recordaba estar dentro de esa cabina de fotomatón en la que cabíamos bien justitos sentados sobre ese taburete incómodo, y cuando me dio un beso sin yo esperarlo. Después vi la pulsera de aquel concierto al que fuimos el verano pasado, donde me juró que jamás me dejaría de querer. Cerré los ojos lamentando acordarme de eso, pero no le culpé, eran esas cosas que se decían cuando uno empezaba una relación que pensaba que sería para toda la vida. En el fondo de la caja un montón de bolígrafos, cada uno con la tinta terminada por todos esos apuntes que me hizo copiar para poder sacarme el curso con unas notas excelentes. Todo lleno de recuerdos, de recuerdos de nuestros momentos, y por último el libro, el libro que le había comprado un día sin saber bien porqué, y que esperaba que le gustase al leerlo. Ahora ese libro era posible que no fuese el mejor de los regalos, pero lo había elegido para él y tenía que entregárselo. Recordé que lo había elegido por el título y de repente pensé que a veces los títulos no lo son todo, así que le di

la vuelta y leí la sinopsis. Ahí fue que dudé en si tenía que regalarle ese libro o no. Finalmente envolví la caja dejándolo dentro.

Capítulo 5

—Alegra esa cara Cande, que la que tendría que estar asustada soy yo, es a mí a quien mi padre ha amenazado con no volver a ver la luz del sol como no aparezca la pulsera —dijo Nadia.

—Mira quien acaba de aparecer —susurró Paula levantando la barbilla a modo de señal.

Nadia y yo giramos la cabeza para mirar y vimos como Paco, Javi y Enzo aminaban hacia nosotras.

Estaba guapo, iba vestido con un suéter de lana azul oscuro, y unos vaqueros ajustados. Lo que no tenía sentido eran las gafas de sol dentro del centro comercial, pero imaginé que lo de aparentar ser malote lo llevaba impreso en la piel.

—Yo quiero ir a sentarme sobre las rodillas de Papá Noel, ¿alguien más se apunta? —dijo Nadia.

—¿No te valen mis rodillas, preciosa? —le respondió Paco, siempre intentando sonar tan macho, cuando se notaba a la legua que prefería tener otro culo apoyado sobre sus rodillas y no el de Nadia.

—Muy gracioso, ¿alguien viene o me voy sola? —insistió ella.

—Yo voy, pero hago la cola contigo solo, no pienso dejar que un pervertido se caliente al tenerme encima suya —dije cogiendo su mano y avanzando hasta la cola donde solo había niños esperando.

Media hora más tarde mi amiga ya estaba feliz y yo asqueada al haber sido testigo de cómo el viejo de barba blanca le tocaba la

cintura.

—Tengo que ir a comprar una cosa, adelantaros y enseguida os alcanzo —dijo Enzo separándose del grupo.

—Ahora vengo —le susurré a Paula.

Corrí hasta quedarme al lado de Enzo, y sin rodeos le dije lo que llevaba varios días pensando.

—Tienes que devolver la pulsera que le robaste a Nadia, está teniendo problemas con su padre.

Enzo se frenó en seco al escucharme, y después de resoplar se levantó las gafas de sol de sus ojos.

—¡Dios mío! ¿Quién te ha hecho eso? —grité.

—¿Crees que el padre de tu amiga le haría algo así o parecido? Yo creo que no, así que yo tengo más problemas que ella.

—Mira, me da igual en los líos que estés metido, pero la pulsera que le robaste a Nadia tienes que devolvérsela. Juro que no diré nada si me la das, yo la dejaré en algún sitio y creerá que estaba allí todo el tiempo. Nadie tiene porqué enterarse.

Enzo se rio.

—No lo entiendes. Esa pulsera ya no existe, la he vendido para pagar una deuda que tenía, y como ves, no valía suficiente y me llevé un regalito impreso en la cara.

—Vale, pues dime a quien se la has vendido para ir a recuperarla.

—No lo entiendes. Pero te lo explicaré rapidito. Esa gente se cobra las deudas matándote si no pagas, ¿lo pillas?

—Joder, tío. ¿Para eso fuiste a la barbacoa, para robarle?

—No expresamente, pero cuando llegué a la mansión enseguida me di cuenta de que algo de valor tendría esa gente.

—Esa gente como tú la llamas es mi amiga. ¿Hoy a quien quieres saquear? Porque ya te adelanto que ninguno de nosotros tenemos dinero.

—No tengo intención de robar nada más, tenía una deuda, la he pagado y fin. Pero la próxima vez que quieras mentir a alguien sobre si tienes o no dinero, trata de esconder ese colgante de oro de tu cuello.

Rápidamente me lo metí por dentro del suéter de lana que llevaba puesto y apreté mi puño para darle un buen golpe, pero él me empujó medio metro para atrás pegando su cuerpo al mío y haciéndome chocar con la pared de mis espaldas.

—¿Qué haces? —le dije.

—Está claro, voy a besarte.

Y no fue lo que dijo, si no como lo dijo. Porque me puse nerviosa al escuchar su voz tan baja que casi parecía un susurro.

—Ni lo sueñes, eres un ladrón, y yo no beso a ladrones —le respondí intentando sacármelo de encima.

—No soy un ladrón. Solo cogí algo para pagar una deuda, cualquiera en mi situación lo habría hecho —me dijo mientras volvía a colocarme bajo su cuerpo entre la pared y él.

Mientras me hablaba me miraba a los ojos, y me sujetaba por las muñecas con sus manos, y poco a poco acercaba más y más su cuerpo al mío, hasta llegar el momento en que nuestras caras tan solo se separaban por dos centímetros.

—Yo nunca sería capaz de robar.

—¿Si tu hermano lo necesitase tampoco?

—Creo que antes de hacer eso pediría ayuda a cualquiera.

—Y si has pedido tantas veces ayuda que ya nadie te abre la puerta, ¿dejarías que tu hermano enfermase?

—¿Me estás engañando?

—Nunca lo haría.

—¿Y por qué tengo que creerte? Para mí ahora mismo eres un ladrón.

—Me crees. Lo sé.

—¿Qué te hace pensar eso?

Mi voz sonaba como si fuese un susurro, cuando en realidad me hubiese gustado sacarla más fuerte por mi garganta, pero tenerlo tan cerca me estaba consumiendo.

—Si no lo hicieras ya te habrías marchado de aquí.

—Me tienes sujeta —le dije.

En ese momento me soltó las manos. Después acercó su boca hasta dejarla pegada a la mía, y me susurró.

—Quiero besarte.

No solo quería besarme, porque algo dentro de su pantalón comenzaba a endurecerse y crecer tanto que empecé a notarlo en mi abdomen.

—Creía que eras de los que cogían las cosas sin permiso —le respondí.

Él negó con la cabeza.

—Solo hago eso si estoy seguro de que no corro riesgos.

—¿Riesgos? —pregunté.

—Sí, algo me dice que puedo acabar enamorándome de ti.

Parpadeé un par de veces, después me besó sin poder contenerse más.

Colocó una de sus manos justo en la parte más alta de mi cuello obligándome a levantar la barbilla, mientras que con la otra me rodeó por detrás y me apretó fuerte contra él.

Jadeé al notarlo, al sentirme suya. Jamás nadie me había besado así, con esa intensidad, con esa pasión, era como si me estuviese haciendo el amor, pero tan solo era un beso.

—¡Joder! —gritó la voz de Javier justo a nuestro lado.

Nos separamos de inmediato.

—Javier, esto… —No sabía cómo decirle que no dijese nada.

—Tío no digas nada, preferimos que de momento nadie lo sepa —terminó hablando Enzo.

—¿Pero estáis juntos? —le preguntó Javier.

Enzo me miró y yo abrí mucho los ojos, porque algo me decía que iba a decirlo.

—Claro, estamos juntos desde la noche de la barbacoa.

¿De verdad estaba sucediendo?

—Cande, que calladito lo tenías eh —dijo Javier.

No supe dónde meterme, la verdad así que hice loque mejor se me daba, desaparecer. Me metí dentro de una tienda de ropa y empecé a mover perchas simulando que buscaba algo.

—Te invito a comer —dijo una voz muy suave pegada a mi cuello.

—¿Por qué has tenido que decirle a Javier eso?

—Porque antes de que termine el día será verdad.

Me di la vuelta de inmediato, y ahí estaba de nuevo él con su maldita sonrisa de lado invitándome a caer de nuevo a lo más hondo del infierno.

—Eres muy engreído me parece.

—Pues a mí me parece que te gusta que lo sea.

Sin darme ni cuenta de cómo había ocurrido estábamos metidos dentro de un probador, él sentado en un banco de esos que hay para dejar la ropa y yo subida a horcajadas sobre su cintura. Besándonos, mordiéndonos, y lamiéndonos con tantas ganas que parecíamos salvajes.

Me quité el suéter que llevaba puesto y Enzo hundió su cara entre mis pechos, después vi como bajaba los tirantes y alternaba la mirada entre ellos y mis ojos. Me estaba poniendo tan cachonda que no pude hacer otra cosa que levantarme y quitarme los pantalones vaqueros que llevaba. Necesitaba rozarme con él.

—Joder, Candela, esto ya no hay quien lo pare —dijo y metió sus dedos por dentro de mis braguitas blancas.

Estaba tan húmeda que resbalaron hasta mi interior sin problemas, y al poco se sacó su enorme polla y apartando mis bragas a un lado me encajé sobre él.

Gemí, él me tapó la boca, le mordí, volví a gemir sin poder evitarlo y Enzo me besó para solucionarlo.

Mis saltos sobre él cada vez eran más rápidos, más fuertes, más intenso todo, hasta que llegó la explosión que me hizo arder, y al segundo después noté cómo me levantaba con fuerza para poder irse él.

—Joder, ¿qué cojones hemos hecho? —dijo Enzo.

¿Era verdad que ya se estaba arrepintiendo?

—¿Perdona?

—Sin condón, Candela, lo hemos hecho sin condón.

Vale, tenía razón. Había sido una cagada de las buenas.

Pensé de forma automática en todas las cosas que podían ocurrir, a parte del embarazo. Y la lista de enfermedades de trasmisión sexual no era corta…

—¿Tienes algo? —le pregunté con miedo.

No lo conocía, no sabía nada de él.

—Nooo, estoy sano, pero y si… ya sabes… antes de llover chispea, ¿no?

—No te preocupes, todavía no he dejado de tomarme la píldora, imagino que la costumbre…

Era cierto. Nicolás y yo, aunque poco, muy poco, o casi nunca más bien, manteníamos relaciones sexuales, y empecé a tomarme la

píldora al comprobar que nunca ninguno de los dos llevaba preservativos.

Suspiró y vi cómo se relajaba.

—Ven aquí —me dijo todavía sentado él.

Me coloqué de nuevo sobre su cintura y me besó.

—¿Quieres salir conmigo, Candela? —me preguntó.

Pero no fue la pregunta, fue la mirada, la voz, su gesto, la manera de cogerme la mano, fue eso, el cúmulo de todas esas cosas.

Me reí.

—¿Es un sí?

—¿Sabías que iba a pasar esto? Porque parece que lo tienes todo calculado.

—Puede, sí, lo sabía, aunque has superado mis expectativas —dijo riéndose.

—¿Lo sabías? —volví a preguntar abriendo mucho los ojos.

—¿Cómo cojones iba a saber que nos lo haríamos en un probador? Estás más loca de lo que pareces, eh.

—Sí.

—¿Sí que estás loca, o sí quieres salir conmigo?

—¿A ver si lo adivinas? —dije dándole un beso en la boca.

Capítulo 6

Habían pasado dos semanas desde que Enzo y yo empezamos a salir. Catorce días exactos, y cada uno había sido distinto al anterior. No sabría decir si para bien o para mal, pero distinto sí.

Con Enzo todo era... intenso. A veces divertido, otras agotador. Tenía esa energía que te arrastra y no te deja pensar demasiado. Siempre encontraba una excusa para que nos quedáramos solos: que si Paula le aburría, que si Nadia lo miraba mal, que si mejor nos vamos tú y yo para estar un rato juntos. Y yo, que era idiota, siempre decía que sí.

Aquella tarde eran de las pocas que no estaba con él, era una tarde de chicas. Habíamos quedado las tres en la cafetería de siempre, esa con las sillas que cojeaban y el café que sabía a tierra. Hacía semanas que no lo hacíamos.

—Bueno, cuéntanos —dijo Paula, dando un sorbo a su batido de vainilla—. ¿Qué tal va la cosa con Enzo?

—Bien —respondí, sonriendo más de la cuenta—. Muy bien, de hecho.

Nadia me miró y levantó una ceja. Paula se removió incómoda. Y entonces supe que venía algo. Ese tipo de silencio que huele a intervención.

—Nos alegramos por ti —dijo Nadia despacio—, pero… no sé. Estás diferente.

—¿Diferente? —repetí, riéndome con incredulidad—. ¿Qué se supone que significa eso?

—Que ya casi no nos vemos —intervino Paula—. Que, quedamos y al final os vais tú y él. Que apenas hablamos como antes.

—Exageráis.

—No, Candela, no exageramos —insistió Nadia, mirándome con una mezcla de tristeza y enfado—. Antes me contabas todo. Ahora parece que solo existe él.

Me quedé callada unos segundos. Sentí el calor subirme a las mejillas. No sabía si me estaban juzgando o simplemente sentían celos por lo nuestro, pero me dolió igual.

—Vale, ya entiendo —dije con una sonrisa irónica—. Esto va de que ahora soy la mala por tener novio.

—No es eso —Paula bajó la voz—. Es que… no parece que seas tú cuando estás con él.

Me reí. Una risa falsa, incómoda.

—¿Y quién soy entonces?

Ninguna contestó. Se miraron entre ellas, como si compartieran un secreto que no querían decirme.

—No pasa nada —añadí al cabo de un rato, encogiéndome de hombros—. Si os molesta que sea feliz, lo entiendo. No todo el mundo soporta ver a alguien bien.

Paula bufó. Nadia me lanzó una mirada dolida.

—No, Candela —dijo con un suspiro—. No nos molesta que seas feliz. Nos preocupa que lo estés por la persona equivocada.

Deberías dejar a Enzo.

Eso me dolió más de lo que quise admitir. Así que simplemente me levanté, cogí mi bolso y dije:

—No hace falta que os preocupéis más por mí. Estoy perfectamente como estoy.

Y me fui antes de que pudieran responder.

Pero mientras caminaba de vuelta a casa, con el aire frío pegándome en la cara, no pude evitar pensar que algo dentro de mí se había roto.

Como si una parte —pequeña, escondida— empezara a preguntarse si quizá tenían razón.

Llegué a casa todavía con el corazón acelerado.
Ni siquiera sabía si era debido al enfado pero lo que tenía claro era que tenía ganas de llorar, pero sentía las mejillas ardiéndome y las manos frías.

Fui directa a la cocina, entré y me sentí feliz al oler a pan tostado, a la colonia de mi madre, y a los guisos de la abuela Maggie, que, según ella, curaban cualquier mal de amores. Esa tarde olía a tomate frito y al suavizante de la ropa, una combinación que no sabría explicar, pero que en el fondo me tranquilizaba.

Abrí el grifo, me serví un vaso y bebí de golpe.
El agua fría bajó por mi garganta como si pudiera apagar el incendio que ardía dentro.

—¿Acabas de correr una maratón? —dijo una voz a mi espalda.

Era Rodrigo. Mi hermano, con su pelo despeinado y el mando de la Play aún en la mano. Me miraba con esa mezcla de curiosidad

y descaro que solo tienen los de quince años.

—No empieces —le advertí, dejando el vaso en el fregadero.

—No he dicho nada.

—Lo has pensado.

—Eso sí.

Rodrigo se apoyó en la puerta de la cocina y me observó un rato.

—Solo iba a decirte que últimamente te veo… diferente.

—¿Diferente? —repetí, soltando una risa seca—. ¿Tú también con eso? ¿Os habéis puesto de acuerdo todos para joderme el día?

Él frunció el ceño.

—¿Qué te pasa? Si solo he dicho que te veo distinta.

—¡Pues no lo digas! Estoy harta de que todos analicéis mi vida como si fuera un experimento de laboratorio.

Rodrigo levantó las manos, rendido.

—Vale, vale. Relájate, hermanita. Solo quería decir que te veo… no sé, feliz. Pero visto lo visto, retiro lo dicho.

Me quedé callada. Sentí un nudo en la garganta. Esa palabra —feliz— me dolió, porque en ese momento no estaba segura de sí lo era. Y, sin poder evitarlo, empecé a llorar.

—Eh… Candela —dijo Rodrigo, torpe, acercándose—. No llores, por favor, que no sé qué hacer cuando lloras.

—No pasa nada, es que… —me limpié las lágrimas con la manga—. He discutido con las chicas.

—¿Con Nadia y Paula?

Asentí.

—Dicen que estoy diferente, que Enzo me ha cambiado, que ya no soy la misma.

—¿Y tú qué les has dicho?

—Pues… que tenían envidia.

Rodrigo arqueó una ceja.

—Y luego me dices a mí que no me enfade cuando papá me castiga.

Le miré con una mezcla de enfado y ternura.

—No es lo mismo.

—Sí lo es. Tú siempre me dices que no piense que me atacan, sino que se preocupan por mí. Y eso es justo lo que están haciendo tus amigas.

Me quedé en silencio. Odiaba cuando tenía razón.

—A veces eres más listo de lo que aparentas —murmuré.

—Gracias, lo intentaré tomar como un cumplido.

Rodrigo sonrió, me dio un pequeño golpe en el brazo y añadió:

—Anda, no te rayes tanto. Si son tus amigas, todo se arreglará. Y si no… pues tendrás a tu hermano favorito para

escucharte, aunque cobro por horas.

No pude evitar reír. Me acerqué y le abracé con fuerza.

—Gracias, Rodri. En serio.

—De nada. Pero que conste que esto no se lo puedes contar a nadie. Tengo una reputación que mantener —dijo con un gesto dramático, haciéndome reír otra vez.

Nos quedamos así unos segundos, abrazados en medio de la cocina, con el reloj marcando las siete y media y el olor a guiso flotando en el aire. Por primera vez en todo el día, sentí que podía respirar.

Lo que no sabía era que la abuela Maggie, detrás de la puerta del pasillo, había escuchado cada palabra.
Que sonreía con ternura, pero al alejarse, la sonrisa se le fue apagando. Porque aunque le había encantado oírnos hablar así, no podía dejar de pensar en lo que mis amigas habían dicho sobre Enzo. Y ella, que siempre había tenido un instinto infalible, no pudo evitar sentir un pequeño escalofrío.

Capítulo 7

Esa noche, por primera vez en mucho tiempo, estábamos todos cenando juntos. Mamá había salido antes del trabajo, papá había logrado esquivar una reunión de última hora, y Rodrigo no tenía partido ni deberes atrasados. Hasta la abuela Maggie se había sentado a la mesa sin protestar por el menú. Milagro nacional. Debía ser la magia de la Navidad que estaba ya dejando su estela en casa.

—Esto merece foto —dijo papá, levantando su copa de vino—. No sé cuándo volverá a repetirse.

—Por favor, no lo gafes —respondió mamá, riendo.

—Lo digo en serio —insistió él—. Últimamente aquí cada uno come a una hora diferente. Parece un restaurante de carretera.

Rodrigo aprovechó para soltar una broma, yo me reí, y la abuela empezó a contar una anécdota de cuando mi madre tenía mi edad. Era una de esas cenas donde todo fluía sin esfuerzo, donde el ruido y las risas llenaban la casa. Me encantaban esas noches.

Hasta que llamaron a la puerta.

—¿Esperas a alguien, Candela? —preguntó mamá.

—No —la verdad es que no mentí, aunque el corazón me dio un vuelco, porque la verdad era que con Enzo nunca se esperaba qué podría ocurrir en cualquier momento.

Rodrigo se levantó con el vaso de agua todavía en la mano.

—Yo abro.

Unos segundos después oí su voz desde el recibidor:

—Eh… Candela, te buscan.

Fingí no escucharlo.

—¿Quién es? —preguntó papá, sin apartar la vista del plato.

—Enzo —contestó Rodrigo, algo incómodo—. Dice que salgas un momento.

—Estoy cenando —repliqué, intentando sonar natural.

—Eso le he dicho yo —añadió mi hermano—, pero dice que es importante.

Mamá me miró con el ceño fruncido.
Papá, en cambio, dejó el tenedor con un golpe seco sobre el plato.

—¿Importante? A estas horas no hay nada importante. Dile que venga mañana.

—Papá, por favor —dije levantándome.

—No, Candela. Estás cenando.

—Solo voy a ver qué quiere, ya vuelvo.

Salí del comedor antes de que dijera nada más.

Enzo me esperaba en la puerta, apoyado contra la pared del porche, con las manos en los bolsillos y ese gesto de impaciencia que ya empezaba a reconocer en él.

—¿Qué haces aquí? —susurré.

—Tenía que verte.

—Estoy cenando con mi familia.

—Solo un momento —insistió, acercándose un poco—. Te echaba de menos.

Suspiré. Parte de mí se derretía cuando decía esas cosas, pero otra parte —la que aún tenía sentido común— sabía que no era el momento ideal.

—Mira, si quieres, espérame un rato y cuando termine salgo, ¿vale?

—¿Cuánto es un rato? —preguntó, medio sonriendo, medio serio.

—Diez minutos.

—No pienso esperarte diez minutos.

Rodrigo apareció detrás de mí, mirando la escena con curiosidad.

—Candela, mamá dice que… —Se detuvo al ver la cara de Enzo—. Bueno, que no tardes.

—Voy enseguida —respondí.

Al rato volví al comedor con la sensación de tener dos imanes tirando de mí en direcciones opuestas.

—¿Y bien? —preguntó papá, apenas sin levantar la mirada.

—Dice que necesita hablar conmigo.

—Pues que espere. Estás cenando —repitió él con calma tensa.

—Papá…

—Candela, no. No vas a levantarte a media cena por un chico.

Nos miramos unos segundos, ninguno dispuesto a ceder.

Hasta que la abuela Maggie carraspeó.

—No pasa nada —dijo con voz suave—. ¿Cuál es el problema, que el muchacho la espera fuera? Pues que entre. Así lo conocemos todos.

—¿Mamá? —dijo mi madre, dudando.

—Sí, sí —insistió la abuela, sonriendo—. Además, tengo curiosidad. Quiero ver al chico que hace que a mi nieta se le ponga la sonrisa más bonita del mundo.

Me giré hacia mis padres. Mamá suspiró, papá bufó, y al final ambos asintieron resignados. Así que volví al recibidor.

—Dice mi abuela que entres —le dije.

—¿Qué? No, no hace falta —respondió enseguida.

—Venga, no seas borde. Solo un momento.

—No me apetece… —Empezó, pero me miró a los ojos y acabó cediendo—. Vale, un momento.

Entramos juntos en el salón. Rodrigo, con esa sonrisa medio traviesa, le colocó una silla al lado de la mía.

—Aquí tienes, Enzo —dijo—. Siéntate.

—Gracias —respondió él, incómodo, mientras se sentaba.

Mi madre fue la primera en romper el silencio:

—Así que tú eres el famoso Enzo. Encantada.

—El famoso Enzo —pronunció papá con un tono entre serio y burlón.

—El que hace sonreír a mi nieta —remató la abuela con una sonrisa amable.

Enzo sonrió educadamente, aunque su mano seguía apretando la mía por debajo de la mesa. Yo fingí no notarlo.

Rodrigo le ofreció pan, mamá le sirvió agua, y durante unos segundos la cena volvió a ser una cena. O al menos eso parecía. Porque aunque todos sonreían, podía sentir la tensión flotando entre las miradas. Mi padre observándolo con recelo, mi madre intentando disimular, la abuela vigilando cada gesto, y yo…

Yo solo quería que aquella noche acabara pronto.

La abuela le ofreció un plato de cena, pero Enzo aseguró no tener hambre.

—No, gracias, de verdad, no tengo hambre. No quiero molestar.

—No molestás, hijo —replicó la abuela mientras ya se levantaba a por un plato—. Estás muy delgado. Un chico joven como tú tiene que comer bien.

Yo intenté contener una sonrisa mientras Enzo, resignado, murmuraba un gracias bajito.

El silencio fue lo siguiente que se sentó a la mesa.
Solo se oía el sonido de los cubiertos, el tictac del reloj que se escuchaba desde la cocina, y el ronroneo de la calefacción.

Papá rompió el silencio con su voz profunda.

—Así que estudias en el mismo instituto que Candela, ¿verdad?

—Ehh, sí —lo vi dudar—, quiero estudiar medicina —respondió Enzo, mirando su plato que acababa de ponerle la abuela frente a él.

—¿Medicina? —repitió mamá—. Qué bien, eso es una carrera con mucho futuro.

—Ajá.

—¿Y qué especialidad te gustaría elegir? —preguntó papá, interesado.

Enzo levantó un segundo la vista.

—Aún no lo he decidido.

El silencio volvió, esta vez más pesado. Recuerdo tragar saliva.

—Y dinos, ¿eres de aquí? —preguntó papá, apoyando los codos en la mesa.

—No. Somos de Madrid.

Aquella afirmación me extrañó, pues yo recordaba otra cosa, alcé las cejas demostrando mi sorpresa. ¿Madrid? Pensaba que sus padres vivían en Barcelona. O eso era lo que creí escuchar cuando le pregunté por su familia.

—Creí que me habías dicho Barcelona —dije sin poderlo evitar.

Él me miró un segundo.

—Vivían allí antes, después Madrid. Nos mudamos cuando cumplí los diez años o poco más.

Asentí para no incomodarlo, aunque algo se me revolvió por dentro.

Fue entonces cuando mi hermana Marga, la más pequeña de la casa, que ya había terminado de cenar y balanceaba las piernas bajo la mesa, soltó lo que nadie esperaba.

—El otro día te vi —dijo.

—¿Qué? —preguntó Enzo, desconcertado.

—Sí. Estabas con un hombre muy feo.

Mamá se aclaró la garganta, nerviosa.

—Marga, cielo, eso no se dice. Seguro que te confundes.

—No me confundo —insistió ella—. Era un hombre viejo, con bastón. Feo y gordo. Te estaba riñendo.

Al instante noté cómo Enzo se ponía rígido a mi lado.

No lo miré, pero sentí cómo tensaba la mandíbula y cada músculo de su cuerpo.

—Marga —intervino mamá—, cariño, deja el tema.

—Quizá era su padre, ¿eh, Enzo? —preguntó mi madre con total inocencia.

Él dejó el tenedor con un golpe seco.

—Creo que será mejor que me vaya —dijo de repente, levantándose.

Papá frunció el ceño.

—¿Tan pronto?

—Sí. Ha sido un placer, pero es tarde. Buenas noches.

Me levanté también.

—¡Enzo, espera!

—Candela, siéntate —ordenó mi padre.

—No —dije, con un temblor en la voz—. Voy a hablar con él.

Salí corriendo, dejando a todos en silencio.

El aire frío de la noche de diciembre me golpeó al salir. Lo ví a lo lejos, caminando rápido por la acera.

—¡Enzo! —grité—. ¡Espera!

Él no se detuvo. Así que empecé a correr, con el corazón desbocado.
El sonido de mis pasos se mezcló con el viento.

Cuando por fin lo alcancé, lo sujeté del brazo.

—¿Qué te pasa?

Él me miró, tenía los ojos oscuros, la respiración agitada.

—No lo entiendes, Candela. No tenía que haber entrado.

—¿Por qué? ¿Por qué te molesta tanto que mi familia te conozca?

Él negó con la cabeza y se soltó despacio de mi agarre.

—No lo entiendes —repitió.

Y se marchó, dejándome sola, temblando en mitad de la calle. El invierno parecía haberse colado de golpe dentro de mi cuerpo, como si yo fuese una bola de cristal de las que colgamos del árbol de Navidad.

Capítulo 8

Dos días sin saber nada de Enzo eran suficientes para salir a la calle y averiguar donde se encontraba. Ese fue el momento en el que me di cuenta de lo poco que lo conocía. Apenas sabía su nombre, su edad y que tenía un padre, una madre, y un hermano que estaba enfermo. ¿Pero donde vivía? ¿Cómo se llamaba su hermano? ¿Algún amigo que no fueran los míos? Nada, toda su vida era un secreto para mí, era como si se hubiese encargado de tratar de no dejar rastro para nunca poder ser encontrado. Entonces recordé que la última vez que cenamos juntos en aquella hamburguesería, la chica que nos atendió en la barra parecía conocerlo, así que no me quedó otra opción que ir a hablar con ella.

Llegué allí como a eso de las doce de la mañana, era un horario en el que no tenían muchos clientes, y nada más entrar me saludó con bastante cercanía al reconocerme.

—Hola, perdona, ¿puedo hacerte una pregunta? —recuerdo que le pregunté mostrando mi mejor sonrisa.

—Claro, ¿eras Candela, no?

—Sí, encantada, Mati —dije mirando su nombre en la chapita que llevaba colgada de la camiseta.

—Tú dirás —dijo sin dejar de limpiar la barra algo salpicada de kétchup.

—El otro día cuando estuve aquí con Enzo me pareció que os conocíais.

—Claro, Enzo, mi mejor cliente, creo que pasa más tiempo aquí que en ningún otro lugar.

—¿Solo lo conoces de que viene aquí a comer?

—Bueno, a comer, a cenar, a desayunar, a merendar… empiezo a dudar de que en su casa tenga una cocina —dijo riéndose.

—Y por curiosidad no sabrás donde vive.

—Ahí mismo —señaló el edificio situado a mis espaldas y que ella veía de frente.

Al darme la vuelta pude ver lo que quedaba de él. Jamás me había parado a observarlo bien. Era el edificio más viejo que habían visto mis ojos, el viejo cine ocupaba toda la parte baja, y en los dos pisos superiores se podían ver algunas ventanas con persianas rotas y los interiores que se dejaban ver estaban muy oscuros para ser la hora que era.

—Vaya, no sabía que ese edificio estuviera ocupado, pensaba que estaba abandonado —dije.

—Así es, abandonado y ocupado por okupas. La mayoría de ellos parecen piojosos, pero bueno, uno al menos que sepamos no —dijo riéndose.

A mí no me hacía nada de gracia. Mi novio era un okupa. Y eso explicaba muchas cosas.

No recuerdo si cuando salí de allí le di las gracias por la información, si me despedí, si ocurrió algo más, no recuerdo nada, solo que tenía la sensación de haber vivido en una mentira por parte de Enzo, pero era evidente que no me marcharía del lugar sin intentar hablar con él, así que crucé la calle, me quedé mirando a la puerta rota deteriorada que tenía frente a mí y sin mucho esfuerzo

la empujé para traspasar el portal, o lo que fuera que era aquello que estaba pisando, porque entre basura y restos de lo que parecían comida comencé a caminar, subí unas escaleras que me llevaron al primer piso hasta llegar a una de las puertas que todavía existían, porque algunas viviendas no tenían la misma suerte.

Golpeé una puerta con el nudillo, pero nadie respondió, probé con la siguiente y obtuve la misma suerte, y de repente una puerta al final del pasillo se abrió, ¿y quién salió de allí? Enzo.

Iba vestido con su chupa de cuero negra de siempre, con un vaquero desgastado que le sentaba como un guante, y llevaba el pelo tan despeinado como siempre, lo que no era igual en él era la compañía que colgaba de su brazo.

Una chica delgadísima que parecía necesitar ayuda para caminar y no por parecer enferma, más bien parecía colocada.

Todavía no me había visto, estaba más pendiente de que la compañía no se le cayera al suelo si no la sujetaba con fuerza. Y cuando llegó a mí, la sorpresa fue épica.

—¿Candela? —preguntó con estupor.

—La misma —respondí muy seca.

—¿Qué haces aquí?

—Te sorprende que esté aquí, te sorprende que sepa que vives aquí, o te sorprende que te haya cazado con otra?

Puso cara de confusión y negó con la cabeza.

—No es lo que crees, puedes pensar mal e irte o ayudarme a sacarla de aquí por su seguridad. Después podemos hablar.

—¿Hablar? No parecía que quisieras hablar de nada cuando llevas dos días desaparecido sin responder mis llamadas ni mensajes.

—Es complicado —dijo cerrando los ojos.

Quise marcharme y olvidar que en algún momento de mi vida lo había conocido, pero cuando lo estaba decidiendo la chica que llevaba sujeta pareció flaquear y casi se va al suelo. Mi reacción automática fue sujetarla.

—¿Qué le pasa?

—Ayudame a sacarla de aquí, he llamado a una ambulancia.

¿Ambulancia?

Lo ayudé, la ayudé, no sé a quién estaba ayudando, la verdad, pero lo hice. Bajamos las escaleras como pudimos, y cuando salimos a la calle siguió un poco más hasta quedarse lejos del portal del edificio, la ambulancia llegó casi al segundo.

Dos paramédicos salieron a la carrera del vehículo y la subieron a una camilla, pero antes de irse nos preguntaron qué había ocurrido, y Enzo mintió, pero me di cuenta de que no le costaba nada, que aquella mentira parecía verdad, que estaba acostumbrado a hacerlo.

—¿Quién ha llamado? —preguntó uno de los dos hombres.

—He sido yo, la he visto aquí tirada en el suelo, he intentado que me dijera que le pasaba, pero solo ha dicho sobredosis, y por eso he llamado al ciento doce.

El otro hombre me miraba quizá esperando algo más, o que le confirmase lo que Enzo decía, pero yo estaba tan alucinada que tan solo permanecí callada.

—¿No sabemos que se ha metido?

—Llevaba esto en una mano —dijo Enzo entregándoles una bolsita con algo blanco dentro que parecía cocaína, o quizá algo más fuerte.

La verdad es que en temas de drogas estaba bastante perdida, yo no había pasado nunca de beberme unas cervezas o darle un par de caladas a un porro.

La ambulancia se fue con la chica y las sirenas y luces a toda prisa, y yo me quedé mirando como se alejaba sin decir palabra.

—Te he mentido, Candela.

Lo sabía, no hacía falta ser una lumbreras para saber que Enzo me había engañado en todo o en casi todo. Que se había inventado una vida falsa, que no era quien decía ser y que con mucha probabilidad estaba metido en algo oscuro.

—¿Me has dicho alguna verdad?

—Solo que me gustas. Esa es la única verdad que he dicho desde que te conozco.

—¿Eres de Barcelona o Madrid?

Negó con la cabeza.

—Vengo de Alicante.

—¿Vives con tu familia?

—Estoy solo aquí.

—¿Tienes un hermano enfermo?

—No.

—Tío, te has pasado, lo único que sé de ti es que estudias en mi instituto y que te llamas Enzo.

Volvió a negar con la cabeza.

—No estudio en tu instituto, de hecho jamás he entrado a ninguna de las clases, solo voy allí cuando tengo que llevar algo…

¿Algo?

—No quiero saber nada de ti, me voy a marchar y no quiero volver a verte.

—Quiero contártelo todo, y no quiero que me mires así, después puedes hacer lo que quieras, pero también quiero que sepas que si no te he contado nada de mí es para protegerte, porque te quiero Candela.

Aquello fue demoledor, fue como sentir una bomba dentro de mi estómago, y me quedé igual de paralizada como si verdaderamente me hubieran atacado con un misil. Pasaron tres o cuatro, o quizá más minutos de los que creí y finalmente hablé.

—Empieza, cuéntamelo todo, desde el principio, y esta vez espero que todo sea verdad, porque si detecto una mentira por pequeña que sea dejaré de escucharte, cruzaré la calle y me iré.

—Está bien.

—Pero aquí no, vayamos a tu casa.

Me miró asustado, negó con la cabeza rápidamente y con los ojos muy abiertos.

—No creo que quieras estar ahí.

—Quiero y me lo debes. Quiero ver donde vives y con quien.

—Vivo solo.

—Está bien, mejor, así no tienes que pedir permiso.

Comencé a caminar en dirección a aquel lugar del que acabábamos de salir y cuando llegué me giré para mirarlo. Enzo aún seguía parado, y al ver que su intención no era acercarse decidí que aquello terminaba allí mismo. Pero cuando fui a bajarme de la acera para irse, corrió hasta mí y me agarró de la mano.

—Haré lo que me pide, solo que —se calló—, no te asustes, escuchame antes de irte.

Asentí. Imaginé que se avergonzaba de vivir de okupa, de quizá no tener muebles, de vivir con un colchón en el suelo, con basura alrededor, imaginé una casa sucia, sin comodidades, un lugar precario… lo que jamás imaginé era lo que verían mis ojos cuando abrió la puerta, que por cierto parecía blindada con unas tres cerraduras.

Capítulo 9

¿Por qué cojones iban haber tantas cerraduras en una puerta como aquella? En un lugar como ese…

La puerta se abrió, Enzo la empujó y mirando a ambos lados pasó él primero y después estiró de mí rápido para que entrase. De forma muy veloz también cerró la puerta y volvió a cerrar todas las cerraduras. Me extrañó también, pero cuando pasamos la especie de recibidor, porque eso era lo que allí debía haber, lo vi todo claro.

—¿Qué coño es esto, Enzo? —Me tapé la cara, sentí miedo, asco, angustia, un escalofrío me recorrió la espalda, el cuerpo entero.

Recuerdo también que sentí angustia y casi vomito.

—Es mi medio de vida —dijo.

—¿Tu medio de vida?

Lo que yo vi allí nunca antes lo había visto, bueno, en realidad alguna vez sí, pero solo en las películas, o en esa serie de televisión llamada Breaking Bad.

—Enzo, yo no sé si voy a poder escuchar lo que tengas que contarme, con esto ya es suficiente para mí.

—Espera, Candela, déjame hablar.

Era imposible que lo que dijera me hiciese cambiar de opinión hacia él, que nada de lo que pudiese contarme para justificar todos esos artefactos que había en esa casa me convencieran de algo, yo

ya había tomado la decisión de alejarme, así que acepté y mirando a mi alrededor ojeé algún lugar para poder sentarme.

—Ven por aquí —me dijo pasando por delante de mí y adentrándose en una habitación contigua a la que estábamos.

—Creo que deberías empezar a hablar para que pueda irme de este antro cuanto antes.

Se sentó en una de las cuatro sillas que había junto a una mesa. Esa parecía ser la zona de uso común, imaginé. El único espacio donde no había droga, ni pesos, ni todo eso que guardaba allí.

¡Joder, es que eran montañas de droga!

—Nací en Alicante, mi madre era una mujer normal aparentemente, aunque un poco dada a elegir mal a sus parejas, y como resultado último en su vida, mi padre. Un ser deleznable, un buscavidas, un tío egoísta, una bestia, un mal padre que solo sabía gritar, beber cervezas, jugar a cualquier juego en el que si perdía podría pagar con el cuerpo de su mujer, y suerte tuve de no nacer niña, o el pago lo habría hecho yo mismo. —No levantó la cara en ningún momento—. Como verás he crecido en un ambiente ejemplar donde te enseñan a compartir, hacen ahínco en la educación y esperan de ti buenos resultados académicos —. En ese momento me miró. Pensé que la ironía no era vergonzosa para él.

—¿Dónde están ellos ahora? —le pregunté.

—Mi madre murió hace un año y medio. Sufrió una sobredosis.

¿Me lo debía creer? Su madre muerta por sobredosis y él vendiendo drogas como si fuera Pablo Escobar…

—No te creo, Enzo —decidí levantarme.

—Espera, deja que termine, me saltaré los detalles.

—Rápido.

—Era de esperar lo que le pasó. Llegó el día en el que no pudo soportar más y empezó a drogarse para hacer frente a su vida. Imagino que ni yo era motivo suficiente para seguir viviendo. No tengo detalles de cuanta droga consumía, lo que sí que sé es que mi padre dejó de utilizarla para saldar sus cuentas, ya no le servía de pago, su cuerpo cada vez estaba más deteriorado… Hasta que un día se quedó dormida en el sofá, con un vaso de licor en una mano y una jeringa en la otra. No me preguntes si lo sentí, porque no lo hice, pues yo mismo rezaba por ella para que la muerte le llegase de la manera más placentera que pudiese. Mi padre desapareció a los pocos días, y me quedé solo, en mi casa, hasta que los servicios sociales vinieron a buscarme.

Se quedó callado un minuto, después continuó.

—Los días en la casa de acogida no fueron malos, yo diría que hasta fueron agradables, podría haberme acostumbrado. Hasta que aquella tarde apareció la señora Balarte, la encargada de nosotros los niños, con la buena noticia de que un familiar quería que fuera a vivir con él —dijo eso y emitió una sonrisa sonora, no supe si era burlona—. ¿Un familiar? Yo no conocía a nadie de mi familia, ni por parte de padre ni de madre. ¿Te imaginas tener tíos, tías, abuelos, primos, y no conocerlos con dieciséis años? ¿Extraño, eh? Pues eso era, muy raro todo. Pero era cierto, mi tío, un hermano de mi padre se presentó con el fin de reclamarme para que fuera a vivir con él.

—Imagino que pudiste irte pero que preferiste vivir sin dar explicaciones a nadie, que con el tiempo te escapaste de los servicios sociales y que ahora te ganas la vida como tú dices siendo traficante de drogas. —No podía seguir escuchando una historia absurda de cómo él justificaba que ahora se dedicaba a delinquir.

—No. Me fui con Alejandro, mi tío. ¿Pero poco tardé en darme cuenta de que solo me quería para que le diesen una ayuda por tener menores a su cargo, además de para esto.

—¿Para esto?

—Trabajo para él, Candela, y si no lo hago dice que me denunciará por agredir sexualmente a su hija de diez años. Bueno, entiendo que ahora debe tener doce, porque hace dos años que me alejé de su casa. Preferí seguir como su empleado pero lejos de él.

—Pero —dudé en hacer esa pregunta, pero al fin y al cabo, ¿qué conocía de él? —, ¿has hecho lo que dice?

—¿Me crees así? —Le dolió mi duda.

—Nunca hubiera dicho que serías capaz de vender drogas a nadie…

—No, nunca he tocado a su hija, es más, me fui de allí para no verme envuelto en ninguna historia rara.

Me reí, no pude evitarlo.

—Claro, te fuiste de su casa para enderezar tu camino en la vida, peroooo esto que tienes aquí montado no es un bazar de estupefacientes, eh.

—Tengo que saldar una deuda. Cuando lo haga seré libre.

—¿De qué se trata?

—Él fue quien corrió con los gastos del entierro de mi madre. Yo creía que había sido mi padre, pero por lo visto fue a pedirle dinero, de ahí que supiera de mi existencia y pensara en mí para su negocio… un chaval joven para pasarle la mierda más fácil sin levantar sospechas.

—¿Y la chica de antes?

—Es una adicta, viene casi todos los días, es raro el día que no lo hace.

—¿Te has dado cuenta de lo que esa mierda que les vendes hace en sus cuerpos? Es tu culpa.

—No soy yo quien le vendo nada, es más, si alguna vez me he quedado con ella ha sido para ayudarla a limpiarse, hoy cuando llegó a mi puerta ya estaba así, lo único que yo he hecho ha sido llamar a una ambulancia.

—No te creo, estoy segura de que por dinero eres capaz de cualquier cosa.

—Te equivocas. Estoy a punto de dejarlo todo y ser libre.

—Está bien, supongamos que te creo. ¿Qué es lo que le debes a tu tío?

—Unos veinte mil euros.

—¿Un entierro es tan caro?

—No, pero también me pagó la moto y me dio dinero para poder instalarme aquí.

—Por lo que sé de este lugar no te deben cobrar alquiler…

—Tuve que tirar a un okupa que tenía aquí su residencia.

—Entonces, dime, ¿cuándo supuestamente saldas tu deuda?

—En dos semanas. Dos semanas y seré libre, más que eso, tendré tanto dinero que hasta podré comprar una casa.

¿Una casa? ¿Tanto? No quise preguntar qué era lo que se traía entre manos, porque para sacar tantísimo dinero debía ser algo gordo, y yo no era más que una cría que en cinco días cumplía los dieciocho años y lo máximo a lo que estaba autorizada a hacer era salir los sábados hasta las tres de la mañana y en vacaciones hasta las cuatro. Algo que comparado con la vida que llevaba Enzo parecía ridículo.

—Bueno, solo te puedo desear suerte.

—¿Te vas?

—No esperarás a que me una a ti, nos montemos en una furgoneta para cocinar éxtasis, y nos crucemos el país a lo Breaking Bad…

—Tiene gracia, te iba a proponer algo así, pero sin éxtasis, ni nada parecido. Bueno y tampoco es una furgoneta, es más bien una furgoneta para pasar unos días.

—¿Estás de coña? Oh, sí, seguro que mis padres aceptan que me vaya contigo de camping, después de todo solo te fuiste de mi casa en circunstancias un tanto extrañas… por cierto, dime cuanta verdad había en lo que dijo Marga.

—Toda. Mi tío vino a por material y me recriminaba que hubiera bajado la venta. Estar contigo me hizo olvidar el verdadero motivo por el que había llegado a Valencia, vender en masa.

—Así que mi hermana no se equivocaba…

—En nada.

—Adiós, Enzo.

—No te vayas, no me dejes solo, no te alejes, tienes motivos suficientes para estar enfadada conmigo, he sido un estúpido

pensando que podría engañarte, que no te darías cuenta de nada de lo que hago, y que antes de que sospechases algo ya habría terminado con esto. ¿No te vale que te pida perdón? Te quiero Candela.

—No estoy segura de que me quieras.

—Te quiero, si ahora mismo me dijeras que nos fugásemos juntos, yo lo haría sin pensarlo, porque te quiero y sé que si no estás a mi lado no hay motivos para nada más.

—No voy a fugarme con un mentiroso.

—Nunca te lo pediría, solo unos días, se acerca tu cumpleaños. ¿Podríamos celebrarlo juntos?

Ya no tenía tan clara esa idea con la que había entrado a su casa, o a su almacén, o lo que fuese ese lugar. Ahora cada vez tenía más dudas de mí, de la decisión que iba a elegir.

—Está bien, mañana nos vamos y regresaremos el lunes.

No sé por qué lo dije, salió solo de mi boca, no pasó por el cerebro, no lo pensé, ni siquiera lo barajé, simplemente lo dije. Y cuando quise arrepentirme, Enzo estaba casi encima de mí abrazándome, fuerte, muy fuerte.

—Te juro que no voy a mentirte más, y que muy pronto todo esto terminará.

Por dentro estaba contenta, no voy a negarlo. Pero por fuera no quise demostrarlo, quise que él viera que yo todavía tenía dudas, que no diera por hecho nada conmigo, que tendría que ganárselo a base de esfuerzo, iba a tener una oportunidad y tenía que currárselo.

—Enzo, mañana a las doce de la noche cuando todos duerman en mi casa saldré por la ventana de mi habitación y me descolgaré por el árbol. Espero que estés listo, sino volveré a dentro y olvidate de mí para toda tu vida.

—Estaré.

Me levanté y le pedí que no me acompañase, quería volver a casa yo sola, necesitaba pensar bien en como lo iba hacer para escaparme tres días y que no se dieran cuenta.

Enzo se levantó para despedirse, y aunque traté de hacerme la dura, en cuanto me tocó el brazo sentí que mi cuerpo ardía.

—Necesito besarte, necesito tocarte, necesito oler tu piel, sentirte cerca como antes.

—Te recuerdo que fuiste tú quien desapareciste.

—Deja que te bese, Cande.

Con la cabeza negaba, pero en realidad estaba deseando que me besara, poder sentir sus labios de nuevo, recordar la calidez de su boca, la forma en la que me agarraba del cuello mientras lo hacía.

—Voy a hacerlo —dijo.

Y me besó. Me cogió por la cintura, me acercó a él, acercó su rostro al mío y me besó con esa calma que siempre tenía. Esa calma que me hacía perder los nervios y me obligaba a pedirle más.

Me separé de él y me marché.

Capítulo 10

Cerré la puerta de casa, dejé las llaves sobre la mesa del recibidor y me quedé quieta, mirando el suelo, como si esperara que el silencio me respondiera o algo. Llevaba todo el camino de vuelta preguntándome si había hecho bien, si perdonarlo había sido una muestra de madurez o de pura cobardía. Si me había equivocado y lo que estaba haciendo lo estropeaba todo.

Todo olía a café. Me quité la chaqueta empapada por la lluvia, pues los últimos seiscientos metros hasta llegar a casa una llovizna ligera me sorprendió hasta dejarme empapada. Sujeté la chaqueta de la capucha y la colgué sin mirar.

Siempre había creído que amar significaba intentar, insistir, perdonar. Pero esa tarde, mientras caminaba bajo el agua, la palabra perdón me sonaba hueca, como si alguien la hubiera usado demasiadas veces antes que yo y se hubiese quedado vacía, sin nada que ofrecerme a mí.

Me senté en el borde del sofá y miré mis manos. Aún sentía el temblor en los dedos, un temblor que no era de frío, sino de miedo. Miedo a que todo volviera a repetirse, a que esa disculpa tibia no significara lo que yo quería creer. Había dicho que confiaba en él, pero, en el fondo, la confianza no regresaba con palabras; regresaba con tiempo. Y el tiempo, justo ahora, me pesaba más que nunca.

Encendí una lámpara y la luz cálida llenó el salón. Me vi reflejada en la ventana: el cabello aún húmedo, la mirada cansada. ¿Era esa la cara de alguien que hacía lo correcto? Tal vez no había perdonado por amor, sino por pena. O por el miedo a empezar de

nuevo, a quedarme sola, a aceptar que algunas heridas no se cierran con un lo siento.

Subí a mi habitación despacio, cada paso que daba era más lento que el anterior. En ese silencio tan de casa, comprendí que el perdón no borra nada; solo suaviza el ruido por un momento. Y mientras me dejaba caer sobre la cama, supe que esa duda no se iría pronto.

—Candela, Candela, ven, corre, mira lo que papá ha traído para que desayunemos —gritaba Marga dentro de mi habitación.

Yo que me había dormido como pronto a las tres de la madrugada tratando de darle un poco de sentido a todo lo que pasaba en mi vida, ahí estaba Marga a las siete de la mañana animándome a bajar a la cocina para que desayunase con ella.

—Dame unos minutos, peque, deja que mee antes.

—No, que el chocolate se enfría, baja, corre.

—Prefiero beberme frío el chocolate y no mearme encima.

—Bueeeeno, lo que tú quieras pero no tardes o me como tu parte de churros.

Salí de mi habitación más espabilada después de haberme lavado la cara también y antes de bajar las escaleras mi padre me dio un abrazo.

Hacía mucho que no me daba uno de esos, era como si supiera que iba a cometer una locura y me recordara que me quería, estas cosas siempre pasaban conmigo. Como el día que juré odiarle hasta mi muerte por castigarme sin poder ir a una fiesta, lo maldije

y desee que se rompiera un pie, y al llegar a casa de la escuela, se acercó hasta mí y me levantó el castigo después de darme un beso sobre la cabeza. El karma, el karma de los cojones me echaba pulsos continuamente.

—Candela recuerda que mañana iremos a la residencia de ancianos donde antes estaba tu abuela —me dijo mi padre.

—¿Mañana?

No iba a ir, lo que no sabía aún era qué excusa me iba a inventar.

—Yo pensaba salir a correr con Nadia un poco.

—Bueno pues ya habrá más días cielo.

—Oh, gracias, papá.

—No, cariño, ya habrá más días para que salgas a correr, esta es la visita anual de Navidad, en la que llevamos pastas y jugamos a juegos de mesa con todos los que no reciben visitas en mucho tiempo.

No tenía lógica discutir si iba a acudir o no a la visita anual, porque yo ya sabía lo que iba a pasar. Me pensaba escapar esa misma noche y mañana no estaría en casa. La iba a liar parda, y lo más seguro es que a mi regreso no volviese a ver la luz del sol en muchos meses, o años incluso. Pero tenía que darle la oportunidad a Enzo de poder demostrarme que le importaba. Así que asentí a mi padre y bajé a desayunar con Marga.

Capítulo 11

No sé cuántas veces miré el reloj antes de atreverme siquiera a moverme de la cama. Las agujas parecían burlarse de mí: avanzaban despacio, demasiado despacio, justo al contrario de como lo hacía mi corazón cuando sabía que estaba a punto de hacer algo que no debía.

Mis padres ya se habían acostado. Rodrigo escuchaba música con auriculares. Marga dormía con la puerta entreabierta, como siempre. La abuela Maggie aún hablaba por teléfono con alguna amiga, porque esa mujer tenía una vida social más activa que yo.

Todo estaba en silencio… y aun así, sentía que cada gesto mío hacía un ruido capaz de despertar a todo el barrio.

Esto es una locura, me repetí mentalmente mientras me levantaba de la cama. Tus padres se van a enfadar. Mucho. Y con razón. Eres un ejemplo pésimo para tus hermanos. No deberías hacerlo. ¿De verdad vas a escaparte por una ventana? ¿A estas alturas?

Me pasé una mano por la cara, intentando aclarar las ideas. Pero entonces pensé en Enzo, en su mensaje: A medianoche, donde siempre. Si no vienes, lo entenderé.

Y me dolió. No quería que lo entendiera. No quería que pensara que me estaba alejando. No después de la conversación que habíamos tenido. No después de cómo se había abierto conmigo.

Así que respiré hondo, apagué la luz de la habitación y me acerqué a la ventana.

Cuando la abrí, me dio un golpe de aire frío en toda la cara. El invierno que estábamos viviendo parecía haberse colado dentro y me abrazó sin permiso.

Me asomé.

La altura me dio un vértigo inmediato. Desde allí mi casa parecía más alta que nunca, y el árbol que tenía que usar como escalera pareciera más fino, más frágil y mucho más lejos de lo que recordaba.

—Estás loca —susurré para mí misma—. Completamente loca.

Aun así pasé una pierna por la ventana, luego la otra. Sentí el corazón subirse a la garganta y amenazar con ahogarme, y toqué el árbol. En ese momento me dije que como hiciera un solo ruido, mi padre aparecería con su bata de cuadros y su expresión más severa. Y mamá. Y la abuela. Y mis hermanos despertarán y… Madre mía, la bronca iba a ser legendaria.

Pero ahí estaba yo: con medio cuerpo fuera, temblando como una idiota, con la adrenalina recorriéndome las venas.

Me agarré a la rama más gruesa del árbol, esa que tantas veces había mirado cuando le contaba cuentos de miedo a mi hermano Rodrigo, solo que esta vez el miedo lo sentía yo.

Logré colocar los pies entre las ramas e ir bajando muy despacio. Casi me resbalo una vez, las manos me sudaban, y tuve que morderme la lengua para no soltar un grito.

Cuando por fin mis pies tocaron el suelo, solté el aire que tenía retenido. Lo había conseguido.

Me giré hacia la calle… y ahí estaba.

La furgoneta. Roja y blanca, con luces amarillas encendidas por dentro, como si fuera una mini casa rodante sacada de una película. Nunca la había visto. Jamás la había mencionado. Pero tampoco había dicho mucho sobre su vida…

Apoyado en la puerta, chaqueta negra, pelo revuelto, mirándome como si hubiéramos quedado en un lugar secreto del mundo que solo nosotros conocíamos.

Cuando su mirada se cruzó con la mía, sentí que todo el miedo, las dudas y el vértigo se evaporaban. Me eché a reír. Una risa nerviosa, emocionada, de esas que mezclan alivio con ganas de gritar.

—Creí que no vendrías —dijo él en voz baja.

Corrí hacia él sin pensarlo y lo besé. Un beso que sabía a frío, a nervios, a esa libertad que solo sientes cuando haces algo prohibido.

Él sonrió contra mis labios.

—Pues aquí estoy —respondí.

—Se me pasó por la cabeza que te hubieras arrepentido, que el enfado habría ganado al amor…

—Un poco lo estoy —admití—. Pero eso ahora da igual.

Se apartó un poco, me miró con esos ojos que parecían esconder mil secretos y se pasó una mano por el pelo.

—¿Lista? —me preguntó.

—¿Para qué? —respondí, todavía con el corazón en modo terremoto.

La sonrisa que me dedicó fue peligrosa. De esas que te avisan que estás a punto de meterte en algo grande.

—Para que comience la aventura.

Y yo, que ya había cruzado una ventana, saltado un árbol y desobedecido a mi familia, pensé:

A estas alturas, ¿qué podía salir mal?

Capítulo 12

Nunca me imaginé que algo así pudiera ocurrirme. Jamás pensé que una decisión tan impulsiva, tan mía, pudiera llevarme a un lugar del que no sabía cómo salir. Creí que estaba viviendo una aventura. Creí que podía confiar en él. Y ahora… ahora sé que no debería haberlo hecho.

Todo había sido perfecto durante los primeros días. Demasiado perfecto, quizá. Despertábamos cuando nos daba la gana, comíamos lo que encontrábamos por ahí, escuchábamos música tirados en la cama estrecha de la furgoneta, y nos hacíamos el amor como si el mundo se fuera a acabar en cualquier momento. Era como estar suspendidos en un tiempo que no existía, un tiempo solo para nosotros.

Y yo, idiota, pensé que eso era amor. Que era libertad. Que era vida. Pero la vida real te alcanza siempre. A veces en forma de duda. Otras, en forma de una frase que debería haber sido inofensiva.

Aquel cuarto día, mientras metía mi ropa en la mochila porque supuestamente ya tocaba volver, me giré hacia él y pregunté, sin darle demasiada importancia:

—¿Cuántas horas hay de vuelta? Porque como lleguemos de madrugada, mis padres me matan. ¿Tú qué dices? ¿Sobre las dos o las tres empiezan a descuartizarme?

Lo dije riéndome. Él no respondió con sentido del humor.

Enzo estaba sentado sobre el borde de la cama, con los codos apoyados en las rodillas y las manos entrelazadas.
Me miró con una calma que me heló por dentro.

—Cande… —dijo—. Estamos en casa.

Al principio pensé que estaba bromeando. No podía ser otra cosa. Bueno, sí, una frase super romántica de las que se te quedan dentro. Así que rodé los ojos y volví a preguntar:

—En serio, ¿cuánto falta? Ya sabes, para que vuelva la Odisea de: dónde estabas y por qué no cogías el móvil.

Él negó lentamente con la cabeza. Muy despacio. Demasiado.

—No vamos a volver —dijo.

Como si fuera la frase más natural del mundo. Como si no acabara de destrozar todo lo que me quedaba de seguridad.

Sentí un pinchazo en el pecho. Algo se rompió. Algo que yo no sabía que podía romperse así de fácil.

—¿Cómo que no? —pregunté, notando cómo la voz me temblaba.

—Candela, nos lo estamos pasando bien. Aquí estamos tú y yo. Nadie nos molesta. ¿Para qué volver? Imagina esto siempre. Los dos. Viviendo como queremos. Sin obligaciones, sin gente metiéndose en nuestra vida, sin…

—¿Sin mis padres? —lo interrumpí.

—Tus padres te tienen atada —respondió, y su tono me dio miedo—. Aquí eres libre. Conmigo eres libre. Esto… esto es casa.

Me quedé quieta. Totalmente quieta. Como si con moverme fuera a empeorar algo. Como si el aire se hubiera vuelto demasiado

espeso para respirarlo.

Y entonces lo vi. A él. Al verdadero. No al chico que me besaba con pasión. No al que me decía cosas bonitas mientras me recorría la piel con sus labios. No al que parecía triste y perdido y necesitado de cariño. Vi al completo desconocido que era.

Un desconocido que me había sacado de casa con mentiras. Un desconocido que no tenía intención de devolverme. Un desconocido del que yo no sabía absolutamente nada.

Porque conocer a alguien no es saber dónde vive. Ni en qué trabaja. Ni escuchar la versión recortada de su vida que elige contarte. Conocer a alguien es ver cómo reacciona cuando las cosas no salen como quiere. Es entender sus miedos, sus luces, sus sombras. Es leer su alma, aunque él no diga una sola palabra.

Y yo… yo no conocía nada de eso. Nada.

Solo sabía que estaba en una furgoneta, lejos de casa, lejos de mis padres, lejos de mi familia, lejos de cualquier lugar seguro.

Y que él, la persona a la que había entregado mi confianza tan rápido, tan sin pensar, me había llevado justamente donde quería. Un sitio del que podría no haber vuelta.

Seguí moviéndome por la furgoneta como si nada dentro de mí estuviera gritando. No sabía ni cómo lo estaba logrando. Sentía las piernas de gelatina, el corazón encajado en la garganta y las manos tan frías que parecía que no me pertenecían. Pero sonreí. Le sonreí como si estuviera todo bien, como si no estuviera pensando en escapar, como si no me estuviera desmoronando por dentro.

—Voy fuera a mear —dije, buscando el tono neutro, casual, cotidiano.

Enzo levantó la vista, receloso. Lo vi. Lo noté. Ese brillo extraño en los ojos que decía que no confiaba en nada ni en nadie. Ni siquiera en mí.

—Vale —respondió al final—. No tardes.

Abrí la puerta y salí. El aire frío del bosque me golpeó la cara como una bofetada. O quizá era el miedo haciendo de las suyas. La noche estaba cerrada, negra, espesa. No había farolas, ni casas, ni carreteras cerca. Solo árboles, árboles interminables y un silencio que hacía ruido en mi cabeza.

Me alejé unos pasos, los justos para que la luz tenue de la furgoneta no me iluminara. Me agaché, fingiendo que estaba haciendo lo que él creía. Y entonces… entonces saqué el teléfono del bolsillo de mi sudadera.

Mi mano temblaba. Entera yo temblaba. Apenas podía deslizar la pantalla. Era como si mi propio cuerpo quisiera sabotearme.

La duda llegó de golpe. ¿A quién llamo?

A mis padres… imposible. No sabrían escuchar. Me ahogaría explicándoles, preguntándoles, justificándome. Ellos no entenderían. No tenía tiempo. Nadia o Paula… igual. Demasiado ruido, demasiadas preguntas, demasiado poco tiempo.

La policía. La opción sensata, sí. Pero… ¿qué les iba a decir? ¿Cómo? ¿Qué dirección? ¿Qué explicación?

Entonces, como un reflejo, un instinto, una pulsación del alma, su nombre apareció en mi cabeza.

Nicolás.

Siempre estaba ahí. Siempre. Sin condiciones, sin excusas.

Marqué su número con los dedos tan rígidos que casi no atinaba.

Sonó un pitido, después otro, y hasta llegar al tercero.

—¿Candela? —contestó, con voz soñolienta pero alerta inmediatamente—. ¿Qué pasa?

Tragué saliva. Tenía la boca seca, la lengua pastosa debido a los nervios.

—Nicolás, escúchame con atención —susurré, intentando que mi voz no se quebrara—. Tengo problemas.

No preguntó. No interrumpió. Solo escuchó.

—Me he escapado con Enzo —continué— y no quiere devolverme a casa. Estoy en un bosque… enorme… en algún punto entre Valencia y Barcelona. Hace unos kilómetros pasamos una tienda de animales gigante, con la fachada verde. No sé qué más decirte. Tengo que colgarte. Pide ayuda, por favor.

Hubo un silencio de dos segundos que me parecieron una eternidad. Y entonces su voz, tranquila, segura, como una mano extendida entre la oscuridad:

—Puedes estar tranquila, Candela. Voy a encontrarte.

Esas palabras me atravesaron. Fueron como respirar después de estar mucho tiempo bajo el agua. Me relajaron el pecho, me aflojaron los músculos, me hicieron sentir que no estaba sola. Que no todo estaba perdido.

Colgué justo cuando escuché cerca de mí el crujido de algo. El roce de las hierbas a mi alrededor, o quizá simplemente mis nervios imaginando cosas.

Respiré hondo. Guardé el teléfono. Y recé para que Nicolás llegara a tiempo. Y para que Enzo no sospechara ni un poco de lo que acababa de hacer.

—Cande —dijo, apretando la mandíbula—. Tenemos que movernos.

El corazón me dio un vuelco tan fuerte que pensé que hasta él podría oírlo.

¿Movernos? No. No, no, no. Si nos íbamos de allí, Nicolás jamás nos encontraría. Y yo me quedaría atrapada en este viaje infinito del que ya no estaba segura de poder escapar si no era con ayuda.

—¿Movernos? ¿Ahora? —pregunté, fingiendo sorpresa, fingiendo calma, fingiendo ser la chica que él creía que yo era.

—Sí. Tengo un mal presentimiento. No me gusta este sitio —masculló, mirando a los árboles como si alguien estuviera escondido detrás de ellos.

Era increíble. Era como si mi miedo fuera contagioso. O tal vez siempre había sido así, siempre alerta, siempre desconfiando, y yo no lo había querido ver.

—Podemos quedarnos un rato más… —probé, acercándome a él, tocándole la camiseta por el borde, jugando con el dobladillo como si estuviera coqueteando—. Mira el cielo, Enzo. Está precioso.

Él dudó. Lo vi. Sus ojos se suavizaron un poco. Di un paso adelante, me pegué a él y susurré:

—Ven. Hace frío, pero podemos sacar las sillas y ver las estrellas. Solo un ratito. Y después nos vamos, ¿vale?

No podía presionarlo demasiado. Tenía que parecer espontáneo, tierno. No desesperada, aunque lo estuviera.

Él respiró hondo.

—Solo un rato —cedió.

Gané tiempo. No sabía cuánto, pero era algo.

Sacamos dos sillas plegables y nos sentamos a unos metros de la furgoneta, cada uno envuelto en una manta. El cielo estaba lleno de estrellas, lucía tan brillante que casi hacía daño a los ojos mirarlo. Era irónico que justo en ese momento de pánico extremo, el mundo fuera tan hermoso.

Yo asentía a todo lo que él decía, fingía relajarme, fingía mirar constelaciones. Pero mi mente estaba atada a un único pensamiento:

Nicolás, por favor… date prisa.

Fue entonces cuando Enzo giró la cabeza bruscamente.

—¿Has oído eso? —preguntó, frunciendo el ceño.

Mi estómago se encogió.

—¿El qué?

Pero yo también lo escuché: un crujido entre los arbustos, lejos, pero no tanto. Un sonido fuerte, repetitivo. No era un animal pequeño. Era algo… humano.

Luego una luz. Una linterna moviéndose entre los árboles, avanzando hacia nosotros.

Sentí un golpe de alivio tan fuerte que casi me mareo. La ayuda había llegado. Nicolás había sido rápido. Dios, había sido tan

rápido que casi me parecía increíble…

—Enzo… —murmuré, sin poder ocultar la mezcla de miedo y esperanza.

Pero mi alivio duró apenas un segundo.

Porque cuando la luz se acercó más, distinguí siluetas. Varias. Y después, ladridos. Perros. Perros grandes, de trabajo, que arrastraban a hombre por correas tensas.

Y entonces vi los uniformes. Negros, con chalecos reflectantes. Eran policías.

Pero no venían tranquilos, ni perdidos, ni preguntando por una chica desaparecida. Avanzaban decididos, como si supieran exactamente a quién estaban buscando.

Mis labios se quedaron secos.

—¿Candela? —susurró Enzo, poniéndose de pie de golpe.

Yo también me levanté, no porque quisiera, sino porque mi cuerpo reaccionó solo. Las piernas me temblaron.

—No… —murmuré, sintiendo que la sangre se me congelaba.

Aquellos policías no venían por mí. No tenían ni idea de que yo estaba allí. No habían venido a rescatarme. Habían venido a por él. ¿Solo a por él?

Los perros tiraban de las correas con desesperación, como si el olor los guiara directamente hacia la furgoneta. Hacia nosotros. Y ahí lo entendí todo a la vez.

Una verdad horrible, inevitable:

Mi llamada no los había traído. Él ya estaba siendo buscado. Y yo… yo estaba en el lugar equivocado. Con la persona equivocada.

Noté cómo Enzo me agarraba del brazo, fuerte, demasiado fuerte.

—Cande, corre —susurró entre dientes.

Y en ese instante supe que nada de aquello iba a acabar bien.

Capítulo 13

Lo primero que hice cuando Enzo tiró de mi brazo, fue soltarme. Ni siquiera lo pensé, fue puro instinto.

—No —susurré, dando un paso atrás.

Él me miró como si me hubiera vuelto loca. Sus ojos estaban completamente dilatados, rabiosos, desesperados.

—¡Candela, corre! —insistió, casi escupiendo las palabras.

Pero yo ya lo había decidido.

No iba a correr. No tenía por qué hacerlo. Yo no había hecho nada malo.

Era la policía. Policía real, con perros, con linternas, con chalecos. La gente que te ayuda. La gente que te protege.

¿Qué podía salir mal? Nada. Absolutamente nada.

Enzo, en cambio, sí parecía saberlo. Y eso me dio miedo. Miedo del de verdad, del que se te engancha a las costillas y te dificulta la respiración.

Los policías se acercaban rápido, los perros ladraban tan fuerte que el bosque entero parecía retumbar. La luz de las linternas se clavaba en nuestras caras a golpes, cada vez más cerca.

—Enzo, basta. —Me abracé a mí misma, temblando pero firme. Tenía que estarlo. Ya estaba todo hecho—. Me van a llevar a casa. ¿Entiendes? A casa.

Él abrió la boca, pero no dijo nada. Y en ese segundo comprendí que lo que yo iba a ganar… él lo iba a perder.

Los agentes nos alumbraron directamente. Yo tuve que entrecerrar los ojos.

—¡Quietos ahí! ¡Manos a la vista! —gritó uno de ellos.

Lo hice sin dudar. Las levanté enseguida, con una mezcla de alivio y vergüenza. De pronto me vi a mí misma desde fuera: una chica de dieciocho años recién cumplidos el día anterior, perdida en medio de un bosque con un chico al que ni siquiera conocía bien.

Qué barbaridad. Qué insensata. Qué inconsciente.

Pero ya estaba hecho. Ya había aprendido la lección. Me temblaron los labios ante la idea de ver a mis padres después de todo esto, de pedirles perdón entre lágrimas, de que ellos me abrazaran fuerte aunque estuvieran enfadados… Porque me abrazarían. Yo lo sabía. Siempre lo hacían cuando más lo necesitaba.

Una agente se acercó a mí con gesto serio pero tranquilo.

—¿Estás bien?

Asentí.

Sentí los ojos humedecerse, pero no me permití llorar todavía. Primero quería saber que todo había terminado.

Dos policías más entraron en la furgoneta. Oí golpes, puertas que se abrían y se cerraban. Lo estaban registrando todo.

Entonces salió el primero. Y en las manos llevaba una mochila. Gigante. Desbordada. La lanzó al suelo frente a todos.

El segundo policía salió detrás. Y dejó caer otra igual. Y luego otra. Tres mochilas enormes, idénticas, llenas, pesadas.

Las cremalleras estaban abiertas. Y dentro… Dentro había paquetes. Decenas de paquetes envueltos en plástico transparente. En su interior algo blanco, compacto.

Droga. Mucha, demasiada.

El estómago se me revolvió.

—Señorita… —dijo uno de los agentes mirándome con una mezcla de sorpresa y lástima—. ¿Es usted consciente de lo que hay aquí?

Yo negué. Negué muy rápido.

—No… yo… yo no sabía… yo no…

Me volví hacia Enzo con un nudo en la garganta tan grande que me dolía respirar.

Él cerró los ojos. Como si ya lo hubiera aceptado. Como si estuviera… resignado.

—¿Qué…? —balbuceé, sintiendo cómo se me aflojaban las piernas—. ¿Qué mierda has hecho?

Mi voz salió rota, herida. No era un grito. Era un susurro incrédulo, desesperado.

—Enzo… ¿qué mierda… has hecho?

Él no respondió.

Los policías lo agarraron por los brazos. Él no se resistió. Yo sí. Yo di un paso hacia él sin saber ni por qué.

—¡Espera! ¡Enzo, dime algo! ¡Dime que no es tuyo! ¡Dime que… que… que no sabías que es estaba ahí! ¡Dímelo!

Se quedó quieto. Con los ojos clavados en el suelo.
Sin una sola palabra para mí.

Y entonces, por primera vez desde que lo conocí, tuve miedo de él. Miedo de verdad.

Capítulo 14

Allí me encontraba, en una comisaría de alguna parte de Barcelona, con un policía que me miraba como si desconfiase de cada palabra que le decía, y con una mujer que decía que era mi abogada de oficio. ¿Por qué necesitaba una abogada? Pues porque en el momento en el que encontraron la droga de Enzo, porque era suya y solo suya, yo estaba con él, pero no es que estuviera con él en plan un rato, es que había claros signos que evidenciaban que él y yo intentábamos escaparnos del país. Y todo eso era lo que no dejaba de repetir el policía que me interrogaba una y otra vez sin importarle cuantas lágrimas estuviera derramando en ese momento.

—Ya no sé cómo decirlo, yo no sabía que él tenía todo eso en esas mochilas.

—Pero en cambio sí que has dicho antes que conocías a lo que se dedicaba, entonces como entenderás si te encontramos con él, en una furgoneta en mitad del bosque, a tan solo unas cuantas horas de camino a otro país…

—Pero que no, que yo no iba a fugarme a ningún sitio con él.

—Lo siento, Candela, pero hemos hablado con tus padres y nos han dicho que hace unos días te fuiste de casa sin avisar…

Joder, ¿ahora qué se suponía que tenía que decir yo, si todo apuntaba a que era su compinche narco?

—Vale, ya lo tengo, llamen a Nicolás, él se lo dirá todo, yo ya no voy a hablar porque cada vez que lo hago parezco más culpable todavía.

No sabía cuánto tiempo había pasado desde que entré en la comisaría, pero cada minuto lo sentía como una eternidad allí dentro. Nadie de mi familia había aparecido, ni siquiera algún rostro conocido. Sólo estaba la abogada, una mujer seria que intentaba mostrar empatía pero a la que apenas conocía. Se había marchado un rato y el silencio de la sala me empezó a pesar más que nunca.

Cuando volvió a entrar, su expresión me lo dijo todo antes de que pronunciara palabra.

—Lo siento mucho, pero lo que te voy a decir no son buenas noticias, de eso estoy segura —soltó, casi sin respirar.

Me removí en la silla, estaba empezando a ponerme nerviosa y lo notaba hasta en las manos.

—Por favor, hable ya —le pedí—, me está poniendo aún más nerviosa.

Se sentó frente a mí y bajó la voz.

—Pues esto es cárcel, Candela. La verdad, si la persona en cuestión no tiene antecedentes es posible que la condena sea mínima, quizás no más de tres meses, pero difícilmente haya otra salida.

Durante unos segundos sentí que se me venía el mundo encima, pero entonces reaccioné de una forma que ni yo misma esperaba.

—¿Sabes? Creo que llegados a este punto será lo mejor. Ese chaval no parece que vaya a cambiar su manera de vivir. Estoy convencida de que me ha engañado cada vez que me decía que me

contaba la verdad. Este plan, el viaje, lo de pasar unos días juntos... ahora pienso que era, simplemente, otro de sus trabajos, otro de esos trayectos para llevar mercancías a algún lugar, y yo solo era una compañía para que no se aburriera en el camino. Estoy enfadada, para qué voy a negarlo, y aunque nunca he querido mal para nadie, pero si se lo merece, pues que vaya a la cárcel.

La abogada me miró con una mezcla de sorpresa y comprensión, pero yo ya solo quería que todo terminara. Puede que tres meses no sean nada comparados con una vida entera, pero a veces, el encierro sirve para liberarte de otras cosas que no te dejan vivir.

—Creo que no me he explicado bien, Candela.

—Sí, y no creas que frivolizo, es que se ha pasado.

—De quien hablo es de ti, Enzo es evidente que irá a prisión, pero tú Candela, también.

—¿Estás de coña? Yo no he hecho nada.

—Eso es lo que no dejas de repetir, pero la policía os ha encontrado a los dos en un lugar alejado de tu casa y con más cocaína de la que se suele incautar en una narcolancha.

—Tienes que resolver eso, ¿no se supone que eres mi abogada?

Me levanté para cogerle las manos, en ese momento empezaba a preocuparme de verdad.

—Hago lo que puedo. Pero, ¿a quién se le ocurre hacer un viaje con un camello? Sabiendo a lo que se dedicaba además.

—Me dijo que lo estaba dejando, y que este viaje era para aclarar su mente, quería empezar de cero, ¿nunca le has dado una

oportunidad a nadie?

—Se ve a la legua que no pensaba dejarlo.

—Pues soy ciega.

—Sí, el amor te ha cegado, y te aseguro que te va a salir bien caro.

Capítulo 15

Llegaron mis padres, y con ellos, también Paula, Nadia, y Nicolás.

Respiré cuando los vi aparecer porque eso significaba que en unas pocas horas podría salir de allí con ellos y esto seguramente lo recordaría en el tiempo como si hubiera sido un mal sueño, uno de esos en los que te despiertas con el ritmo de tu corazón acelerado, y sudando, pero que al poco te das cuenta de que no era real y que todo estaba en su lugar.

Mi madre entró acompañada de la abogada, imaginé que eran esos protocolos que se siguen en una comisaría, y que después el poli que mandaba más traspasaría la puerta para anunciar que podía irme.

—Hija, menudo susto nos has dado. ¿Cómo se te ocurre escaparte de casa?

Rompí a llorar sin saber qué decirle, porque era obvio que no existía una excusa para lo que había hecho, y en caso de haberla, no creo que sirviese de mucho decir: creí que estaba enamorada, que era el amor de mi vida, que mi mundo desaparecería si no estaba con él, y todas esas cosas que recuerdo que sentí tan rápido por Enzo.

—Mamá sacame de aquí.

—Eso es difícil, cariño, te acusan de un delito contra la salud pública, la abogada está haciendo cuento puede, pero es más complicado de lo que puede parecer.

—Pero si yo ni tan siquiera sabía que llevábamos drogas.

—El jefe de la investigación asegura que le has dicho que conocías a qué se dedicaba ese chico, por Dios, Candela, ¿cómo has podido irte con alguien así?

—Me dijo que iba a terminar con eso, que dentro de poco todo eso no existiría, me habló de que su tío le obligaba, que su madre había muerto y le debía el dinero del entierro.

Mi madre me miraba sin decir una palabra, y de pronto después de un largo suspiro habló:

—Sus padres viven, ambos, y no creo que ese tío suyo del que te ha hablado exista. He podido hablar con ellos y aseguran que su hijo no para de meterse en problemas desde la adolescencia. No saben qué hacer con él, aunque agradecen que sea mayor de edad y que pueda pagar por los delitos que comete.

No podía creer lo que decía, ¿su madre estaba viva? Había sido capaz de mentirme en eso… ¿Se había inventado toda esa historia, para qué?

Sentí como si me hubieran vaciado el pecho con una pala. Me quedé… vacía. Hueca. Rota.

—¿Qué…? —mi voz fue un susurro que ni yo reconocí—. ¿Su madre…? ¿Está viva?

Mi madre asintió despacio, sin apartar la mirada.

—Candela, cariño… te ha mentido en todo. En absolutamente todo.

No. No podía ser. No podía mentirme sobre esas cosas, es más, me hubiese dado cuenta, ¿no?

Me tapé la boca con las dos manos porque sentí que me iba a poner a gritar. Lo había dicho con tanta facilidad, como si me

contara que había llovido, como si aquello no significara que mi mundo entero acababa de derrumbarse.

—¿Por qué? —pregunté al aire, temblando—. ¿Por qué inventarse algo así? ¿Para qué? ¿Para qué, mamá?

Y entonces pasó: me derrumbé. Mi cuerpo simplemente dejó de sostenerme y me lancé a sus brazos como una niña pequeña, llorando tan fuerte que me dolían las costillas.

—Yo confié en él —sollocé aferrándome a su camiseta—. Yo… yo de verdad creí que era bueno. Que… que me quería. Mamá, ¿cómo pude ser tan tonta?

Ella me abrazó tan fuerte que me crujieron los huesos, como si quisiera protegerme incluso de mí misma.

—No eres tonta, hija. Solo eres joven. Y te ha engañado alguien que sabe engañar muy bien.

Me limpié la cara con la manga, pero seguía llorando. El cuerpo me temblaba.

—¿Dónde está papá? —pregunté, con miedo a la respuesta.

Mi madre bajó la mirada. Eso ya era una mala señal.

—Papá no quiere verte ahora mismo —dijo en voz baja—. Está muy dolido, Candela. Se siente… decepcionado. Le ha costado mucho que llegar aquí. Está fuera, y ha sido él quien me ha pedido que entrase yo porque… no controla lo que puede decirte.

Me dolió. Me dolió como nunca antes me había dolido nada.

—Papá cree que soy una delincuente —susurré.

—Papá cree que podías haber muerto —respondió ella—. Y ese miedo… le ha hecho daño.

No tuve tiempo de responder porque la puerta se abrió y entró la abogada, con gesto tenso y un puñado de papeles en la mano.

Supe que traía malas noticias antes de que abriera la boca.

—Candela. Necesitamos hablar.

Me incorporé como pude, limpiándome la cara, intentando recuperar algo de dignidad aunque estuviera hecha un desastre.

—Dígame.

Ella se sentó frente a mí, cruzó las manos y respiró hondo.

—Dentro de tres días se celebrará un juicio por delito contra la salud pública. El cargamento encontrado en la furgoneta… es suficiente para mover una causa penal de las más serias.

Asentí varias veces, sin entender del todo, pero queriendo colaborar.

—Haré lo que haga falta —dije rápido—. Testificaré. Contaré todo lo que sé sobre él. Me siento tan engañada que… —me rompí otra vez— que acabo de darme cuenta de que no es bueno. Ha jugado conmigo. Ha jugado con todos…

La abogada me miró con una mezcla de compasión y gravedad. Después miró a mi madre.

—Candela… no vas a ir como testigo.

La miré, confundida.

—¿Cómo que no?

—Ni la acusación te quiere declarando —continuó—, ni el juez ha pedido tu versión. No estás citada como testigo.

Se inclinó hacia mí, como si las palabras fueran demasiado pesadas para decirlas desde lejos.

—Acudirás al juicio… en calidad de implicada.

Hizo una pausa. Un silencio que me atravesó por dentro.

—¿Lo entiendes?

No. No lo entendía. No quería entenderlo.

—¿Implicada…? —repetí, sintiendo cómo el aire se volvía ácido dentro de mis pulmones—. Yo… yo no… no sabía nada. Yo no… yo no he hecho nada. Solo estaba con él. Solo…

Mi voz se rompió. Mi mundo también. Mi madre me agarró la mano, fuerte.

—Tranquila, cariño. La abogada te lo explicará mejor.

La abogada respiró hondo, como si le doliera cada palabra.

—Estabas en la furgoneta —dijo—. Estabas presente. Viajabas con él. No hay pruebas de que ignoraras lo que llevaba. Y hasta que lo demostremos… a ojos de la ley, formas parte de su mismo delito.

Me mareé. Literalmente. La habitación se me movió, las paredes se encogieron, el suelo pareció hundirse bajo mis pies.

—No —susurré, con un hilo de voz—. No… no puede ser. Yo… yo solo quería irme un par de días. Solo… solo confié. Confié en la persona equivocada. Eso no puede convertirme en… en…

No pude terminar la frase. No podía decir la palabra. Delincuente, esa era la palabra.

La abogada bajó la mirada. Mi madre me abrazó otra vez, y yo me derrumbé en sus brazos.

Lloré como si me estuvieran rompiendo desde dentro. Porque lo estaban haciendo. Porque mi vida, tal y como la conocía, ya no existía. Y porque por primera vez en mi vida… Tuve miedo verdadero. Del que te hace ver que nada —nada— después de esto puede volver a ser igual.

La abogada carraspeó ligeramente antes de sentarse. Su traje oscuro parecía volverse más rígido con cada palabra que pronunciaba.

—Señora —dijo mirando a mi madre—, llévesela a casa. Necesita descansar. No hable con nadie sobre esto, ¿de acuerdo? Mañana me pondré en contacto con ustedes y estudiaremos el caso con calma, a ver qué podemos alegar para evitar lo que ahora mismo… parece inevitable.

Inevitable. Aquella palabra me atravesó como un cuchillo. Parpadeé un par de veces, intentando procesarlo, y al final no pude callarme.

—¿Qué es eso tan malo que cree que puede ocurrir? —pregunté. Mi voz sonó rota. Supongo que aún esperaba que todo fuera un enorme malentendido, que hubiera algo que no estábamos viendo.

La abogada me miró. Primero a mí, luego a mi madre. Y en su silencio ya adiviné que nada bueno saldría de su boca.

—La cárcel, Candela.

No lo suavizó. No intentó adornarlo. Simplemente lo soltó, como una piedra que cae directa al fondo.

—Puedes ir a la cárcel —continuó—. Tienes dieciocho años y el juez no se va a andar con tonterías. No le temblará la voz si cree que estabas implicada en todo esto.

No lloré. No pude. O tal vez ya lo había hecho tanto que no me quedaban lágrimas. Sentí un vacío extraño dentro del pecho, como si mi corazón dejara de palpitar para convertirse en una piedra, dura, pesada, fría. Yo sabía perfectamente cómo terminaría esto. Era sencillo: pagaría por mi error. El error de enamorarme de la persona equivocada.

Noté la mano de mi madre en la mía. Fuerte. Sin temblar, aunque estaba segura de que por dentro se estaba desmoronando.

—Vámonos —susurró.

Asentí. Me levanté como una autómata. No dije nada, no pensé nada. Caminé junto a ella por el pasillo de la comisaría. El ruido de teléfonos sonaba a lo lejos. Un policía pasó delante de nosotras con expresión cansada. Todo parecía normal, rutinario, como si mi mundo no se hubiera roto en mil pedazos dentro de aquel lugar.

Entonces fue cuando ocurrió.

A través de un cristal rectangular, largo y estrecho, como una ventana, vi a Enzo.

Estaba sentado en una silla metálica, en una sala de interrogatorios, esposado a la mesa. Tenía la cabeza gacha mientras un policía le hacía preguntas. Cuando levantó la mirada, sus ojos chocaron con los míos. Y fue como un choque, sí, porque los dos nos sorprendimos al vernos, aunque cada uno reaccionó de una manera distinta.

Por mi parte algo explotó dentro de mí.

Solté la mano de mi madre de un tirón.

—¡Candela! —la oí gritar detrás de mí, pero ya no podía detenerme.

Corrí hacia la puerta de la sala, intentando abrirla con torpeza. Estaba bloqueada, pero la empujé otra vez, desesperada, hasta que uno de los policías, sorprendido, la abrió desde dentro.

Y entonces me abalancé sobre él.

—¡¡Me has jodido la vida!! —grité mientras mis manos golpeaban su pecho, sus hombros, lo que alcanzara—. ¡Yo te quería! ¡TÚ ME ENGAÑASTE!

Ni siquiera sabía qué estaba haciendo. Solo sentía fuego, un fuego que me salía por la garganta. El policía intentó separarme, pero yo seguía golpeándolo. Enzo no se defendió. Ni siquiera se apartó. Solo cerró los ojos como si asumiera que me lo merecía.

—Lo siento… —murmuró.

Esa simple frase me desarmó.

Me quedé quieta de repente, respirando a golpes, con las manos aún alzadas pero sin fuerza. Noté cómo dos policías me sujetaban por los brazos y me apartaban de él. Yo solo podía mirarlo, con las lágrimas cayéndome al fin, calientes, dolorosas, humillantes.

—Eres… —intenté decir algo más, pero no pude. La voz se me rompió antes de que la frase tuviera forma.

Sentí lástima por mí. Y lo peor, lo más idiota del mundo: también sentí lástima por él. Por ese chico roto al que yo había idealizado, al que había querido tanto sin darme cuenta de quién era

en realidad. Y al que, a pesar de todo, una parte de mí aún buscaba entender.

Mi madre apareció a mi lado, me rodeó con los brazos y me atrajo hacia ella.

—Ya está, Candela, ya está… —susurró, aunque nada estaba bien.

Me dejé llevar, ya sin oponer resistencia, mientras los policías cerraban la puerta de la sala detrás de mí.

Y en ese último segundo, justo antes de que la ventana del cristal quedara fuera de mi campo de visión, vi cómo Enzo me observaba. Con arrepentimiento. Con derrota. Con algo que quizá nunca sabría si era amor o simple remordimiento.

Pero daba igual.

Mi vida había cambiado para siempre.

Y lo peor era que el desastre acababa de comenzar.

Capítulo 16

No dormí.

No es que lo intentara y no pudiera… es que ni siquiera fui capaz de cerrar los ojos. Me quedé sentada en la cama, abrazada a mis rodillas, escuchando el silencio de mi habitación como si fuera un castigo. Tenía la luz apagada, la persiana bajada, pero aun así me sentía completamente expuesta, como si todo el mundo pudiera verme temblar desde la calle.

Mi madre me había dejado un vaso de agua en la mesita antes de marcharse a su habitación, aunque estoy segura de que ella tampoco durmió. Aun así, no vino a mi puerta, no insistió, no me abrazó otra vez. Supongo que entendió que necesitaba hundirme sola, que necesitaba tocar fondo para aceptar dónde estaba metida. Mi padre no me miró ni una sola vez, no me gritó como esperaba, pero tampoco me preguntó cómo estaba. Fue lo más doloroso de todo lo que estaba ocurriendo, la ausencia, su ausencia. Fue como si no existiera.

La frase de la abogada se repetía en mi cabeza una y otra vez, como un eco que no sabía apagarse:

La cárcel, Candela.

Era tan absurdo que casi sonaba a broma. Yo, en la cárcel. Yo, que nunca había hecho daño a nadie. Yo, que me había limitado a enamorarme. ¿Era posible que un error sentimental terminara así?

Metí la cara entre las manos y respiré hondo. Tenía la garganta irritada de tanto llorar. Aún sentía en los dedos el contacto

de Enzo cuando lo había golpeado. Aún podía ver su cara. Esa mezcla de arrepentimiento y derrota. Y el maldito lo siento que todavía me apretaba con fuerza el pecho.

¿Por qué lo había hecho? ¿Por qué me había llevado con él? ¿Por qué había jugado así conmigo?

No tenía respuestas, solo preguntas que dolían demasiado, pero que no podía dejar de hacerme.

Me levanté despacio y me acerqué al espejo. Parecía otra persona. Los ojos hinchados, la piel pálida, el pelo suelto, enredado, como si hubiera pasado una tormenta a través de mí. Toqué mi reflejo con la yema de los dedos. Era yo… y no lo era.

En algún punto de ese día, había dejado de ser la Candela que conocía.

Cuando bajé a la cocina, ya pasaban de las ocho de la mañana. Mi madre estaba tomando café en silencio, con gesto serio. Al oírme entrar levantó la vista, pero no dijo nada. Yo tampoco. Me senté frente a ella y esperé.

Un minuto después, mi móvil vibró en el bolsillo del pantalón.

Casi pegué un salto del susto.

Lo saqué con manos débiles. Era un mensaje de la abogada: A las 12 llamaré a tus padres. Hoy no debes salir de casa.

Tragué saliva. Mi madre leyó el mensaje por encima de la mesa, y solo entonces habló:

—Vamos a solucionarlo. Sea como sea.

Yo asentí, aunque sabía perfectamente que no dependía de nosotras.

El resto de la mañana transcurrió lento, como si las agujas del reloj se movieran arrastrándose. Cada sombra de la casa me recordaba que no podía salir. Cada sonido de la calle me hacía sentir culpable. Y cada pensamiento terminaba llevándome al mismo sitio: ¿y si de verdad acababa en la cárcel?

Cuando el timbre sonó, mis nervios estaban al límite.

Me levanté tan rápido que la silla casi se cayó hacia atrás.

—Voy yo —dije.

Mi madre no protestó.

Abrí la puerta sin mirar por la mirilla y ahí estaban.
Nadia y Paula.

Las dos. Juntas. Mirándome con caras diferentes pero igual de intensas.

Nadia tenía los ojos enrojecidos, como si hubiese llorado. Paula parecía más seria de lo habitual, como si no supiera por dónde empezar.

—Tía… —susurró Nadia—. Hemos venido en cuanto nos hemos enterado.

Y en ese segundo exacto, cuando las vi allí, en mi puerta, con la preocupación escrita en la cara, entendí que mi vida seguía existiendo. Que no todo estaba roto. Que aún quedaban pedacitos que podían sostenerme.

—Pasad —logré decir, aunque la voz me salió un poco floja.

Pasaron dentro de casa, y yo supe que aquello iba a doler… pero también que lo necesitaba.

Nadia entró la primera y me abrazó sin decir nada. El abrazo fue distinto, como si tuviera miedo de que me rompiera entre sus brazos. Yo apoyé la frente en su hombro y cerré los ojos. Olía a su colonia de siempre, esa que tantas veces había olido cuando nos reíamos como idiotas por cosas que ya ni recuerdo. Ahora ese olor me devolvía a una vida que parecía muy lejana.

—Tía… te lo dijimos —murmuró Nadia, suave, casi culpable—. Te dijimos que ese chico no nos daba buena espina.

Asentí sin apartarme de ella. No tenía fuerzas para discutir. No tenía fuerzas para nada ya.

Paula se quedó más atrás, con los brazos cruzados y una expresión que me atravesó.

—Es que era evidente, Candela —soltó, con frialdad—. Te estaba separando de nosotras. Ya no salías, ya no hablabas con nadie… estabas como hipnotizada. Todo tu tiempo estabas con él, y si no estabas con él, pensabas en él hasta cuando no estabas allí.

Tragué saliva. Dolía porque era verdad.

—Lo sé —respondí por fin, alejándome un poco de Nadia para mirarlas a ambas—. Teníais razón en todo.

Nadia me acarició el brazo con ternura. Paula, en cambio, apretó más los labios.

—¿Quieres contarnos qué pasó? —preguntó Nadia, sentándose en el sofá.

Yo asentí y me dejé caer junto a ella. Paula permaneció de pie, como si necesitara la distancia para no explotar.

—Cuando fuimos a su casa… bueno, a su casa de okupa —empecé, temblando un poco—. Allí… había cosas que no me gustaron. Él decía que lo iba a dejar todo pronto, yo imagino que quise creerlo, aunque otra persona no lo habría hecho.

En su casa había... droga, mucha droga. El día que entré ahí, pensé que… eso era algo raro. Yo quise alejarme, lo juro, pero no pude.

Nadia frunció el ceño. Paula rodó los ojos.

—Candela, por favor, ¿y eso no te pareció suficiente? —soltó ella, elevando la voz.

Yo bajé la mirada.

—Estaba enamorada…

—¡Pero eso no te vuelve ciega! —gritó Paula—. ¡O no debería! ¿No viste que no era normal? ¿No lo viste? ¡Joder, es que cualquiera lo habría visto!

Nadia se levantó para ponerle una mano en el brazo a Paula, pero ella la apartó como si le quemara.

—Y encima lo del viaje… —continué, aunque cada palabra me costaba—. En la furgoneta… encontró la policía unas mochilas llenas de droga. Yo… yo no tenía ni idea, os lo juro. Yo no sabía nada.

Paula abrió los ojos como platos. Nadia se llevó la mano a la boca, horrorizada.

Paula dio un paso hacia mí, incrédula.

—¿Tenía un alijo de droga en la casa? ¿Y en la furgoneta también? —espetó—. ¿En serio? ¿Y tú no viste nada? ¿Nada?

Me cubrí la cara con las manos.

—No —susurré—. No quería ver nada.

Paula chasqueó la lengua y negó con la cabeza.

—Es que… eres tonta, Candela. Lo siento, pero es la verdad.

Nadia le lanzó una mirada asesina.

—Paula, basta.

—No, no basta —replicó ella, señalándome con rabia—. Se lo dijimos. Se lo dijimos mil veces. Y no solo no nos escuchó, ¡es que se alejó de nosotras! Y ahora mírala… —su voz se rompió de frustración—. Mírala.

Me quedé quieta, tragándome las lágrimas. No quería llorar más. Ya no.

—Paula… —intenté decir.

Pero ella levantó la mano.

—No puedo, Candela. De verdad que no puedo contigo ahora mismo.

Y sin darme tiempo a responder, se giró y salió por la puerta, cerrándola de un portazo que retumbó en toda la casa.

Me quedé congelada.

Nadia resopló y volvió a sentarse a mi lado.

—No te preocupes —me dijo, pasándome un brazo por los hombros—. Se le pasará. Solo está asustada. Nunca te habría imaginado en algo así.

Yo respiré hondo, intentando no romperme otra vez.

—Puede que cuando se le pase… —dije con un hilo de voz— yo esté en la cárcel.

Nadia apartó el brazo y me miró fijamente.

—¿Cómo? —susurró.

Y así, con el silencio pesando sobre ambas, supe que ninguna de las dos había comprendido realmente hasta ese momento la magnitud del desastre.

Capítulo 17

Mi madre entró despacio, como si temiera que cualquier movimiento brusco pudiera hacerme estallar en mil pedazos. Se apoyó en el marco de la puerta y dijo mi nombre con suavidad.

—Candela… hay alguien que quiere verte.

Nadia y yo levantamos la cabeza a la vez. A Nadia se tensó.

—Será Paula… —musitó, pero yo negué con la cabeza. Paula no volvería tan pronto.

—No —respondió mi madre—. Es… un chico.

Sentí el corazón golpearme el pecho con tanta fuerza que me puse una mano sobre él. Antes de poder preguntarle quién era, Nadia ya se estaba levantando, con los ojos muy abiertos.

—Yo me voy —dijo, dándome un abrazo rápido pero fuerte, de esos que te sujetan por dentro a la vez que te estrujan—. Todo va a salir bien, ¿vale? Tienes que confiar en eso.

Me dejó un beso cálido en la mejilla, justo en la parte donde todavía tenía la piel sensible de tanto llorar. Le agarré la mano antes de que pudiera separarse del todo.

—Nadia, espera… —susurré—. Hazme un favor. Dile a Paula que me perdone. Yo… yo nunca supe en lo que me estaba metiendo. Si no vuelve a hablarme… —me tembló la voz— será un castigo mucho peor que ir a la cárcel.

Nadia cerró los ojos unos segundos, como si esas palabras la golpearan también a ella. Después asintió despacio.

—Se lo diré —prometió.

Y salió de la habitación. Escuché su voz al otro lado del pasillo, escuché cómo saludaba a alguien, sorprendida y cálida, como si hubiese reconocido a esa persona de inmediato.

Y entonces lo supe. Antes de ver la puerta abrirse, antes de que apareciera su silueta, antes incluso de escuchar su voz al saludar…

Lo supe.

La puerta se abrió.

Y allí estaba Nicolás.

Quieto. Mirándome como si al verme se hubiera quedado sin aire. Con esa expresión entre dolor, alivio y rabia que solo él sabía mostrar.

Algo dentro de mí se rompió de una forma tan profunda que ni siquiera supe cómo ocurrió. Solo sentí cómo mis piernas dejaban de sostenerme. Cómo el mundo se me desmoronaba desde dentro.

Caí de rodillas al suelo.

Así, sin poder evitarlo, como si mi cuerpo reconociera que con él presente ya no tenía que fingir que era fuerte.

Nicolás dio un paso hacia mí, un paso grande, urgente.

—Candela… —susurró.

Yo me tapé la cara con las manos, pero el llanto me atravesó entera. No era el llanto desesperado de hacía un rato. Era distinto.

Era un llanto que venía de más lejos, de un lugar que llevaba años escondido. Una mezcla de miedo, alivio y vergüenza.

—Lo siento… —fue lo único que pude decir entre sollozos—. Nico… lo siento tanto…

Él se agachó frente a mí, despacio, como si temiera que cualquier gesto precipitado pudiera romperme aún más. Me quitó las manos de la cara con cuidado y me obligó a mirarlo.

Sus ojos… estaban llenos de preocupación. De esa que duele al verla.

—Cande —dijo en un susurro—. Estoy aquí. ¿Vale? Estoy aquí contigo.

Y esa frase, solo esa, fue suficiente para que mi corazón volviera a latir en un ritmo reconocible.

No me abrazó de inmediato. Me dejó decidir. Me dejó respirar. Me dejó sentir. Me dejó sentirlo a él.

Y cuando me lancé hacia él, cuando mi frente chocó contra su pecho y mis brazos lo rodearon con desesperación, él solo me sostuvo. Fuerte. Como si nada en el mundo fuera capaz de arrancarme de ahí.

—Nicolás… —lloré—. Me he metido en un lío enorme. No sé qué hacer. No sé qué va a pasar conmigo.

—Shhh… —me dijo, apoyando la barbilla sobre mi cabeza—. No estás sola. ¿Me oyes? No estás sola, Cande.

Y por primera vez desde que todo empezó… lo creí.

Nicolás me ayudó a levantarme del suelo sin prisa. Caminamos hasta la cama y nos sentamos al borde, uno al lado del

otro, tan cerca que podía sentir el calor de su brazo rozando el mío.

Me temblaban todavía los dedos, pero él los atrapó entre los suyos. Era ese gesto tan suyo… suave, firme, lleno de una calma que yo no tenía y quizá nunca tendría.

Y en ese mismo instante lo sentí todo.

Todo lo que había sido con él. Todo lo que habíamos sido juntos. Esas tardes interminables, esas conversaciones tontas que parecían importantes, sus risas, sus abrazos, las primeras veces… y algo dentro de mí se despertó porque él estaba cerca.

Y allí estaba otra vez, sentado a mi lado. Y yo… yo lo echaba de menos. Lo echaba de menos tanto que me dolía incluso teniéndolo a unos centímetros.

—¿Cuándo…? —preguntó él con voz baja—. ¿Cuándo te diste cuenta de que te habías metido en un lío?

Lo miré, pero no supe qué contestar. Habían sido tantas señales, tantos silencios, tantas cosas raras que había ignorado…

Nicolás levantó su mano y, con una delicadeza que casi me derritió, apartó un mechón de mi pelo que me caía sobre los ojos. Lo colocó detrás de mi oreja. Sus dedos rozaron mi piel, fue un segundo, pero suficiente para que mi respiración se desacompasara.

Lo miré a sus ojos. A su boca. Volví a sus ojos.

Y él hizo lo mismo conmigo. Noté cómo su mirada se deslizaba por mi cara, acabando en mis labios. Y entonces supe que iba a ocurrir. Lo sentí en la piel, en la garganta, en la forma en la que se le tensó la mandíbula.

Se inclinó hacia mí.

Yo no me aparté.

El beso llegó suave, lento al principio, como si ambos tuviéramos miedo de romper algo invisible. Pero en cuanto mis dedos se engancharon a su camiseta, él profundizó el beso con esa mezcla de necesidad y ternura que solo Nicolás sabía tener.

Sus labios eran casa. Sus labios eran antes de todo esto. Antes del miedo. Antes de Enzo. Antes de esa versión rota de mí misma. Y mientras me besaba, entre respiraciones cortas, dijo contra mi boca:

—Te he echado tanto de menos… —fue un susurro que me atravesó entera—. Tanto… que llegué a pensar que eras un sueño y que jamás habías existido.

Mis labios temblaron contra los suyos.

Él me sujetó la cara con ambas manos, su frente pegada a la mía, respirando mi aire como si lo hubiera recuperado después de meses.

—Candela —susurró, con esa voz rota que jamás le había escuchado—. Te quiero. Te quiero tanto… que me duele cada vez que te miro y no puedo tocarte. Cada vez que respiras y no es mi mismo aire.

Yo cerré los ojos porque aquello me desbordó. Me rompió y me reconstruyó en el mismo segundo.

Era amor. Amor del puro, del torpe, del joven. Del que duele porque es demasiado grande para caber dentro.

Deslicé mis dedos por su cuello, lo acerqué aún más, y lo besé como si fuera la única verdad que me quedaba en el mundo.

Porque en ese momento lo fue.

Capítulo 18

La voz de mi madre se escuchó por las escaleras como un aviso que me heló la sangre.

—Candela, baja, es la abogada. Tengo el manos libres puesto.

Nicolás y yo nos separamos despacio, como si romper esa cercanía fuera partir algo frágil. Me limpié las lágrimas con la manga de mi suéter, y él me acompañó hasta el pasillo. Al bajar, vi a mi padre sentado en la mesa de la cocina, serio, inmóvil, como si llevara esperando así desde hacía horas.

—¿Puedo quedarme? —le preguntó Nicolás a mi padre.

Mi padre lo miró, evaluándolo, sin muchas ganas, pero asintió con un gesto breve. Y eso bastó.

Nos sentamos los cuatro alrededor de la mesa. En el centro estaba el teléfono, pequeño, inofensivo, como si no pudiera ser capaz de destruir nada. Pero de él salió la voz de la abogada. La voz de lo inevitable.

—Hola, Candela —dijo—. Espero que hayas podido descansar.

Descansar. ¿Cómo se descansaba con la posibilidad de ir a prisión volando todo el tiempo sobre tu cabeza como una tormenta que no deja de retumbar?

—Hola —respondí, lo más educada posible, aunque el estómago se me retorciera.

Mi padre habló de inmediato, tajante, golpeando cada palabra como si quisiera que se quedaran grabadas en la madera de la mesa.

—¿Podemos hacer algo para arreglarlo?

Hubo un silencio. Un silencio tan largo que llegué a pensar que la llamada se había cortado. Pero no. Solo estaba dándonos tiempo para prepararnos. Aunque no servía de nada.

—En dos días Candela tendrá que entrar en prisión —dijo por fin.

Sentí cómo me hundía. Cómo el aire se volvía demasiado denso para poder entrar en mis pulmones.

—De hecho —continuó—, el juez hará una vista mañana, pero de nada valdrá. Debemos acudir, pero te recomiendo que te mantengas en silencio. No queremos que la justicia crea que eres una rebelde. Solo serán tres meses.

Mi madre empezó a llorar de inmediato, con ese llanto tembloroso que siempre intentaba esconder pero esta vez no podía. Yo me quedé con la mirada perdida en algún punto de la pared, sin poder procesar nada. Tres meses. Tres meses de cárcel. Yo. Cárcel.

Mi padre asintió, aunque ella no pudiera verlo.

Entonces Nicolás preguntó, con la voz firme pero llena de incredulidad:

—¿Por qué el juez no quiere escuchar lo que ella tiene que decir?

La abogada suspiró, ese suspiro que ya deja claro que la respuesta va a doler.

—Enzo ha reconocido que la droga la vendía mayormente en el instituto de Candela. De esa manera… la ha hecho cómplice.

—Pero ella no tiene nada que ver con eso —rebatió Nicolás enseguida—. Ha tenido la mala suerte de coincidir con él en esos pasillos, nada más.

La abogada fue directa, cortante:

—Si Candela no hubiese dicho que había estado en su casa, y que había visto todo lo que él guardaba allí… además de fugarse con él en la furgoneta justo un día después… La justicia interpreta esos datos como una cooperación implícita.

Ahí sentí cómo se me quebraba algo por dentro. Cómo mis propias decisiones, mis errores, mis ingenuidades… se volvían barrotes.

La conversación siguió, dura, sin anestesia. Y cuando ya no quedaba nada más que añadir, la abogada dijo:

—Mañana será el juicio. Allí se les informará de todo el procedimiento. Estén preparados.

Y colgó.

El silencio en la cocina fue casi insoportable.

Mi padre se levantó sin decir nada. Pensé que iba a salir de la habitación. Pero en lugar de eso, se acercó por detrás de mí y me rodeó con sus brazos, fuerte, muy fuerte. Tanto que sentí cómo su pecho temblaba contra mis hombros.

Mi padre estaba llorando.

Y eso… eso me rompió del todo.

Me puse de pie y lo abracé con desesperación, con miedo, con amor y con culpa.

—Lo siento —logré decir entre sollozos—. Me equivoqué, papá. Lo siento mucho. Ojalá pudiera volver atrás en el tiempo. No sé qué hacer para que me perdones.

Mi padre me sujetó la cara con ambas manos, sus ojos rojos, húmedos.

—No me pidas perdón, hija —susurró—. Creo que vas a pagar por tus errores un precio demasiado alto. Yo sí que lo siento… por no haber podido protegerte mejor.

Su voz se quebró al final.

Mi madre nos miraba desde su silla. Y aunque sus lágrimas seguían cayendo, sonreía. Una sonrisa triste, rota, pero real. Como si, a pesar de todo, por fin estuviéramos juntos en algo. En el dolor.

Cuando mi padre me soltó por fin, sentí que las piernas me temblaban. No sabía si por la noticia, por el abrazo o por toda esa mezcla de sensaciones, unas malas, y otras generadas por ello pero que se sentían bien.

Me apoyé en la mesa, tratando de respirar hondo, y entonces miré a Nicolás. Él estaba pálido, con los ojos clavados en mí, como si yo fuera lo único real en ese instante.

—No te vayas… —le pedí, sin poder evitar que la voz me temblara—. Por favor, no te vayas todavía.

En otro momento, lo sabía, él habría respondido con ese deber que tenía grabado en la piel: *tengo que volver a casa*, *mis padres me matan si no ceno con ellos*, *ya sabes cómo son con las normas*, *ya sabes lo de la cena familiar obligatoria*. Siempre decía lo mismo. Siempre. Era como una regla sagrada en su casa.

Pero aquella tarde no dijo nada de eso.

No dijo nada parecido.

Solo me miró, tragó saliva y murmuró:

—Déjame hacer una llamada… y estoy contigo otra vez.

Asentí, aunque tenía miedo de que al salir por la puerta desapareciera. Pero no. Lo vi cruzar el salón, abrir la puerta del porche y encorvar ligeramente los hombros contra el viento frío. A través del cristal lo vi llevarse el móvil a la oreja, caminar unos pasos y hablar de forma rápida, tensa. Se pasó una mano por el pelo, negó en un par de ocasiones, y entonces levantó la mirada hacia mí.

Y sonrió.

Una sonrisa pequeña, pero suficiente para hacerme temblar de alivio.

Cuando volvió a entrar, se sacudió el frío de la chaqueta y se acercó directo a mí. Me agarró la mano con naturalidad, como si llevara todo el día esperando poder hacerlo.

—Ya está —dijo, sin soltarme—. Me quedo.

Sentí algo cálido extenderse por mi pecho. Algo parecido a un gracias que no me salía por miedo a romperme otra vez. Él, en cambio, solo me miraba como si lo único que necesitara fuera estar cerca.

Nos sentamos en el sofá. Mi madre y mi padre se quedaron en la cocina, hablando en susurros que yo ya no podía escuchar. Yo solo era consciente de Nicolás, de su presencia pegada a la mía, de su mano entrelazada con la mía, de la forma en que acariciaba el

dorso de mis dedos con el pulgar, una y otra vez, como si quisiera borrar el miedo de mi piel.

Y cada vez que encontraba una excusa para acercarse más, lo hacía. Acariciaba mi cara con una suavidad que me deshacía por dentro, apartando un mechón que se me caía sobre la mejilla, rozando mis labios con el pulgar antes de darse cuenta y retirarlo lentamente… solo para volver a hacerlo cuando creía que no me estaba fijando.

Yo sí me fijaba. Me fijaba en todo.

En cómo me miraba. En cómo respiraba. En cómo parecía contener algo tan grande que no le cabía en el pecho.

Y yo… yo solo quería besarlo. Solo quería sentir que algo en todo aquel desastre todavía podía ser bonito.

Nicolás se inclinó un poco hacia mí. Yo acerqué mi cara a la suya como si fuera lo más natural del mundo. Y él me besó. No como antes, no como en los días felices. Me besó despacio, casi temblando, como si tuviera miedo de que ese beso fuera el último que podría darme en mucho tiempo.

Besarlo era lo único que me apetecía. Y a él también.

En cada pausa, en cada respiración que se rompía entre nosotros, me decía bajito:

—Estoy aquí. No me voy. No te suelto.

Y yo cerraba los ojos y lo creía, aunque el mundo estuviera cayéndose a pedazos a mi alrededor.

Capítulo 19

Desperté con un peso cálido rodeándome la cintura. Tardé unos segundos en ubicarme, en recordar que no estaba en mi cama, sino en el sofá del salón. Tenía una manta encima, y detrás de mí, Nicolás dormía abrazándome, su respiración era tranquila y chocaba con mi cuello. Por un instante deseé que nada más existiera. Que todo se quedara ahí, en ese amanecer dulce y silencioso.

Pero entonces escuché los pasos de mi padre.

Cuando levanté la vista, él estaba de pie en la entrada del salón, mirándonos con una mezcla de cansancio y tristeza.

—Es el día, Candela —dijo con la voz ronca—. Hay que salir hacia los juzgados.

Sentí un pinchazo en el pecho. El día. *Era el* día.

Me incorporé despacio, sin despertar del todo a Nicolás… aunque apenas tardó un segundo en abrir los ojos y ponerse en pie detrás de mí, como si no se permitiera separarse ni un centímetro.

Desayunamos rápido. O mejor dicho: fingimos desayunar, porque yo no pude tragar casi nada. Nicolás se sentó a mi lado en la mesa y no se despegó de mí. Su móvil vibraba cada pocos minutos. Llamadas. Mensajes. Más llamadas. En la última llamada, descolgó y pude reconocer el tono insistente que ponían sus padres cuando se preocupaban.

Él los ignoró.

—No voy a irme —susurró a media voz, solo para mí—. Hoy no.

Y yo asentí, agradecida de una forma que no supe decir.

Cuando por fin subimos al coche, me invadió una sensación extraña. La mezcla de miedo, dolor y… despedida. Todavía no estaba lista para aceptar lo que venía. Quise distraerme, lo que fuera para no pensar, así que pregunté:

—¿Y mis hermanos? ¿Dónde están?

Mi madre me miró por el retrovisor, con sus ojos ya enrojecidos.

—Con la abuela… en casa de Marta.

Asentí en silencio. Y entonces me salió solo, como un impulso desesperado:

—Quiero verlos antes de… antes de…

No pude decirlo. La palabra prisión se me quedó atragantada en la garganta, como si pronunciarla fuera lo mismo que empujar la puerta para entrar.

Nicolás, a mi lado, me abrazó sin pedírselo. Y cuando apoyé mi frente en su hombro, los dos rompimos a llorar. No fue un llanto normal, fue un llanto de verdad, roto, deshecho. Mi madre comenzó a llorar también. Y mi padre, que siempre había sido el fuerte, llevó una mano a su cara como si quisiera esconder que él también se había vencido.

La carretera hasta los juzgados se me hizo eterna y corta a la vez.

Cuando el coche se detuvo, respiré hondo, con el estómago completamente revuelto. Abrí la puerta y, al bajarme, lo vi.

Enzo.

Estaba custodiado por dos policías, esposado, con la cabeza baja. Su cara tenía sombras nuevas, como si los días y las noches se hubieran instalado en él. No debería haber sentido nada, pero una punzada amarga me atravesó el pecho. No sé si rabia, decepción o algo parecido a tristeza. Ya no por él, sino por mí misma. Por lo que había creído. Por lo que había sido junto a él.

Y de repente, sin aviso, Nicolás se despegó de mi lado.

Lo vi correr antes de que nadie pudiera reaccionar. Ni mi padre, ni los policías, ni siquiera yo.

—¡Nicolás, NO! —grité, pero ya era tarde.

Se lanzó sobre Enzo con una fuerza que no le había visto nunca, y su puñetazo impactó directo en la mandíbula. Enzo cayó al suelo, con las manos esposadas sin poder protegerse. Nicolás escupió al lado de su cara, respirando agitadamente, con los ojos llenos de un odio tan puro que me dio miedo.

—Le has jodido la vida —escupió—. Pero te juro que yo me voy a encargar de joderte la tuya hasta que me quede aliento.

Los policías reaccionaron tarde, sorprendidos. Agarraron a Nicolás por los brazos para separarlo, pero él intentó soltarse.

Yo me quedé paralizada. Vi la escena como si no fuera mi vida, como si alguien hubiese encendido un televisor frente a mí. El caos, los gritos, la tensión… todo mezclado con ese miedo insoportable que se me clavaba en la piel.

Capítulo 20

Sentada en una silla diferente al resto, allí en mitad de una sala fría, medio llena. Algunos la hubieran visto medio vacía, yo en cambio veía demasiadas caras desconocidas para mí en aquel lugar.

—Que se levanten los acusados —dijo un hombre de edad similar a la de mi padre.

Me puse en pie después de que mi abogada me diese un golpecito en la pierna.

Acusada.

—Enzo Jons, se le acusa de un cargo contra la salud pública, de intento de secuestro y de robo.

¿Secuestro? ¿Robo?

—Candela Rubio, se le acusa de un cargo contra la salud pública.

Mi abogada me volvió a dar otro golpecito en la pierna y regresé a mi asiento.

—Quiero hablar, le dije a mi abogada cuando se hizo un silencio.

—Ya lo hemos discutido, es mejor que no.

—Nunca lo hemos discutido. ¿Puedo acabar peor?

—Es mejor que no digas nada.

—Señor juez, me gustaría hablar.

Mis padres que estaba sentados detrás de mí emitieron un ligero suspiro, Nicolás susurró un suave por favor, y el juez me miró con interés y alzó la mano dándome permiso para empezar.

—Yo no soy una narcotraficante, ni camello, jamás he consumido drogas, ni tan siquiera las he tenido en mis manos, de lo único que soy culpable es de haberme enamorado perdidamente —decir aquello recuerdo que me dolió en el alma, sobre todo porque Nicolás estaba allí— de este chico. De confiar en él como si fuera de mi familia, y es que en el fondo estaba deseando que lo fuese. Mi abogada me ha pedido que no hablase para no empeorar las cosas, pero yo siento que, ya que lo tremendamente inevitable va a suceder, ya que no voy a poder escaparme del mayor de los castigos, al menos, todos los que están presentes en esta sala deben saber que yo, no soy ninguna delincuente, y que mis padres escuchen de mi boca que no me he dedicado a vender drogas en mi propio instituto como quieren hacerles creer. Soy inocente, y si soy culpable, repito, solo lo soy de ser ingenua.

Regresé a mi asiento y mi abogada suspiró fuerte.

El juez me miró durante unos segundos que se me hicieron eternos, con esa expresión mezclada entre ironía y cansancio que solo tienen las personas que han escuchado demasiadas versiones de la verdad. Golpeó suavemente la mesa con la punta del bolígrafo y suspiró.

—Bien, señorita —dijo al fin—. Ya que usted ha expresado lo que deseaba, continuaremos con el veredicto. ¿Alguien más quiere contarnos algún cuento… o recitarnos un poema? —Hizo una pausa, mirando alrededor de la sala—. Porque, viendo cómo avanzan los acontecimientos, parece que cualquiera puede decir lo que le apetezca.

Me ardieron las mejillas. Sentí cómo el estómago se me caía al suelo de golpe. Abrí la boca para responderle, para decirle que no tenía derecho a burlarse de mí, que yo no era una criminal, ni tampoco era una niña inventándose un drama. Pero mi abogada me agarró la muñeca con fuerza, tan rápido y tan fuerte que me dejó sin aire. Negó rápidamente con la cabeza.

Así que me quedé ahí, tragándome las palabras, viendo cómo el juez volvía a acomodarse en su silla y hacía una seña al secretario.

Los minutos siguientes pasaron como si alguien hubiera presionado un botón para apagar el sonido del mundo. Solo veía bocas moviéndose, papeles pasando de mano en mano, rostros serios. Todo era borroso. Todo menos él.

Enzo.

Sentado dos hileras más adelante, esposado, con la mirada clavada en el suelo. Ni una vez giró la cabeza hacia mí. Ni una. Como si yo fuera completamente invisible, como si no hubiera significado absolutamente nada.

Cuando escuché su nombre, volví a la realidad de golpe.

—Enzo Jons —leyó el juez—, se le condena a tres años de prisión, sin posibilidad de reducción de condena. Debido a antecedentes previos…

No escuché el resto. La palabra antecedentes me dejó helada. ¿Previos? ¿Cómo que previos? ¿De qué estaba hablando? Mi respiración se aceleró. Sentí que el corazón me golpeaba el pecho demasiado fuerte, queriendo destruirme desde dentro.

Tres años.

Y de repente, otra revelación aún peor: Enzo ya había estado en prisión. Hacía menos de un año. Tres meses. Yo no sabía nada. Nunca me lo contó. Nunca me dijo quién era realmente. Nunca fui más que una pieza en su juego.

Mis dedos temblaban tanto que tuve que sujetar el asiento para que nadie se diese cuenta.

Entonces llegó mi turno.

El juez carraspeó, como si necesitara preparar su voz para destruir mi vida.

—Candela… —su tono cambió un poco, como si hablara con alguien demasiado joven para estar allí—, el tribunal la declara culpable.

Esa palabra. Culpable. Me atravesó de lado a lado.

Sentí que el aire desaparecía de la sala. Que las paredes se alejaban y se acercaban al mismo tiempo. Que mi cuerpo se volvía invisible.

—Tres meses y un día de internamiento —continuó—. No se estipula fianza.

No escuché nada más.

Solo recuerdo haber girado la cabeza. Ver a mis padres. Mi madre tenía las manos sobre la boca, llorando en silencio. Mi padre me miraba como si le doliera más que a mí, que probablemente era lo que estaba sintiendo.

Lo único que pude hacer fue susurrar:

—Lo siento… lo siento mucho…

Mi voz salió rota, casi infantil.

Busqué entonces la mirada que más necesitaba, la única que podía anclarme, la única que podía recordarme que todo después merecería la pena.

Nicolás.

Pero su silla estaba vacía.

Vacía.

Se había ido.

Y lo supe. Al verlo, al sentir ese hueco, entendí que no solo había perdido la libertad. Que no solo había arruinado mi nombre, mi futuro, mi vida entera.

Entendí que había perdido a Nicolás para siempre.

Y que la frase que había pronunciado minutos antes, delante de todos, no había sido solo una confesión… había sido la última estocada para él.

Me enamoré perdidamente de él, le había dicho al juez. Nico lo había escuchado. Y había decidido marcharse.

En ese instante, justo ahí, mientras mi mundo se venía abajo, supe que mi vida no volvería a ser la misma. Y que, de alguna forma, todo había terminado para mí antes incluso de que el juez diera el veredicto.

No hubo tiempo para nada. Ni abrazos, ni despedidas, ni segundos extras para respirar. Cuando el juez cerró la carpeta y dio por terminada la sesión, dos agentes se acercaron a mí como si yo fuera una delincuente peligrosa, como si no acabaran de oírme decir que nunca había tocado una maldita droga en mi vida.

Me pidieron que me levantara.

Mis piernas estaban tan débiles que pensé que se me doblarían en cualquier momento. Aun así, lo hice. Noté la mirada de mi madre, rota. La de mi padre, endurecida por un intento torpe de mantenerse fuerte por todos. No me dejaron acercarme a ellos. No me dejaron tocarlos.

Simplemente me escoltaron hacia una sala.

No lloré. No porque no quisiera, sino porque estaba tan aturdida que ni siquiera sabía cómo hacerlo.

Apenas recuerdo el pasillo del juzgado. Solo sé que de repente estaba sentada en una silla esperando. Sentí frío, mucho frío, y recordé por alguna razón que estábamos en invierno. Ese invierno que tanto tiempo después aún seguiría recordando como el peor de mi vida.

Pasaron pocos segundos cuando mi familia entró en aquella sala, y yo sentí que algo dentro de mí se rompía en silencio al ver sus caras.

Mi madre fue la primera en acercarse. Simplemente caminó hacia mí y me tomó la cara entre sus manos con una delicadeza que no sabía ni que pudiera existir.

—Mi niña… —susurró.

Intenté contestar, pero tenía la garganta hecha un nudo tan grande que apenas pude mover la cabeza.

Mi padre estaba detrás, con los ojos rojos y la mandíbula tan apretada que parecía que iba a partirse. Nunca lo había visto llorar. Nunca. Pero ese día tenía lágrimas contenidas en los bordes, como si él también estuviera aprendiendo a romperse.

Mi abuela Maggie se secaba los ojos con un pañuelo bordado, uno de esos viejos que siempre llevaba en los bolsillos del delantal. Y mis hermanos… mis hermanos parecían dos versiones diferentes transformados por el miedo.

Marga tenía el rostro empapado. Supe que había llorado desde que salió de casa. Mi hermano, intentando hacerse el fuerte, tenía los puños cerrados como si quisiera pelearse con alguien, conmigo, con el mundo entero, con cualquiera que se hubiera atrevido a traerme hasta aquí.

—Perdón… —fue lo único que logré decir.

Mi madre negó con la cabeza.

—No tienes que pedirnos perdón, Candela. Estamos contigo. Pase lo que pase.

Pero sí tenía que pedirlo. A ellos. A Nicolás. A mí misma.

Pensé en él. En su silla vacía en la sala. En su desaparición. En lo que había escuchado de mi boca cuando dije: me enamoré perdidamente de Enzo.

No pude decidir qué dolía más: la condena o su ausencia.

—¿Vendréis a verme? —pregunté, aunque sabía la respuesta.

—Cada vez que nos lo permitan —respondió mi padre, con una firmeza que casi me hace derrumbarme.

Marga se lanzó a mis brazos. La agarré fuerte, tan fuerte que pensé que nos quedaríamos así para siempre. Mi hermano me abrazó después, en silencio, apoyando la frente en mi hombro. Y mi abuela me besó las dos mejillas como cuando era niña y volvía del colegio.

Una mujer policía apareció en la puerta.
No dijo mi nombre, solo:

—Es la hora.

Mis hermanos empezaron a llorar otra vez. Mi madre me miró como si le arrancaran algo. Mi padre respiró hondo, como si quisiera memorizarme.

No hubo discursos épicos. Ni últimos consejos. Solo una mirada de todos ellos que decía lo mismo: Vuelve pronto.

Y un pensamiento que yo no pude evitar:
¿Y si la que regresa a casa es otra distinta?

Me separé despacio, temblando.

No miré atrás cuando crucé la puerta.

Porque ya estaba a punto de deshacerme, y sabía que un solo paso más hacia ellos me partiría por completo.

Capítulo 21

El coche policial esperaba a pocos metros. Era blanco y azul, con la puerta trasera entreabierta. Cuando me hicieron subir, el corazón me dio un vuelco que no olvidaré jamás.

El interior olía a plástico, a humedad, a algo metálico que no supe identificar. El asiento era duro, incómodo. No había forma de apoyar la cabeza sin sentir que estaba invadiendo un espacio que no era mío. Me pusieron el cinturón, pero era tan corto que casi me inmovilizaba.

La puerta se cerró detrás de mí con ese ruido seco que nunca voy a poder sacar de mi memoria.

Y entonces empezó el trayecto.

No hablé. Los agentes tampoco. Solo escuchaba mi respiración, acelerada, irregular, como si alguien estuviera jugando con mis pulmones. Miré por la ventana: las calles de Valencia pasaban rápido, demasiado rápido, como si quisieran escaparse de mí antes de que yo pudiera despedirme.

Y fue ahí, justo en ese instante, cuando el miedo entró por completo. Un miedo nuevo. Un miedo absolutamente diferente a cualquier cosa que hubiera sentido jamás. Un miedo que me paralizaba cada vez que intentaba pensar.

¿Qué habría dentro de ese sitio al que me llevaban?
¿Chicas peligrosas? ¿Gente que sí había hecho cosas horribles? ¿Y yo allí, qué pintaba? ¿Sería capaz de defenderme? ¿De respirar? ¿De dormir?

Me imaginé a mí misma encerrada en una habitación pequeña, con una puerta metálica, escuchando sonidos a medianoche que no sabría reconocer. Me imaginé sola. Tan sola que me ardió el pecho.

El trayecto no duró más de veinte minutos, pero a mí me pareció que me estaban empujando hacia un túnel sin fin.

Intenté pensar en algo que me calmara. En mi madre haciéndome la cena. En mi hermana pidiéndome que le pintara las uñas. En mi abuela cantando canciones antiguas mientras preparaba sopa.

Pero lo único que apareció en mi cabeza fue él.

Nicolás. Esa silla vacía que había dejado en el juzgado. Ese momento en el que no pude encontrar sus ojos. Y entonces sí lloré. Muy poco, muy débil. Lo suficiente para que se me empañara la vista y el pecho me doliera un poco más al respirar.

Cuando el coche frenó, me limpié las lágrimas rápidamente con la manga, como si hacerlo pudiera borrar lo que estaba a punto de ocurrir.

El agente bajó primero. Escuché cómo abrían la puerta desde fuera. El aire helado entró de golpe y me cortó la respiración.

—Hemos llegado —dijo una voz masculina.

Y yo pensé: Ya está. Hasta aquí llegó mi vida tal como la conocía.

Porque aunque solo fueran tres meses y un día, en ese momento sentí que estaba cruzando un límite del que no iba a volver siendo la misma persona.

Una funcionaria uniformada nos esperaba.

—Bienvenida, Candela —dijo ella, como si esa palabra pudiera tener algún sentido en ese lugar.

Entré.

La puerta se cerró detrás de mí con un sonido metálico que retumbó en todo mi cuerpo. Ese ruido… supe que me acompañaría toda la vida.

Me llevaron a una sala amplia, con paredes blancas y bancos alineados contra los lados. Era la sala de ingresos. Había un olor asqueroso que no sabía identificar y humedad, y un silencio que no era silencio: era como un ruido lejano.

Otra funcionaria apareció con una carpeta.

—Vamos a hacer el procedimiento de ingreso —me explicó—. ¿De acuerdo?

Asentí, aunque ni siquiera estaba segura de tener control sobre mi propio cuello.

Me pidieron el DNI. Ver mi foto allí, sonriendo como si la vida fuera sencilla, me hizo daño. Después comenzaron a hacer preguntas básicas: si tenía enfermedades, alergias, si necesitaba medicación, si había consumido sustancias últimamente… Era un cuestionario protocolario. Yo respondía como una máquina.

Luego me tomaron la tensión, el peso, y revisaron que no llevara heridas recientes. La doctora, que parecía más simpática que todos los profesores de mi instituto juntos, me ayudó a relajar los hombros cuando vio que estaba rígida como una estatua.

—Es tu primera vez, ¿verdad? —preguntó con suavidad.

Como si hiciera falta preguntarlo.

—Sí —murmuré.

—Respira. No estás sola. Aquí hay gente que te ayudará. Puede que ahora te parezca imposible, pero te adaptarás.

Adaptarme. Qué palabra tan enorme para relacionarla con aquel lugar.

Después pasé a otra habitación donde una funcionaria me entregó un lote básico: ropa del centro, un neceser con lo mínimo, una toalla áspera. Me indicó que podía ducharme allí si lo necesitaba. Yo solo quería que nadie me tocara, que nadie me mirara, que nadie opinara sobre mí. Pero estaba desnuda por dentro, así que cualquier gesto amable hacía que se me aflojara el pecho.

Cuando me puse el chándal gris del centro, me miré en el pequeño espejo de la pared. No me reconocí. Parecía más joven. Más asustada. Más frágil. Me pregunté si Enzo habría sentido miedo la primera vez que entró. Si se había roto por dentro como yo.
Y después me odié por pensarlo.

Una funcionaria nueva, con el pelo recogido en un moño y un tono cálido de voz me guió al pasillo principal.

—Vas a ir al Módulo Joven —me dijo—. Son chicas como tú. Primeras condenas, delitos menores… No estarás con internas peligrosas. Aquí intentamos que el impacto sea lo menos traumático posible.

Traumático. Qué palabra más corta para ese momento.

El camino hacia el módulo fue largo aunque eran solo unos pasillos. Escuchaba puertas cerrarse, pasos lejanos, voces que no distinguía. Nada era violento, pero todo era ajeno. Cada puerta que

cruzaba sentía que dejaba algo atrás: mi casa, mis padres, mis hermanos, el instituto, mis amigas… y también a Nicolás.

Cuando llegamos al módulo, la funcionaria abrió la puerta y me hizo pasar.

El interior era sencillo: literas de metal, algunas chicas hablando en un rincón, otras leyendo, otras mirando la televisión en bajo volumen. Era un espacio compartido pero no opresivo. Aunque para mí, en ese momento, cualquier sitio era un mundo nuevo y desconocido.

—Chicas —anunció la funcionaria con voz firme—, esta es Candela. Se quedará aquí.

Un par de miradas se levantaron hacia mí. Ninguna hostil. Ninguna juzgadora. Solo curiosas. Como quien mira un pájaro que acaba de caerse del nido y todavía piensa si recogerlo o acabar rápido con su sufrimiento y pisarlo con fuerza.

Me señalaron una litera baja. Sobre el colchón había una manta doblada y un pequeño folleto plastificado con las normas básicas: horarios, recuentos, duchas, llamadas, comidas. Lo cogí entre las manos como si fuera un mapa para sobrevivir.

—Si necesitas algo, estamos por aquí —me dijo la funcionaria antes de irse—. Intenta descansar, ¿vale?

Asentí, porque no sabía qué más hacer.

Cuando se cerró la puerta del módulo, sentí el primer latido verdadero de pánico.

Me senté en mi litera, apoyé la espalda contra la pared fría y dejé que todo me golpeara de una vez: la sentencia, la despedida, la ausencia de Nicolás, el miedo, la injusticia, la rabia, la culpa por sentir culpa… todo.

No lloré. Me quedé quieta, abrazando mis propias manos, respirando de forma irregular. Me repetí mil veces que solo eran tres meses y un día. Pero cuando estás dentro, aunque sea un día, la palabra cárcel pesa como una vida entera.

Una chica de la litera de al lado se acercó despacio.

—¿Primera vez? —preguntó con una media sonrisa comprensiva.

Asentí.

—Tranquila. Las primeras noches son las peores. Luego… luego te haces.

No supe qué responderle.

Me tumbé. La manta olía a detergente y a ropa mal secada. La almohada era demasiado plana. El aire estaba frío. Cerré los ojos.

Y pensé:

Ojalá pudiera despertarme y descubrir que todo era una pesadilla.

Pero no lo era.

Era el invierno que yo misma había provocado.

No sabía cuánto tiempo llevaba tumbada cuando escuché el primer portazo del módulo. Sonó como un latigazo, seco y breve, y me sacó de ese estado raro en el que no duermes pero tampoco piensas. Abrí los ojos y vi el techo gris, los tubos fluorescentes encendidos a medias porque era la hora de silencio. Algunas chicas ya estaban en sus literas; otras se movían como sombras entre los pasillos, preparándose para dormir, recogiendo cosas, murmurando.

Yo solo respiraba.

A mi lado, la chica que me había hablado antes —no sabía aún su nombre— se dejó caer sobre su litera y se estiró como quien está acostumbrada a ese colchón duro.

—No vas a dormir mucho —dijo en voz baja, sin mirarme—. Nadie duerme la primera noche.

No supe si me lo dijo para ayudar o simplemente porque era un comentario que ya había repetido muchas veces a otras recién llegadas. Me incorporé un poco, apoyándome en los codos.

—No creo que pueda dormir —admití.

Ella soltó una risa suave, sin burla.

—Ya. Eso también lo decimos todas.

Guardé silencio. No quería hablar. No quería que nadie me conociera. Ni siquiera quería saber sus nombres. Sentía que si me aferraba a algo o a alguien, me rompería aún más. Todavía llevaba en la piel la sensación de mi madre apretándome la mano en la sala de despedidas del juzgado. Las lágrimas de mi abuela. La mirada perdida de mi padre. El asiento donde tendría que haber estado Nicolás.

Me ardían los ojos otra vez. Parpadeé fuerte.

La chica suspiró.

—No te preocupes, no te voy a hacer preguntas. Aquí las preguntas se hacen solas y las respuestas llegan cuando salen, no antes.

Me sorprendió un poco su forma de hablar. No era brusca. No era tierna. Era… real.

—Gracias —murmuré.

Ella se encogió de hombros.

—Descansa. Mañana será un día largo.

Me giré hacia la pared y cerré los ojos. El silencio del módulo no era silencio. Era un murmullo constante: pasos, respiraciones, alguien tosiendo a lo lejos, una cama crujiendo. A cada sonido, mi cuerpo se tensaba. Tenía miedo. Miedo de todo. Miedo de lo que no había hecho y aun así estaba pagando. Miedo de que alguna chica quisiera demostrar algo conmigo. Miedo de que alguien pensara que yo era más débil que el resto. Miedo de no sobrevivir mentalmente al encierro.

Tres meses y un día, me repetí.

Pero dentro, tres meses parecían tres inviernos.

Oí acercarse unos pasos y me incorporé de golpe, asustada. Una funcionaria pasó por el pasillo haciendo recuento visual. Ni siquiera se detuvo, pero el simple hecho de verla me dio una mezcla de alivio y vergüenza. No sé por qué, pero en ese instante pensé en Enzo. En su voz, en su forma de mirarme como si yo fuera una pieza de un puzle que él sabía exactamente dónde encajaba. ¿Qué estaría haciendo él ahora? ¿Durmiendo? ¿Riéndose? ¿Sabiendo que yo estaba aquí y aun así tranquilo?

Me ardió el pecho.

—Eh —susurró la chica de al lado, despacio—. No te quedes demasiado dentro de tu cabeza. Aquí eso es lo que más duele.

—No puedo evitarlo.

—Ya lo sé. Pero intenta concentrarte en lo que está fuera: el sonido, la luz, tu respiración. Lo que sea. Solo… no te dejes caer del

todo. Mantente viva para poder seguir haciéndolo cuando salgas de aquí.

Abrí los ojos. Era extraño recibir un consejo tan íntimo de una desconocida, pero supongo que en la cárcel todo es diferente. Las afinidades nacen por supervivencia, no por coincidencia.

Me senté un poco.

—¿Cómo te llamas? —pregunté.

Ella se giró hacia mí.

—Roxy —respondió—. Y tú eres Candela, ¿no?

Asentí.

—Bueno, Candela… —dijo mientras se arropaba—, primera norma: si necesitas algo, lo dices. Aquí nadie lee la mente. Segunda: no te juntes con quien te haga sentir más pequeña de lo que ya te sientes. Tercera: respira. Eso evita muchas movidas.

La miré, sin saber qué decir.

—No sé si voy a aguantar esto.

Roxy se quedó pensativa y luego habló en voz baja, casi un susurro.

—Aguantar vas a aguantar. La pregunta es cómo quieres salir cuando acabe. He visto chicas que entraron como tú y salieron hechas pedazos. Y otras que… bueno, que se encontraron a sí mismas. No te digo que vaya a ser bonito, pero tampoco tiene por qué ser una condena para tu cabeza. Tú decides dónde te rompes y dónde te curas.

Me quedé en silencio. Era demasiado pronto para pensar en salir curada de algo que ni siquiera entendía. Pero sus palabras se

quedaron suspendidas en el aire como si fueran una manta que podía coger si tenía frío.

Roxy bostezó.

—Duerme un rato, anda. O al menos finge que lo haces para que no tenga que estar pendiente de ti toda la noche. Aquí fingir también cuenta.

Me tumbé de nuevo. Cerré los ojos.

Esta vez no pensé en Enzo, ni en mi familia, ni siquiera en Nicolás. Solo escuché mi propia respiración, intentando seguir un ritmo que no me hiciera perder el control.

Y así, sin quererlo, la primera noche me alcanzó de verdad. No era bonita, pero era… real.

Y eso, en ese lugar, ya era mucho

Capítulo 22

A la mañana siguiente, el altavoz del módulo se encendió con un chasquido que me hizo saltar de la litera como si hubiese sonado una alarma. Anunciaron el primer recuento y, aunque Roxy me lo había explicado por encima la noche anterior, no estaba preparada para la sensación de exposición cuando las funcionarias empezaron a caminar entre las hileras de literas revisando una a una las caras.

Yo mantuve la mirada al frente como me habían dicho, las manos entrelazadas y la espalda recta. Aun así, notaba cómo el miedo me subía por las piernas como un escalofrío.

—Tranquila —me susurró Roxy sin mover la boca—. Es rutina.

Asentí, aunque no estaba segura de creerla.

Cuando terminaron el recuento, nos dieron paso al desayuno. El comedor era más pequeño de lo que imaginaba y estaba lleno de mesas metálicas que hacían ruido por cualquier cosa.

Cogí la bandeja, imité los movimientos de las demás y me senté con Roxy en una esquina. Ella parecía manejarse bien allí dentro; yo, en cambio, me sentía como una niña el primer día de colegio, pero uno donde todas las niñas ya sabían defenderse.

—Siéntate con nosotras —dijo una voz a mi derecha.

Era una chica de pelo oscuro, recogido en una trenza que parecía hecha con paciencia. Tendría poco más de mi edad, quizá un par de años más, pero había algo en sus ojos que la hacía parecer mayor. Tal vez era el cansancio. O la tristeza.

Roxy asintió hacia ella, como si le diera permiso invisible.

—Ella es Lidia —me explicó en voz baja—. Puedes fiarte.

Me senté frente a la chica y ella sonrió, una sonrisa pequeña, tímida, como si no recordara del todo cómo se hacía.

—Eres nueva —dijo.

—Sí… —respondí—. Ayer.

—Se nota. A todas nos pasa lo mismo la primera noche.

—¿Qué es lo mismo? —pregunté sin pensar.

—Creer que no vas a sobrevivir al siguiente minuto.

No supe qué contestar. Ella bajó la mirada hacia su café aguado y jugueteó con la cucharilla.

—Roxy me ha dicho que no has hecho nada —añadió Lidia, sin juzgar, simplemente afirmando un hecho—. Que te han metido en un lío.

Tragué saliva. Me dolía esa frase, aunque fuese cierta.

—Sí —susurré—. Y lo peor es que lo vi venir.

Ella levantó la vista despacio, como si mis palabras le hubieran tocado algo dentro.

—A mí también me pasó —confesó—. Bueno… parecido.

Esperé. No quise preguntar, porque aquí las preguntas no tenían pinta de recibirse bien, pero ella siguió hablando.

—Yo estaba embarazada. De seis meses cuando entré. —Su voz no tembló, pero se notaba que por dentro lo hacía—. Me

metieron en un transporte sin decirme lo que llevaba. Me dijeron que era ropa. Que era un favor. Que era rápido. Yo no quería líos con el padre de mi hija, pero él insistió… ya sabes cómo es eso. Cuando me detuvieron, ni yo sabía lo que estaba haciendo.

Me quedé quieta. Literalmente quieta. Como si cualquier movimiento pudiera romperla a ella o a mí.

—¿Y… tu hija? —pregunté despacio.

Lidia sonrió, pero esa sonrisa dolía más que cualquier llanto.

—Nació aquí. En la enfermería. Las funcionarias se portaron bien, la verdad. Me dejaron tenerla conmigo cuarenta días. Cuarenta. —Se quedó mirando a la nada—. Luego se la llevaron mis padres. Yo no quería que creciera aquí, ni siquiera que recordara estas paredes. No quiero que normalice esto. Yo… yo no quiero que piense que su madre pertenece a este sitio.

Me ardieron los ojos. Antes de entrar creía que el miedo más grande era estar encerrada. Ahora entendía que había miedos más profundos: perder a alguien sin perderlo del todo.

—¿La ves? —pregunté.

—A veces. —Asintió—. No mucho. Y es mi decisión. No quiero que ella pase por los controles, ni que crezca sabiendo lo que es un patio de prisiones antes que un parque. Cuando salga… bueno, ya veré cómo recupero lo que pueda de tiempo.

Por primera vez desde que me detuvieron, sentí un escalofrío que no venía del frío ni del miedo, sino de algo parecido a una revelación.

Yo también podía haber acabado así.

Si las cosas hubiesen dado un giro más retorcido, si hubiese confiado un poco más, si me hubiese dejado arrastrar un poco más…

podría estar como Lidia. Podría estar embarazada. Podría haber traído a un bebé a este lugar. Podría verlo irse sin mí.

—Lo siento —murmuré, aunque sabía que mi disculpa no servía para curar nada.

Ella negó despacio.

—No lo sientas por mí. Si quieres sentir algo, siéntelo por ti. Y aprende. Aquí dentro, lo único que nos salva es aprender de la hostia que nos hemos dado. Y tenemos tiempo eh, así que aprovéchalo al máximo.

Me quedé mirándola un segundo más. No era una frase bonita, pero era verdad. Y su verdad me atravesó.

El altavoz volvió a sonar, llamando al patio.

Roxy se levantó y me tocó el hombro.

—Vamos, Candela. Empieza tu primer día real aquí dentro.

Me puse en pie, pero antes de irme, Lidia me dijo en voz muy baja:

—No dejes que nadie decida tu vida otra vez. Ni fuera, ni dentro.

Asentí.

Y mientras caminaba hacia el patio, con mi bandeja temblando en mis manos, supe que la historia de esa chica iba a perseguirme. Porque no solo era la suya. Era el espejo de lo que la mía podría haber sido.

Capítulo 23

Ya habían pasado tres meses, solo quedaba un día para salir de allí y regresar a casa. La verdad es que las iba a echar de menos a todas, en especial a Lidia y a Roxy. Me habían ayudado mucho a poder pasar página, a saber valorar a las personas por lo que son, por lo que tienen dentro y no tanto por su físico como había ocurrido con Enzo.

Ahora ya podía hablar de él sin sentir rabia, sin llorar o sin que algo me pellizcase por dentro. Había recibido una carta suya al poco de llegar a prisión, me costó leerla varios días, pero después de tanto insistir Lidia me animé a leerla.

Menos mal que lo hice, porque las palabras que aguardaban en el interior eran la clave para poder hacerme más fuerte, para salir de allí renovada. No es que me pidiese perdón repetidas veces en la carta, ni tampoco fue que se disculpase por lo que me había hecho, fue su egoísmo lo que me hizo darme cuenta de qué clase de tipo era. Porque básicamente allí solo hablaba de él, de lo dura que había sido la vida con él, de las pocas oportunidades que sus padres le habían ofrecido, de lo poco que habían confiado en él, y no dejaba de comparar su larguísima condena con mi cortísimo encierro, como si yo me mereciese lo mismo que él.

La verdad, fue terminar de leerla y pronunciar alto y claro un buen taco. Ese ‹‹maldito hijo de la grandísima puta›› fue suficiente para que Lidia que estaba a mi lado sonriese y me abrazase con tanta fuerza que casi me parte en dos.

Aquel día el tiempo avanzó lento, como si cada ladrillo con los que estaba levantada aquella cárcel supiera que algo estaba a punto

de cambiar. En la sala común hacía ese frío raro que siempre se colaba por las paredes, pero que, en realidad, venía más de dentro que de fuera.

Yo estaba sentada en el banco de siempre, con las manos nerviosas, incapaz de mantenerlas quietas un segundo. Lidia y Roxy se sentaron a mi lado, una a cada lado.

Lidia fue la primera en hablar, con la voz temblorosa aunque intentaba hacerse la fuerte.

—Tía… es que no me cabe en la cabeza que hoy te vayas. Que mañana ya no te tenga aquí diciéndome que deje el café porque me acelera.

Sonreí un poco, aunque por dentro tenía un nudo enorme en la boca del estómago.

—Ni yo me lo creo. Desde diciembre aquí… —tragué saliva— he perdido un curso entero. Y no sé si podré ponerme al día. Ni si la cabeza me va a responder después de todo esto.

Roxy se inclinó hacia mí y me dio un codazo cariñoso.

—La cabeza te va a responder, Cande. Solo tienes que darte tiempo. No vas a estar sola, ¿vale?

Bajé la mirada porque sus palabras me tocaron demasiado.

—Os voy a echar tanto de menos… —conseguí decir, sintiendo cómo la voz se me rompía.

Lidia chasqueó la lengua, intentando bromear aunque tenía los ojos brillantes.

—Tampoco te pongas a soltar frases de película, ¿eh? Que yo también quiero llorar y no pienso hacerlo aquí, delante de todo el

mundo.

Roxy y yo soltamos una risa corta, casi un respiro, porque la emoción estaba demasiado cerca. Roxy me agarró la mano fuerte, como si quisiera pasarme su calma.

Y entonces ya no pude más.

Me incliné hacia ellas y las abracé a las dos. Apreté los ojos, como si así pudiera retener ese momento un poco más. Fue uno de esos abrazos que no pesan, sino que sostienen. Roxy me rodeó la espalda. Lidia hundió la cara en mi hombro aunque había dicho que no lloraría.

—Gracias… —murmuré—. Por todo. Por no dejarme caer. Si no fuera por vosotras… no sé qué habría sido de mí aquí dentro.

Lidia se apartó rápido, limpiándose la cara con el dorso de la mano.

—Vale, ya está, para, que si sigues lloro más. Hostia… —dio dos pasos hacia atrás— me voy un momento. No quiero que me vean así.

—Voy contigo —dijo Roxy enseguida—, que luego te me pierdes.

Las dos se marcharon por el pasillo, abrazadas entre ellas. Yo me quedé sentada, respirando hondo, intentando recomponerme.

Entonces escuché pasos detrás.

Era la funcionaria, con su cara seria de siempre.

—Candela —dijo—, tienes una visita.

Me giré, confundida.

—¿Una visita? ¿Ahora?

—Sí. Están abajo esperándote.

Mi corazón empezó a latir rápido, casi doloroso. Nadie me había avisado. Mis hermanos nunca habían venido. Nunca. Y mi madre y mi padre junto a mi abuela estuvieron aquí hace solo cuatro días. Y entonces empecé a pensar que vi a la abuela muy resfriada, con una tos demasiado fea, y mi cabeza se fue al lado oscuro, ese donde todo son malas noticias…

Me ajusté la camiseta y caminé detrás de la funcionaria. Cada paso que daba me sentía un poco más nerviosa. Temía que hubiera pasado algo grave. Que esa fuera la única razón por la que esa visita se hacía.

Cuando entré a la sala de visitas, la funcionaria abrió la puerta y me dejó pasar.

Y allí estaba.

Rodrigo**.** Mi hermano. Y mi madre a su lado, con los ojos rojos como si hubiera llorado toda la mañana.

Me quedé paralizada.

—¿Qué ha pasado? —pregunté sin moverme con un hilo de voz—. Mamá… ¿ha pasado algo?

Mi madre dio un paso hacia mí y negó despacio.

—No, hija… no ha pasado nada malo. Venimos porque… tu hermano quería venir.

Rodrigo, siempre torpe para estas cosas, abrió los brazos un poco.

—Perdona por no venir antes, Cande. De verdad. Pero hoy sí, hoy tenía que estar aquí.

Di un paso hacia él, después otro, y cuando llegué a mi hermano, lo abracé con una fuerza que no sabía que tenía. Me aferré a él como si quisiera volver a un lugar del que me habían arrancado meses antes. Mamá se acercó y los tres nos quedamos allí, pegados, respirando el mismo aire como si el tiempo se hubiera detenido solo para nosotros, para que pudiésemos quedarnos así mucho más.

Lloré sin intentar esconderlo. No pude, ni quise.

Y en ese abrazo entendí algo: sí, había perdido un curso, y sí, me esperaba un lío enorme fuera. Pero también entendí que ya no estaba tan sola. Que afuera había algo que podía intentar reconstruir. Algo que, iba a llamar vida.

Cuando por fin pude respirar un poco, noté algo raro: la funcionaria le hizo un gesto discreto a mi madre. Mi madre, como si hubieran ensayado aquello, se lo repitió a Rodrigo.

Yo fruncí el ceño.

—¿Qué os traéis entre manos? —pregunté, aún con las lágrimas frescas sobre mis mejillas.

Rodrigo me miró con una mezcla de nervios y emoción.

—Recoge tus cosas, Cande. Te vienes a casa. Ahora.

Y entonces pasó esto:

En ese instante creo que mi cuerpo dejó de pertenecerme.

Algo tan estúpido como adelantar mi salida un día, aquello era lo más feliz que alguien pudiese decirme, y si lo hacía mi

hermano era mejor aún.
Empecé a llorar, las lágrimas resbalaban por mis mejillas sin poder detenerlas, y mis manos temblaban al tocarle la cara a Rodrigo.
Aquello era un sueño, ¿aquello era real? Me giré rápido buscando con la mirada a la funcionaria, y al verla, salí disparada a su encuentro. La abracé. Sé que no se podía, pero lo hice, y le pregunté si era cierto que ya era libre. Y ella susurró: Suéltame o tendré que encerrarte por romper las reglas, ya sabes cómo funciona esto.

Me separé rápido, y al segundo ella me acarició la mejilla y me dijo: Y recoge, que creo que tienes más gente fuera esperándote.

Cuando crucé la última puerta y sentí el aire de fuera pegarme en la cara, algo en mi pecho se abrió de golpe. Era libertad, pero también era miedo. La funcionaria me dejó avanzar sola los últimos pasos, y yo me detuve en el borde del escalón, abrazando la bolsa con mis cosas como si fuese un salvavidas.

El coche de mi padre estaba aparcado justo enfrente, el mismo de siempre, ese que reconocería incluso con los ojos cerrados. Dentro vi a mi padre al volante, con la mirada clavada en la puerta por la que yo acababa de salir, y a mi abuela en el asiento del copiloto, con las manos juntas como si estuviera rezando.

Sentí un tirón en el pecho. No es que no quisiera verlos. Claro que quería. Pero… dentro de mí había crecido una fantasía estúpida, infantil, casi humillante ahora que la veía desde fuera.

Me había imaginado a Nicolás ahí. Apoyado sobre al coche. Con un ramo de flores que no sabía ni cuáles serían. Con un regalo quizá absurdo en las manos. Con una frase escrita en un trozo de papel, de esas que solo te salen cuando te has roto por dentro:

Te quiero.

Y si me fui el día del juicio fue porque no soportaba verte alejarte de mí. Y si no he venido a verte durante todos estos meses es porque después de verte… no habría podido separarme otra vez.

Esa era la escena que me había construido.
Ese era el sueño tonto que había alimentado para no sentirme tan sola ahí dentro.

Pero no. La realidad era otra. Nicolás no estaba allí. No había flores. No había discurso. No había rastro de él.

Solo estaban mi padre y mi abuela.
Y me daba vergüenza reconocer que me dolió más de lo que debería.

Tragué saliva, intentando que el temblor no me traicionara. Respiré hondo. Era libre. Y sin embargo, ese hueco vacío al lado del coche me hizo sentir por un segundo como si algo se hubiese quedado atrás, atrapado todavía entre aquellas rejas.

Apreté la bolsa y di el primer paso hacia ellos. Hacia lo real. Hacia lo que sí estaba. Aunque parte de mí siguiera buscando, como una idiota, a quien no había venido.

Capítulo 24

Mi padre fue el primero en bajarse del coche. Caminó hacia mí despacio, como si no supiera muy bien cómo debía recibirme. No me abrazó, solo se quedó ahí, delante de mí, mirándome como si intentara reconocer algo que había cambiado sin que él estuviera presente. Mi abuela, en cambio, abrió la puerta del copiloto y salió con torpeza, pero con los brazos extendidos desde el primer paso. Fue ella quien me abrazó primero, tan fuerte que casi me quedé sin aire.

—Ay, niña… —murmuró contra mi pelo—. Qué ganitas tenía yo de verte así, de verte fuera.

Yo asentí sin poder hablar, porque si hablaba me rompía.

Mi padre se acercó entonces, más forzado, y me puso una mano en el hombro. Ese gesto tan mínimo me dolió más que si no hubiese hecho nada.

En ese momento Rodrigo y mi madre cruzaron la puerta de la prisión. Venían hablando bajito, pero al verme ya fuera aceleraron el paso. Mi madre me abrazó igual que la abuela, como si quisiera asegurarse de que yo no desaparecería. Rodrigo me dio un beso en la frente y me sonrió con un intento torpe de normalidad. En ese momento lo vi más mayor, más maduro, imaginé qué tener a una hermana en prisión debía cambiarte la vida.

Cuando estuvimos los cinco juntos, mi padre carraspeó.

—Bueno… venga, que hay que irse. Tenéis sitio atrás.

Subimos todos. Mi abuela volvió al asiento del copiloto. Mi madre y Rodrigo se sentaron a mi lado. Yo quedé en la derecha, pegada a la puerta. Mi padre arrancó sin decir nada más.

El coche olía a lo de siempre: colonia suave, ambientador cítrico, algo a gasolina, y a ese inconfundible aroma que no habíamos conseguido eliminar de cuando Marga vomitó hace años. Pero también olía a distancia. A tres meses sin formar parte de nada. A huecos que ya no sabía llenar.

Nadie hablaba.

Rodrigo miraba por la ventana. Mi madre jugueteaba con sus dedos. Mi abuela miraba hacia adelante, recta como una estatua. Mi padre conducía con la mandíbula muy tensa.

Yo solo escuchaba el ruido del motor y el de mi propia respiración.

No sabía qué decir. Era mi familia. Era gente que me había visto reír, llorar, crecer. Y aun así… después de tres meses separados, no encontraba las palabras. Era como si hubiera olvidado cómo ser yo con ellos.

Pasaron cinco minutos, quizá más.
Hasta que no aguanté.

—Podéis preguntarme lo que queráis —dije de repente—. Sobre allí dentro… quiero decir. No quiero que haya secretos entre nosotros.

Mi madre giró la cabeza hacia mí. Rodrigo también. Incluso mi abuela hizo un leve movimiento, como si quisiera decir algo.

Pero quien habló fue mi padre.

—Mejor no volver a hablar de lo que ha pasado durante estos tres meses —soltó, sin mirarme—. Ya está. Ya pasó. Mejor dejarlo ahí.

Sus palabras se clavaron como si fuesen dardos. No lo dijo gritando. No lo dijo enfadado. Eso lo habría soportado mejor. Lo dijo con vergüenza. La misma vergüenza que llevaba notándole desde el día del juicio. Y ese día se confirmó.

Mi padre estaba avergonzado de mí.
De su hija. De que yo hubiese pisado una cárcel.

Intenté aguantar. Intenté respirar hondo, tragar saliva, girar la cara para que no se notara. Pero no pude. Me rompí. En silencio, pero me rompí.

Me acurruqué hacia la puerta, apoyé la cabeza en el cristal frío y me hice pequeña, como si encogerme pudiera protegerme de algo. Sentí cómo las lágrimas caían, calientes, traicioneras. No sollozaba: era un llanto mudo, profundo, de esos que duelen en el pecho.

Bajé un poco la ventanilla. Quería que el aire me secara las mejillas antes de que alguien lo notara. Y cuando el viento me dio en la cara… me di cuenta. No hacía frío. Nada de frío. El invierno se había ido sin que yo lo viera. Sin que yo lo viviera.

Y entendí que tres meses allí dentro eran mucho más que tres meses. Eran estaciones completas que pasaban sin mí. Eran vidas que seguían afuera mientras la mía se quedaba detenida detrás de una puerta.

Miré el paisaje que avanzaba a toda velocidad por mi ventana abierta. El aire olía a primavera.
Y yo solo podía pensar en todo lo que me había perdido, y en todo lo que todavía no sabía si sería capaz de recuperar.

Después de cenar, cuando la casa por fin se quedó tranquila y mi familia dejó de mirarme como si fuera a romperme en cualquier momento, salí al porche con la comida revuelta en el estómago.
El aire era templado, más cálido de lo que recordaba. La noche olía a tierra húmeda y a naranjos. Sentí que había olvidado cómo era una noche de primavera.

Paula y Nadia estaban sentadas en las escaleras del porche, esperándome. Paula no paraba de mover las manos al hablarle a Nadia, que apenas la escuchaba. Nadia tenía la mirada clavada en el suelo, una quietud rara en ella.

Cuando me vieron salir, se levantaron tan deprisa que casi se caen. Y de pronto me vi envuelta en sus brazos. Primero los de Paula, que me apretó con tanta fuerza que me crujió algo en la espalda.

—Tía, tía, tía, estás aquí, joder… —decía sin respirar.

Después Nadia, que no hablaba, pero me agarraba como si hubiera estado aguantando las ganas durante meses.

Las abracé a las dos y se me escapó una risa nerviosa, porque por un momento todo parecía un sueño que no sabía si al despertar todavía sería real.

Nos sentamos en los escalones, las tres muy juntas. Paula empezó a hablar sin parar: que si el barrio, que si el nuevo bar de la esquina, que si una profesora suya había dejado el instituto, que si el perro del vecino estaba más gordo que nunca. Yo asentía a todo, dejándola llenar el silencio.

Nadia seguía rara. No había dicho más de dos palabras. Y entonces, sin buscarlo, la bomba cayó.

Paula miró a su alrededor como si esperara ver a alguien aparecer.

—Bueno… supongo que ya lo ves —dijo.

Yo fruncí el ceño.

—¿El qué?

Y Paula soltó:

—Que Nicolás no está.

Yo bajé la mirada al suelo un segundo. Intenté que no se notara demasiado.

—Ya lo veo —murmuré.

Nadia le dio un codazo a Paula, como avisándola de que se estaba pasando.

—¿Qué? —saltó Paula—. ¿Qué quieres, que me calle? No, tío, debe saberlo. Tiene que saberlo todo de él. Si no le conviene que lo sepa, si quiere recuperarlo, que sepa cómo hacerlo, ¿no?

Yo ya no entendía nada. Mi pecho empezó a latir fuerte otra vez, como cuando estaba en la sala de visitas esperando a ver a mi familia.

—¿Pero qué cojones estáis hablando? —pregunté, sintiendo cómo la ansiedad me trepaba por la garganta—. ¿No está? ¿Dónde ha ido? Hablad de una puta vez.

Hubo un silencio corto, tenso, como un hilo que estaba a punto de romperse.

Y al final habló Nadia. Con esa voz suave suya, que dolía más porque nunca la usaba para cosas importantes si no era necesaria.

—No pudo soportarlo, Cande —dijo—. Le superó todo.

Tragué saliva. Nadia siguió:

—El día del juicio… cuando dijiste aquellas palabras… él se vino abajo. Se marchó porque no quería seguir escuchando cómo… —su voz tembló un poco— cómo el amor de su vida prefería estar con Enzo antes que con él.

Sentí como si algo me arrancara el aire de los pulmones. Paula suspiró fuerte, como si no pudiera aguantar la tensión.

Nadia continuó, con delicadeza:

—Y cuando se enteró de que salías… se fue.

—Ya —logré decir— pero ¿a dónde?

—A casa de un tío suyo… creo —respondió—. Se ha ido a Sevilla.

—¿Sevilla? —repetí sorprendida, casi indignada—. ¿Estamos locos? ¿Pero si su universidad…?

Paula me cortó, sin tacto, como siempre.

—No empezó el curso, Cande.

Parpadeé. No lo entendí.

—¿Cómo que no…?

—No lo empezó —repitió Paula—. Se puso a currar con un vecino. Lleva meses trabajando. Sin estudiar. Sin nada.

Algo dentro de mí se rompió. No de golpe.
Sino como un cristal que empieza a agrietarse desde el centro, despacio, pero sin remedio.

Yo me quedé mirando mis manos.
Mis manos, que habían temblado tantas veces en prisión. Mis manos, que ahora volvían a temblar por algo completamente distinto.

—No… —susurré—. No… no puede ser. No puede…

Sentí las lágrimas antes de sentir el llanto.
Me incliné sobre mis rodillas, como si necesitara protegerme del peso de todo aquello.

Paula trató de abrazarme, pero fue Nadia quien lo hizo primero. Me rodeó con los brazos despacio. Paula se acopló al abrazo desde un lado.

Y yo lloré. Lloré por mí. Por lo que había pasado dentro. Pero sobre todo lloré por él. Por Nicolás.

Porque yo me había jodido la vida. Vale. Pero no solo la mía. Sin querer, sin imaginarlo… había jodido la suya.

Y eso, más que cualquier celda, más que cualquier sentencia, era lo que más me hundía.

Le pedí a Paula que me dejara su móvil porque el mío seguía muerto desde mi salida de prisión. No sé ni cómo marqué el número de Nicolás; lo tenía memorizado a fuego, incrustado como un latido dentro de mis dedos. Llamé y como era de esperar, no lo cogió. Cada tono que sonaba me clavaba un recuerdo distinto en el pecho: su voz riéndose, sus mensajes de madrugada, sus malditos ojos mirándome el día del juicio.

Pero nada. Solo silencio. Solo distancia.

—Ya está —murmuré, dejándolo sobre la mesa del porche como si quemara.

Nadia intentó decir algo, pero yo ya estaba levantándome, entrando a la casa casi a la carrera en busca de Rodrigo. Lo encontré en su habitación, sentado en el filo de la cama, con el móvil en la mano.

—Rodri —logré decir, casi sin aliento—, tú hablas con él, ¿verdad? Sois amigos, ¿no? Dime que sí hablas con él. Dímelo.

Me miró como si le estuviera arrancando una parte que llevaba meses escondiéndola de mí.

—Sí —respondió finalmente—. Hablamos. Casi a diario.

Aquello me partió. Sentí un golpe seco por dentro, como si me doblaran.

—¿Y está bien? —pregunté con un hilo de voz.

—Está bien, Candela. Pero… no quiere verte. No quiere saber nada de ti. Se marchó lejos precisamente para eso, para no cruzarse contigo.

Lo escuché, pero no lo entendí del todo. No quería entenderlo.

—Dime dónde está —le exigí, avanzando un paso más—. Voy a ir a buscarlo. Lo quiero ver.

—No —negó él, levantando las manos como si intentara contenerme—. Está bien, te lo juro. Pero se ha ido lejos justo para evitar lo que tú quieres hacer ahora.

—Ya sé que está en Sevilla —le dije temblando—. Pero me da igual. Si tú no me lo dices, iré igual. Iré a lo loco, preguntando,

buscándolo por toda la ciudad. No me puedes parar.

Rodrigo cerró los ojos, como si le doliera oírme.

—Espera —dijo—. Voy a llamarlo. Porque no voy a decirte dónde está sin su permiso. Por mucho que me lo pidas.

Crucé los brazos, clavando la mirada en él.

—Llámalo.

—Fuera —respondió señalando la puerta, serio—. No quiero que escuches nada.

Me empujó suavemente hacia el pasillo y cerró la puerta delante de mí. Me quedé allí, de pie, sin moverme, sintiendo cómo me ardía el pecho de tantas cosas que no sabía ordenar. Después las piernas me fallaron y me dejé resbalar hasta quedar sentada en el suelo, con la espalda contra la pared. Me pasé las manos por la cara, respiré hondo y esperé. Esperé como si ese pasillo fuese un purgatorio.

Media hora. Exactamente eso. Treinta minutos en los que escuché pasos ajenos, risas desde el salón, un vaso caer en la cocina… y el silencio al otro lado de la puerta, donde mi hermano hablaba con el chico por el que aún me dolía todo.

Cuando la puerta se abrió, levanté la cabeza de golpe.

—¿Y? —pregunté sin dejarlo ni respirar.

Rodrigo salió despacio, guardándose el móvil en el bolsillo. Tenía esa expresión que usan los médicos antes de decirte algo que no quieres escuchar.

—Viene mañana —dijo finalmente.

Sentí que el corazón me daba un vuelco.

—¿Qué? ¿Aquí?

—Sí. No tienes que ir tú. Si lo que quieres es hablar con él, mañana llegará a eso de las doce del mediodía.

Un destello de esperanza me atravesó, pero duró lo que dura un parpadeo.

—Pero, Candela… —añadió él, bajando la voz— no te hagas ilusiones. Ninguna. Él piensa regresar a Sevilla en cuanto os veáis. Solo viene porque yo se lo he pedido.

Me quedé quieta, muda. Con el alma hecha un nudo que no sabía deshacer. Y aun así, en el fondo de todo ese dolor, algo en mí despertó. Algo que llevaba tres meses dormido.

Mañana lo vería. Aunque fuera por última vez. Aunque fuera para despedirme. Aunque él ya no me quisiera. Mañana.

Capítulo 25

Me senté en el columpio de madera que mis padres habían comprado en mi ausencia para el porche. Se lo regalaron a Marga por su cumpleaños, otra cosa que también me había perdido, el cumpleaños de mi hermana pequeña. Levanté las piernas sobre la madera y me agarré las rodillas. Mis piernas no dejaban de moverse, por mucho que yo intensase sujetarlas, seguían bailando, incapaces de estar quietas. Tenía las manos entrelazadas, sudadas, frías. Llevaba más de una hora sin apartar la vista del camino. Cada sombra que se movía me hacía incorporarme; cada coche que pasaba demasiado despacio me dejaba sin respiración.

Y mientras tanto, mi cabeza no dejaba de hablarme.

Nicolás, lo siento. Eso era lo primero que quería decirle. Lo sentía por cada palabra que dije aquel día, por cada gesto que malinterpretó, por cada silencio que no supe llenar.

Te quiero. Eso también. Con fuerza, con daño, con verdad. Le quería en pasado, en presente, en condicional y en futuro imperfecto. Le quería en todas las conjugaciones posibles.

Me equivoqué. Porque lo hice. Porque lo hundí sin querer. Porque lo perdí cuando más necesitaba tenerlo cerca.

Te he hecho daño. Demasiado. Más del que imaginé. Más del que puedo reparar con un par de frases.

No puedo seguir sin ti. Esa era la que me daba más miedo. La más real. La que me nacía del pecho como un sol queriendo romper la oscuridad. Pensarla me hacía arder por dentro.

No podía dejar de decirle todo lo que sentía. Que cada vez que tenía ocasión de hacer llamadas dentro de la cárcel, su número era siempre el primero que marcaba. El primero. Aunque sabía que no iba a funcionar. Aunque sabía que él ya no estaba allí para responder. Tras tu ausencia acababa llamando a mi familia, pero siempre, siempre, antes probaba.

Nicolás, di algo. Eso quería. Oírle. Verle reaccionar. Saber que no estaba hablando con un fantasma de lo que fuimos.

Di lo que sientes. Pensaba que quizá él también necesitaba soltar algo, romper algo, gritar algo.

Di que todavía me quieres. Eso… eso era lo que más me aterraba decir. Porque podía escuchar lo que yo necesitaba o podía ser la puñalada final.

Mientras el aire cálido me rozaba la cara, yo ensayaba mentalmente todas esas palabras, una por una, imaginando cómo las pronunciaría, en qué orden, en qué tono. Imaginando incluso cómo él levantaría la mirada, cómo se acercaría a mí, cómo su voz temblaría un poco antes de decirme: Yo también.

Imaginaba su sonrisa cansada. Sus ojos húmedos. Su forma de cogerme la cara con las dos manos. Su necesidad de abrazarme. El reencuentro que soñé mil veces entre los barrotes.

Imaginaba…
Imaginaba tantas cosas que me dolía el pecho de tanto esperar.

Pero nada de aquello ocurrió.

El sonido de un motor se acercó despacio, muy despacio, casi arrastrando el silencio detrás. Reconocí el coche de sus padres antes incluso de verlo doblar la esquina. El corazón se me subió a la

garganta, me puse de pie de golpe y las palabras que había repetido durante horas se me deshicieron todas, como papel mojado.

El coche aparcó delante de la casa.

La puerta del copiloto se abrió.

Y cuando lo vi salir…

…entendí, en un segundo, que todo lo que yo había imaginado no tenía nada que ver con lo que estaba a punto de pasar.

Capítulo 26

—Hola, Candela.

Qué guapo estaba. Tenía el pelo bastante más largo que de costumbre, no llevaba gafas, y eso hacía que el azul de sus ojos se viera más intenso. Apostaría la vida a que durante estos meses había estado entrenando en el gimnasio, y algo que no podía negar nadie era que, el aire de Sevilla le sentaba de miedo. Hasta su piel paliducha se estaba poniendo dorada, y a su pelo rubio le habían salido mechas. Nicolás estaba guapísimo.

Y en seguida lo pensé. ¿Estaba mejor sin mí? ¿Tenía esa apariencia desde que yo había salido de su vida?

Solo había que mirarlo para saber que lo más probable era que tuviera a alguien en Sevilla, ya lo creía que así era. Porque ningún hombre con ese aspecto seguiría soltero por mucho tiempo. Ese fue el momento en el que mi cuerpo murió. No pude saludarlo, no pude andar hasta él, no pude hacer nada que no fuera quedarme parada en el primero de los escalones del porche, con mi cara de idiota. Con todas esas ilusiones que acababan de esfumarse. Y justo cuando iba a darme media vuelta y salir corriendo hasta el interior de mi casa, Nicolás se puso frente a mí.

—Para tener tantas ganas de hablar conmigo parece que te ha mordido la lengua el gato.

¿De verdad que ese era Nicolás? ¿Estaba gastando una broma?

Agité la cabeza incrédula.

—Creo que me he equivocado, vas a tener que perdonarme, Nico, por esto y por lo otro.

Y me metí dentro de casa.

Solo pasaron dos segundos cuando él aporreó la puerta desde fuera.

—No pienso irme de aquí sin que hablemos. Y sabes que a cabezota no me gana nadie, ni tú, Cande.

¿Cande? ¿Me había llamado Cande?

Vale, recuerdo que pensé que aquel chico que había en mi porche no era Nicolás.

Abrí la puerta muy despacio asomándome por una rendija que se abría justo frente a mi cara, y por la que podía verlo.

—¿Sales? ¿O prefieres que entre?

Negué con la cabeza. No estaba segura de nada, y de lo primero era que ese fuese Nicolás.

—No lo sé, deja que lo piense —recuerdo que le dije.

—Candela, estás muy rara, ¿te ha pasado algo allí dentro?

¿Yo estaba rara?

Abrí la puerta y salí.

—Tiene gracia que digas eso cuando eres tú el que está irreconocible. Parece que te haya poseído un surfista de Australia y que te hayan lavado el cerebro. ¿Desde cuando no llamas a las personas por su nombre real? Antes me llamaste Cande.

—Puede que durante estos meses yo también haya aprendido cosas, no solo tú has estado encerrada, Cande.

—¿Te han encerrado? ¿Qué has hecho?

Casi me da un infarto de pensar que Nicolás había entrado en la cárcel, porque me imaginé que se había metido en algún lío a propósito para estar dentro y así poder tener contacto con Enzo…

—No, Candela, no te enteras de nada, sigues sin prestar atención. Me encerré en mí mismo, porque si tú no estabas yo tampoco quería avanzar en este mundo vacío sin ti.

¿Lo había dicho? ¿Lo había escuchado bien?

—¿Entonces? Si piensas así, ¿por qué te fuiste? ¿Por qué no descolgaste el teléfono en ninguna de las ocasiones que te llamé? ¿Por qué te has ido a Sevilla?

Nicolás bajó la mirada, ahí estaba. Alguien había aparecido en su vida, alguien que le había mostrado a vivir sin sufrir, ese era el motivo.

—Habla, dilo sin miedo, no pasa nada, si has conocido a alguien, si la quieres… —dije eso y me senté en el último escalón de madera, preparada para salir corriendo si él pronunciaba lo que más me temía.

—¿De qué hablas, Candela?

—Bueno, que no me importa, la verdad es que yo lo único que deseo es la felicidad para ti. Ya te he jodido la vida a base de bien, y ahora no voy a intentar convencerte de nada que no quieras hacer.

—Si te parece bien vamos a empezar por el principio, le dijiste a tu hermano que necesitabas verme. Aquí estoy, dime.

¿Cómo le decía que nada más verle me había dado cuenta de que yo no era la única que había cambiado? que me había dado cuenta de que él también lo había hecho.

—Es que ahora ya nada es igual, Nicolás. Lo que pensaba que quería decirte antes de que aparecieras ya no es lo que estoy segura de querer decirte.

—Sé que nada es igual, pero ya que estoy aquí, al menos podrías intentarlo.

—Está bien, pero solo porque me lo has pedido.

Pronuncié eso, pero en mi interior no dejaba de decirme a mí misma: sí, porque ha venido y porque si no le dices lo que sientes, no te lo vas a poder perdonar jamás.

—Te quiero, te quiero tanto que me duele el alma, me duele que hayas perdido el curso, me duele que por mi culpa seguramente estés teniendo problemas con tu familia, me duele que hayas cambiado de ciudad para poder pasar página, me duele que ya no seas el mismo.

Recuerdo que después de decirlo tuve que coger más aire de lo normal para llenar mis pulmones. Después me tapé la cara con ambas manos, dejando un pedacito de hueco entre mis dedos para verle con un ojo.

Sonreía.

¿Sonreía?

—Vale.

Solo eso, no dijo nada más. ¿Qué se suponía que ahora tenia que decir yo? Necesitaba algo más que solo un vale. Pero no me

salían las palabras, así es que me quedé allí, sentada en el escalón, con las manos sobre mi rostro, tapándolo, y ahora más después de haberme confesado y que su respuesta hubiese sido un simple y vacío vale.

—Bueno, creo que te debo una explicación más completa de porqué me fui, de porqué no te cogí las llamadas, de porqué lo dejé todo y me alejé.

Por fin había hablado.

¿Me debía algo? No, no me debía nada, pero estaba deseando escucharle. No solo lo que tenía que decir, que también era importante, pero sobre todo deseaba retenerle más tiempo, más tiempo con él era lo que quería.

—Si quieres contarme algo puedes hacerlo, pero no me debes nada, yo en cambio sí que te debo mucho, sobre todo te debo tres meses. Y te juro que si pudiese volver al pasado cambiaría muchas cosas de las que han pasado para que tú no te vieses envuelto en todo esto.

—No estás entendiendo nada. Todavía crees que lo único que me debes son disculpas, perdones, o volver atrás para que yo no sufriera.

Claro. Eso era, no quise nunca que él sufriese.

Fui a hablar, pero colocó su mano sobre mi boca.

—Deja que sea yo quien hable, por favor.

Asentí con la cabeza.

—Cuando me llamaste aquella noche pidiéndome ayuda casi me muero solo de pensar que no podría volver a verte más. —Inclinó su cabeza mirándome y colocó su dedo índice sobre sus

labios para que siguiera callada—. Después de que te condenaran el mundo entero se me hizo de noche, y no es por lo que piensas. Me importaba poco lo que mis padres tenían que decirme sobre ti. Sí, no te voy a mentir, nunca fuiste su favorita para mí, imagínate ahora…

—Lo siento.

—Tus palabras en el juicio no me dolieron por lo que crees. De hecho no me dolieron, porque la persona que hablaba había sido engañada por un vil mentiroso.

—¿Entonces por qué te fuiste?

—Porque me di cuenta de que no puedo ni pude conseguir que solo me quisieras a mí, y en ese momento supe que lo que te había ocurrido con —vi como le costaba decir su nombre—, él, podría volver a ocurrir con cualquier otro, y decidí alejarme, desaparecer, olvidarme de ti.

—Me equivoqué. La costumbre de tenerte me hizo dejar de verte, de verte como lo que eres, la persona que siempre he querido a mi lado, de quien estoy enamorada.

—Te quiero Candela.

—¿Eso es que podemos estar bien, verdad? Yo puedo mudarme a Sevilla, puedo trabajar para que tú vuelvas a estudiar, puedo hacer lo que tú quieras que yo haga.

—¿Por qué?

—Porque te lo debo.

En ese momento Nico empezó a mover la cabeza de un lado a otro, negando rápidamente. Se llevó las manos a la cara y se frotó los ojos, y acto seguido me cogió las manos para decirme aquello.

—Si me quieres quédate aquí, trata de poner en orden tu vida y hacer con ella lo que creas que puedes hacer sin esfuerzos que puedan detenerte en el camino. Lo demás llegará solo.

—Pero yo lo que quiero es arreglar lo que te hice.

—No te das cuenta de lo que dices, todo el tiempo repites que necesitas arreglar algo que ya está roto, y sabemos que las cosas rotas difícilmente vuelven a brillar como si no lo estuvieran.

Me estaba diciendo que lo nuestro no tenía arreglo. Y era normal, porque ¿quién demonios quería terminar con una expresidiaria?

—Está bien, ya lo entiendo.

Me solté de su agarre, y para no hacer más largo el sufrimiento en el que desencadenaría su despedida, me fui.

Capítulo 27

Cuando cerré la puerta de casa sentí que yo estaba rota, pero no porque lo que acababa de pasar me hubiera dejado así, era por la ausencia de lágrimas, de dolor, ya no sentía nada. No me dolía que Nico me hubiese dicho que me quedase e hiciese mi vida, no me dolía porque había entendido que él no quería estar conmigo, y yo simplemente lo acepté. Mi cuerpo aceptó que él no me quisiera, y mi corazón se convirtió en hielo.

Subí a mi habitación y me tumbé sobre la cama. No quería hacer nada más que cerrar los ojos y dormir. Dormir hasta que mi memoria dejase de repetir esos recuerdos que tenía junto a Nico y de los que no era capaz de olvidar por mí misma.

Entonces me acordé de los regalos de Navidad, nunca los había entregado, ni siquiera me había acordado de ellos. Me levanté de la cama, abrí el armario y allí estaban, todos envueltos tal y como yo los había dejado hacía más de tres meses.

Fui sacándolos uno a uno, recordando la ilusión con la que los compré y los envolví. Y cuando los tenía todos junto a mí reparé en ese que quizá no podría entregar nunca, porque hacerlo podría remover más de lo que ninguno merecíamos.

La caja que había llenado de cosas importantes para nosotros, y solo para nosotros, así que no podría regalársela a nadie más y que la sintiera especial. Pues allí estaban todos nuestros recuerdos, nuestros momentos, nuestras horas y nuestra felicidad, además del regalo comprado para él, y que creo que ahora ya no tenía sentido regalar.

La abuela entró en mi habitación golpeando suavemente la puerta antes, y se quedó parada al verme sentada en el suelo con todos los regalos a mi alrededor.

—Por fin alguien se va a dignar a regalar algo en esta casa —recuerdo que dijo sonriendo.

—Ya no recordaba que estaban aquí.

—¿Los bajamos?

—¿Así, sin más?

—¿Y qué más hace falta para dar regalos?

Me apreció buena idea.

Cogimos todos los paquetes entre las dos y mientras bajábamos por las escaleras la abuela iba gritando a pleno pulmón para que todos fuesen a la cocina.

¿Mi sorpresa? Nicolás no se había ido como yo esperaba. Ahora estaba dentro de casa.

—Espero que no te importe que se quede a merendar, le he dicho que había hecho mis galletas de chocolate que tanto le gustan.

Mi madre era única para hacer esas cosas: invitar a personas con las que te podías sentir incomodo.

Nos sentamos todos menos Rodrigo, todavía no había llegado del entrenamiento, había cosas que no cambiaban nunca, y la verdad es que ahora lo agradecía, porque eran bolsas de aire que me ayudaban a recuperar el aliento cuando creía que todo era diferente ya.

—Mirad lo que hemos bajado —dijo la abuela mirando a Marga—, por si alguien creía que no iban a haber más regalos en esta casa.

—Bueno, bueno, justamente ella tuvo su regalo —respondió papá mirando a Marga.

—Un balancín para el porche no es un regalo individual —dije guiñando un ojo a mi hermana.

Y le entregué un paquetito con su nombre.

Empezó a desenvolver el papel y estoy segura de que yo estaba más nerviosa que ella, porque en el interior de ese paquetito que sus manos inquietas rasgaban el papel, había algo de lo que ya no estaba segura si le iba a gustar.

—¡Lo sabía! Sabía que te ibas a acordar —gritaba de ilusión mientras se levantaba y se abalanzó sobre mí, y me dio el abrazo más grande recibido en mucho tiempo.

Era una pulsera, concretamente la pulsera que se había cansado de pedirle a mamá que le regalara.

Al cabo de un rato todos tenían sus regalos, bueno, menos Rodrigo que no había llegado aún, y Nicolás que como no sabía que estaba en casa… En realidad no tenía valor para entregárselo.

Todos merendábamos, papá había hecho chocolate, parecía que quisieran rememorar un día de esos que me había perdido, uno de Navidad.

Rodrigo abrió la puerta y al vernos allí sentados a todos sonrió.

Se acercó y le dejó un beso en la mejilla a mamá, frotó la cabeza de Marga, y me dio un capón a mí.

Era cierto, había cosas que no cambiarían nunca.

Cuando llegó a donde estaba Nicolás le chocó la mano en uno de esos saludos de hermandades que solían hacerse ellos.

—Veo que a todos os fascina la ingesta de calorías… —pronunció al ver todos los vasos medio vacíos sobre la mesa.

—Venga siéntate que para ti también hay merienda.

Mamá le llenó un vaso de chocolate y le acercó un par de galletas caseras.

Yo le acerqué su regalo, y creo que fue el único regalo del que estaba segura le iba a gustar.

—Toma, ábrelo. Pero con cuidado, no rompas lo que hay en el interior.

Era un sobre.

Rodrigo me miró y entrecerró los ojos, después se puso a abrirlo con cuidado extra.

Cuando sacó el regalo sonrió. Mucho.

—¡Te has pasado!

Dos entradas para ir a ver a su equipo de fútbol favorito.

—Menos mal que las compré para dentro de dos meses, eh, si llegan a ser para el partido de hace un mes… —bromeé.

—Bueno pues si ya todos hemos abierto los regalos —dijo mamá—, yo tengo una sorpresa para la familia al completo.

Entonces Nicolás como la persona educada, correcta, con ese saber estar que siempre le había caracterizado, se levantó y agradeciendo la excelente merienda anunció que se iba, que tenía algunas cosas que hacer.

—Aún falta el tuyo, no puedes irte. Espera te lo bajo y si quieres lo abres en casa —le dije.

—Uy, uy, yo he visto ese regalo y no vas a poder con él por esas escaleras, será mejor que suba él a por su regalo —dijo la abuela mirándome y sonriendo.

—Está bien, subimos y después me marcho para que podáis estar en familia.

¿Me había adelantado diciéndole que había un regalo para él, había sido un error? Fue un impulso de esos que no puedes controlar.

Entramos a mi habitación y allí estaba su regalo, en el suelo, donde se había quedado después de haber bajado el resto.

—Pues ahí está —le dije señalándolo.

Se inclinó, lo cogió sin mucho esfuerzo, imaginé que por eso sonreía.

—Ya que estoy lo abro aquí, así te doy las gracias en persona, aunque yo no tengo nada para ti, y la verdad es que me da un poco de vergüenza.

—Tranquilo, puedes abrirlo en tu casa. No hace falta que sea ahora.

—Candela, es de mala educación no hacerlo.

Ya, él y sus modales.

Le quitó todo el papel rápido. Después levantó la tapa de la caja, y lo primero que sacó fue un bolígrafo terminado. Lo levantó, me miró y se rio.

Yo respiré, porque por mi cabeza había pasado que no supiera que significaban todos esos bolígrafos terminados y que yo tuviese que explicárselo.

Después agarró la fotografía penosa del fotomatón y vi como acariciaba nuestras caras con su dedo. Sonrió también con el recuerdo del concierto al que fuimos juntos, y cuando tocó abrir el paquete lo detuve.

—Espera, solo quiero que sepas que esto lo compré cuando tú y yo… ya sabes, cuando estábamos juntos.

—Tranquila Cande —otra vez me llamó así—, deja que lo abra.

—Yo no lo he leído —le dije cuando lo sacó.

—Yo sí.

Mierda, le estaba regalando algo que ya tenía.

—Pues siento regalarte algo que ya tienes.

—No he dicho que lo tenga, y la verdad es que es un gran regalo. Puedo prestártelo si quieres. Es más, creo que deberías leerlo, habla del amor. De un amor grande, muy grande, pero también de lo peligroso que es huir, y de cómo no enfrentarse a los sentimientos destruye a ambos. O también cuenta que correr lejos no borra lo que uno siente.

—¿Nicolás?

—Te quiero Candela, te quiero y no voy a dejar que mi estupidez nos rompa.

Mi corazón en ese momento empezó a arder, a palpitar con fuerza, y lo que creía que había sido congelado, de nuevo volvió a arrojar fuego.

Nicolás se acercó a mí, me cogió de la cara con sus manos, me acercó hasta su boca y me besó.

Cuando nos despegamos, Nico estaba sonriendo y eso hizo que mis comisuras se alzaran y asentí. De repente mis manos empezaron a sudar, intentaba detener el movimiento de una de mis piernas, pero era incapaz. Nunca había estado tan nerviosa, porque ahora lo que venía era lo siguiente, ¿le preguntaba si estábamos juntos? ¿Porque eso que había pasado era lo que iniciaba algo más serio? ¿me callaba y dejaba que todo fluyese?

—Estoy nerviosa, pero tengo que preguntártelo —consigo decirle.

—Yo primero. —Me tapa la boca con su mano— He soñado mil veces con esa boca desde que no estamos juntos.

Vuelve a besarme, pero ahora diferente. Me abraza sin control, y baja su mano por mi cintura hasta llegar al interior de mis muslos. Yo lo beso con más fuerza, lo insto a seguir haciendo lo que sea que él pretende hacer. Nicolás mete una de sus manos ahora por dentro de mi pantalón, estoy apunto de explotar. Él desliza uno de sus dedos por dentro de mis bragas, y yo no puedo evitar gemir contra su boca.

Mi cuerpo reacciona y se sacude contra su mano sin que pueda hacer nada por evitarlo.

—Si no paramos esto te voy a follar aquí mismo, Candela.

Sus palabras me colocan de golpe en el lugar en el que verdaderamente estamos, en mi habitación, en mi casa, con mi familia en el piso de abajo.

En ese momento la puerta es golpeada por unos nudillos, y la voz de mi hermano suena detrás.

—Dice mamá que bajéis ya, que habéis tenido tiempo de sobra para abrir el regalo.

Nico sonríe, y yo le doy un codazo. Abrimos la puerta y salimos. Bajamos con Rodrigo mientras no dejamos de dedicarnos miradas.

—Bueno, yo me marcho, gracias por todo —dice Nicolás.

—Un momento, espera, que creo que lo que voy a proponer puede interesarte… —dice mamá.

Todos miramos expectantes.

—Ahora que estamos todos quiero que hagamos un viaje en familia —mamá asiente mirándome a mí primero y después alterna la mirada con Nico—, para esta familia eres uno más Nicolás. Entenderé que no quieras o que a tus padres no les parezca bien, pero si lo deseas eres bien recibido.

Y antes casi de que nadie pudiese decir nada, Nicolás me abrazó, me besó y mirándome a los ojos dijo: ahora ya no pienso alejarme de ti nunca.

EPÍLOGO

Pero como en casi todas las parejas, existen momentos felices, los no tan felices, también lo que ocultamos para sorprender, y lo que ocultamos para que no duela.

No sabría decir si lo que se ocultó él fue para que no doliese o para sorprender, porque no se logró ninguna de las dos cosas que en cualquier caso se pretendía.

Ahora tengo treinta años, ha pasado mucho tiempo desde que ese invierno me condenó.

He intentado dejar atrás el pasado en el que pagué un precio demasiado alto por un simple error de juventud.

Ahora vivo feliz junto a mi pareja, parece que todo iba bien, pero de repente un accidente de coche de Nicolás regresando de lo que se suponía era una reunión de trabajo, hace que un secreto muy bien guardado salga a la luz. ¿Y ahora qué? ¿Odiar a la persona que amas, o perdonas y fingir que no ha pasado nada?

Continuará…

Books In This Series

Amores y Errores

Candela necesita sentirse libre y decide alejarse de Nicolás, su pareja, la que siempre le ha asegurado esa calma que a todos parece encantar menos a ella. Conocerá a Enzo, el que consigue engañarla y meterla en un buen lío por explicarlo de alguna manera sin hacer spoiler... Pero, ¿y si el amor verdadero fuera sentirse segura y a salvo? ¿y si lo de sentirse libre fuera solo correr riesgos?
Candela va a experimentar demasiados cambios en su vida, y le tocará madurar a base de todos esos golpes que siempre ha tratado de esquivar.

Aquel verano en el que me destrozaste

Candela tiene treinta años, ha logrado dejar atrás el pasado en el que aquel invierno pagó un precio demasiado alto por un error de juventud. Ahora vive feliz junto a su pareja, parece que todo le va genial, pero de repente un accidente de coche de él regresando de lo que se suponía que era una reunión de trabajo, hace que un secreto muy bien guardado salga a la luz. ¿Y ahora? ¿Odiar a la perosna que amas o perdonar y fingir que no ha pasado nada?